

EVA RIVER

Novia  
a la FUGA

*Y de pronto,  
cuando más perdida estaba,  
encontró las señales...*

NOVIA A LA FUGA

EVA RIVER

# *Tabla de contenido*

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20



© 2017, Eva River

Todos los derechos reservados.

Disparar entre los ojos a ese canalla asqueroso no había sido la mejor idea que había tenido en su vida... pero sí la más justificada. Después de todo, Texas era un estado de pena de muerte, ella solo se habría saltado unos

cuantos pasos. Por otro lado, analizándolo bien, una bala bien colocada en cada pelota podría haberla satisfecho. ¿Habría sido más sangriento? Le disgustaba eso...

Alice miró el reloj del salpicadero. Había conducido toda la noche, evocando las maneras más satisfactorias de ponerse al día con Roberth Fox. Hasta ahora, disparar en sus bolas era la opción número uno en su lista, pero

pensaba seguir buscando venganza mental.

¿Y si le cortaba el pene? ¿Con un hacha?

Sonrió. Todo lo que tenía que ver con eliminar sus partes bajas le parecía interesante. Ni siquiera la opción de cortarle los dedos y hacer que se los comiera le había llamado tanta la atención.

Se miró en el retrovisor y sacudió la cabeza al ver el brillo de sus ojos.

Por todos los cielos, parecía una maldita psicópata. Acaso estaba enloqueciendo.

Se suponía que debía estar en una elegante suite del hotel, llorando, herida y traicionada. Enterrada entre pañuelos de papel; con los ojos rojos, el rímel por toda la cara y la nariz como un pimiento. Su corazón, en teoría, debería estar hecho pedazos.

Ciertamente, estaba herida y

traicionada, pero sus ojos estaban secos como esa calle perdida de Texas... Bueno, más o menos. De vez en cuando se le salía alguna, aunque lograba controlarse. No sentía dolor, lo que estaba era cabreada. Mucho.

Y decepcionada.

\*\*\*

Nick McCloud intentó estirar su cuerpo cansado sobre el asiento del conductor. Las largas noches sin

dormir eran un suicidio absoluto, él lo sabía. Pero cuando la suerte estaba de su lado, la alegría de una buena y linda mañana lo recompensaba todo.

A las seis y media el sol apenas hacía un guiño sobre el horizonte. Tenía suficiente tiempo para regresar al pueblo a tomar una ducha rápida, cambiarse de ropa, beberse otro galón de café y acechar el último pedazo de pastel de su tía Sarah antes de atender su

primera cita del día.

O no...

Disminuyó la velocidad al ver un coche al lado de la carretera. Era elegante, rojo brillante, demasiado bajo para ese terreno y por la inclinación que tenía hacia un lado había tenido problemas con el neumático.

¿Qué clase de tonto conducía un coche así en esa parte solitaria del país en medio de la noche

Casi podía imaginarlo: un abogado jubilado y calvo, buscando reavivar su juventud con un coche deportivo rojo que resultaba una trampa de velocidad. Y, como si eso no fuera suficiente, el idiota tenía que hacerlo en el oeste del país.

Lo sintió por la ducha y la tarta. Con el tiempo que tardaría en ayudar al jubilado a cambiar la llanta, que probablemente ni siquiera sabía dónde buscar el repuesto, tendría suerte si llegaba al trabajo a

tiempo. Se apartó el camino de dos carriles, murmurando para sí mismo:

—¡Dios, sálvame de la gente estúpida de la ciudad!

A pocos metros del coche deportivo varado, todavía no había tenido tiempo de apagar su camioneta cuando se abrió la puerta del deportivo. Y un ángel de blanco salió de él.

Parpadeó dos veces, decidiendo que no estaba alucinando. La visión

ante él definitivamente no era la de un abogado calvo que sufría una crisis de mediana edad. No, en absoluto. Era una pelirroja impresionante con una bata flotante a su alrededor.

Se bajó de su camioneta y se dirigió hacia ella, que le ofreció una sonrisa temblorosa. Nick notó que su agarre en la puerta se apretó. Sola en una carretera al amanecer, varada en medio de la nada, probablemente estaba

bastante asustada imaginando que él era un mercenario o ese tipo de estupideces que pensaban los de las ciudades. Parecía un ángel, excepto que no tenía alas.

Cuanto más se acercaba, más podía ver sus rasgos. Ojos de un azul profundo y brillante que podía distinguirse incluso en la tenue luz de la mañana. El pelo recogido y despeinado en lo alto de su cabeza brillaba con los primeros rayos del sol.

Dio otro paso más y la vio aún más claramente. Su ángel no era solo una mujer. Era una novia.

Lo que quedaba del velo flotaba ligeramente desordenado. Frunció el ceño, estaba seguro de que no había ningún novio en ninguna parte, pero se aseguró echando un vistazo al coche.

Parece que esa chica tenía un pequeño problema.

Sus cejas se alzaron y aquellos

brillantes ojos azules se convirtieron en un gris tempestuoso.

—Anda, dilo de una vez —bufó ella, con mal humor y tono de amenaza.

Consideró disculparse, aunque no estaba seguro de qué. Ok, la había escaneado quizá descaradamente, pero cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. ¿Qué tan común era encontrarse una novia sola y varada? Sin embargo, no se disculpó en absoluto y optó por

ignorar la mala actitud y tratar con el coche.

Cuanto más pronto estuviera en camino, más pronto conseguiría esa ducha que tan desesperadamente quería.

—¿Llevas un repuesto?

—En el maletero.

Se dirigió hacia y sacó la otra llanta, pero casi al instante supo que no servía para nada.

—Lo siento, señora, pero ¿cuándo fue la última vez que revisó esta llanta?

El ángel de mala leche cambió su gesto a uno de absoluta exasperación. Entonces soltó el aire y con un suspiro dijo:

—No es mi coche.

Genial. Una novia cabreada en un coche robado. Qué manera de comenzar lo que claramente iba a ser un día muy largo. Se quitó el

sombrero, lo golpeó contra el muslo y respiró hondo y profundamente, sin dejar de mirarla. Abrió la boca para hablar, sin embargo, ella se le adelantó:

—Es de mi novio —dijo, su voz ya no era tan feroz. Un resplandor de lágrimas se acumuló en sus ojos. Nick no podía con las lágrimas, sintió escozor en la garganta, pero entonces ella dio un salto y dijo: ¡Un perro!

Nick dejó que su mirada vagara

desde la parte superior de su cabeza hasta los dedos de los pies, otra vez, deteniéndose por un breve segundo en su escote, antes de llegar a su rostro.

—Al menos tenía buen gusto ese novio suyo.

La mujer lo miró con total confusión.

—¿Qué?

—Tiene buen gusto... eh, con los coches, claro.

—¿El perro?

—Eh... si tú quieres seguir llamarlo así. —Nick creyó que cualquier tío que dejara escapar a una novia así merecía ser llamado algo peor que perro, gilipollas, por ejemplo—. Puedo darte un aventón al pueblo para que cambies el repuesto, Ned reparará el neumático y te traerá de vuelta aquí.

Ella sacudió su cabeza.

—Estaba esperando la luz del día

para encontrarlo.

Nick lanzó una rápida mirada a su alrededor. Todo lo que podía ver era kilómetros de tierra del oeste de Texas.

—¿Encontrarlo?

—¡Al perro! —chilló—. Tengo que encontrarlo, o encontrarla.

¿Ahora era una *ella*?

—Señora, ha sido una noche larga, necesito desesperadamente

cafeína y tengo un día ocupado por delante. ¿De qué está hablando exactamente?

—Pues del perro. —Agitó su brazo hacia el paisaje circundante—. Él o ella salió de la nada y corrió frente a mí. Fue entonces cuando me desvié, el neumático estalló y terminé varada en este lugar dejado de la mano de Dios. Debo haberlo golpeado o atropellado... Oh, Dios. No crees que le hiriera, ¿verdad? Lo sabría,

¿no?

No tuvo tiempo de responder, ya que su visión de blanco se había alejado del coche, lanzándose en busca de... un perro. Si el perro de alguien había vagado tan lejos de casa y ella lo había golpeado, haciéndolo huir fuera de la carretera, el animal podría estar acurrucado detrás de una roca, lamiendo sus heridas y muriendo lentamente a causa de golpes internos. Maldita sea. Qué día de mierda.

—Espera —la llamó.

Ella ya se había remangado el vestido, sin embargo, caminaba con unos tacones de doce centímetros. Al menos la arcilla seca de Texas era dura como la roca. Su único riesgo potencial sería romperse un tobillo.

Él se apresuró y la tomó por el brazo para mantenerla inmóvil.

—¿Qué tipo de perro estamos buscando?

—No lo sé. —Su mirada volvió a escanear la zona—. No es pequeño, tal vez mediano o un poco más grande. Cola esponjosa, ¿sabe?, no es una cola como la de un labrador. Piel oscura, al menos eso creo, no lo sé.

Las lágrimas se replegaron en sus ojos otra vez y ella se frotó sus mejillas con su mano desnuda.

—¿Sabe qué? —Nick sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo entregó—. Me parece que tal vez

vio a un coyote.

En un instante su expresión llorosa se convirtió en una leve alarma.

—¿Un coyote? Son familia de los lobos, ¿no?

Él tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco, en cambio sonrió.

—Son muy comunes en estas partes y si eso es lo que viste es probable que haya desaparecido hace mucho tiempo y esté bien,

pero... —Alzó la mano para impedir que ella objetara—. Por si acaso, te vas a sentar en mi camioneta, antes de romperte el cuello con esos zapatos, mientras yo echo un vistazo a la zona y me aseguro de que no tengamos un perro lesionado por ahí.

La mujer abrió su boca, sin duda para discutir, pero no lo hizo lo bastante rápido. Como no quería hacer frente a un perro herido y una mujer con un tobillo roto, Nick la

tomó en sus brazos como un novio preparado para cruzar con su novia el umbral o, en este caso, para dejarla en la seguridad de su camioneta.

Ocultó la sonrisa que amenazaba con soltar cuando ella lanzó un chillido de sorpresa. Luego reprimió la corriente de palabras que le vinieron a la mente mientras le golpeaba repetidamente en el hombro.

—¡Bájeme! —gritó.

—En un segundo.

—¡Por el amor de Dios, puedo caminar!

Las piernas le revoloteaban como tijeras mientras volvía a golpearlo.

—¡Le dije que me bajara!

Para evitar que ella le golpeara de nuevo, la arrojó por encima de su hombro, abrió la puerta de la camioneta y la depositó en el asiento.

Nick volvió a repasar el paisaje. Si un perro herido estuviera ahí fuera él debía encontrarlo, al fin y al cabo, era un veterinario.

Sacó su maletín y buscó el estetoscopio. Para su sorpresa la mujer se había quedado en completo silencio; enfurruñada, pero en silencio que era lo importante.

—¡Ahí! —Agitó un brazo y se salió de la camioneta—. Oh, está cojeando.

—Maldita sea. Deténgase antes de que se mate.

Nick la agarró, antes de que se le escapara.

—Yo iré.

A lo lejos vio una sombra lenta. Demasiado grande para un coyote. Maldita sea. Ella tenía razón. De alguna manera, un perro había terminado allí, en medio de la nada. Nick se encorvó y silbó bajo, luego lo llamó:

—Aquí, muchacho.

El perro levantó la cabeza y él habría jurado que también le hizo un gesto con la cabeza, antes de volverse y alejarse.

—¡Oh, se va!

De nuevo dio un paso adelante, claramente lista para correr tras el perro. Y una vez más él tuvo que sujetarla.

—Señora, ¿podría por favor dejarme a ver qué pasa?

Se giró en dirección al perro.

—Pero es que él...

Sus palabras se apagaron y Nick siguió su mirada. El perro había desaparecido. Las rocas más cercanas para que se escondiera estaban demasiado lejos como para que las hubiera recorrido en tan pocos segundos.

—Quédese aquí, por favor  
—repitió.

Ella apretó los labios fuertemente,

pero asintió con la cabeza, luego susurró suavemente:

—Dese prisa, por favor.

El sol subió más alto en el cielo, proyectando una cálida luz sobre Texas. Más que buscar al perro, Nick buscó algo que el perro pudiera usar como refugio. Pero no había nada lo suficientemente grande para ocultar el tamaño del animal que había visto hacía unos momentos. Había llegado al donde lo había visto cuando lo llamó. No

vio huellas. No había nada.

—¿Pero qué demonios?

No lo había imaginado. Ambos habían visto al animal. Tenía que estar allí en alguna parte. ¿No era así?

Caminó unos cuantos metros más y se detuvo para mirar hacia atrás. Ya no podía ver la expresión en la cara de la novia, pero podía sentir la intensidad con la que ella lo observaba y la tierra estéril que lo

rodeaba. Una mujer probablemente abandonada el día de su boda, sola y varada y, sin embargo, su única preocupación era un perro lesionado.

Tenía que admitir que la respetaba por eso a la chica de ciudad, incluso si ella quería pisarlo fuerte con esos tacones kilométricos y asfixiarlo con los kilómetros de tela que le sobraban.

Examinando la tierra desierta, emitió un par de silbidos repetitivos

y esperó en busca de movimiento. Nada. Ninguna señal de criaturas de cuatro patas.

—Bien, colega, me gustaría saber cómo le hiciste para llegar aquí... ¿Dónde te has metido?

Bien, ¿ahora qué? Alice se paró en el pequeño cuarto de baño del garaje que funcionaba como taller mecánico del pueblo. Teniendo en cuenta cuánto tiempo había codiciado el precioso vestido de novia Vera Wang que estaba hecho

un montón en el piso sucio, se preguntó qué tan peligroso sería si encendía un fósforo y observaba cómo el costoso vestido se prendía en llamas, como el resto de su vida. Ella no había querido la elaborada boda que su madre y Roberth habían acordado, pero había amado el vestido desde que lo vio.

—¿Está bien, señorita?

Ned, el viejo mecánico sonaba algo preocupado.

¿Estaba bien? El hombre a quien había confiado su corazón, su alma y, peor aún, sus cuentas bancarias, era un estafador mentiroso. Cada vez que recordaba cómo su tarjeta había sido rechazada sentía que un calor asfixiante le cubría el rostro. Y cuando recordaba haber llamado al banco y descubrir que su espectacular luna de miel en Europa había sido pagada con esa misma tarjeta, entonces sí que volvía a desear hacer cosas horribles a los genitales de Roberth.

—Señorita, para ver su coche necesito irme ahora.

Miró rápidamente la camisa de algodón y los pantalones que llevaba, esperaba que no se pareciesen demasiado a lo que eran, algo que había usado antes de ponerse el vestido. Rápidamente echó el vestido en el bote de la basura y abrió la puerta.

—Estoy lista, vamos. El interior de la grúa no estaba en mejor forma que el baño que había usado para

cambiarse la ropa. Tratando de hacer caso omiso a los asientos apañados con cinta adhesiva y evitando los diversos puntos de grasa dispersos por todas partes, Alice entró en la cabina.

—Es seguro que tienes suerte de que el doctor Nick estuviera en el rancho de Thomas... Si me preguntas, el anciano Jake se preocupa más por sus caballos que por su propia familia... Sí, fue bueno que el doctor hubiera ido a esa zona

a echarle un vistazo a los caballos, de lo contrario podrías haberte quedado sentada en ese camino solitario durante horas, tal vez días.

Alice asintió con la cabeza. No había dicho mucho desde el momento en que el vaquero (que resultaba que no era un vaquero exactamente sino un veterinario) la había dejado en el taller.

Ned, el mecánico geriátrico, que Nick le había asegurado que podía arreglar cualquier cosa con un

motor, ni siquiera se daba cuenta de su silencio, él hablaba por los dos y ni lo notaba.

Incluso cuando hacía una pregunta, no le daba tiempo para responder antes de seguir con su conversación. A ella le iba bien, al menos no quedaba como una maleducada.

El reloj analógico del salpicadero le dijo que ya eran las ocho. Ella y el veterinario habían tardado casi cuarenta minutos en llegar al pueblo

y otros cuantos minutos para que el mecánico y él charlaran como si la vida fuera sencilla, mientras ella estaba hecha un lío y se cambia el vestido de boda.

Ahora, explorando el polvoriento horizonte en busca de ese estúpido coche, se preguntó cómo diablos le haría para arreglárselas con el desorden en el que su mundo se había convertido.

Una cosa que ella sabía con seguridad. No podía volver atrás. No

a Dallas. Esa decisión la había tomado en algún lugar al oeste de Fort Worth, casi al mismo tiempo que había desconectado el GPS y arrojado su móvil por la ventana.

—Buenas personas esos McCloud. —La voz de Ned se deslizó más allá de sus pensamientos—. Tres chicos y una chica, Grace.

Alice parpadeó. No tenía ni idea de lo que el hombre estaba hablando.

—Helen estaría muy orgullosa de sus hijos.

Su mente se apresuró a seguir el hilo de la conversación. ¿McCloud? ¿No era el apellido del veterinario vaquero? Sí, Nick McCloud. Una vez que habían abandonado la búsqueda del perro desaparecido, habían intercambiado nombres. Apenas había terminado de asegurarle que el mecánico local estaba más que calificado para

resolver su problema de coche cuando se había quedado dormida en el asiento del copiloto.

—Aquí estamos.

Ned salió de la grúa y se acercó al coche. Parecía más un hombre que había pasado toda su vida en un caballo que uno que había sostenido una llave de tubo. ¿Es que ahí todos los hombres parecían vaqueros, aunque no lo fueran?

Suspiró. El problema era ella,

había sido demasiado tonta como para imaginar que en el oeste todos los hombres eran vaqueros. Nunca había visitado esa zona del país, así que como referencia solo tenía las viejas películas de John Wayne y Clint Eastwood.

—Primero arreglaremos el neumático y luego echaré un vistazo al capó.

Alice abrió el maletero. Sin más que esperar, miró a su alrededor con la luz del día. La vista no era

mucho mejor de lo que había sido por la noche y el amanecer. Lo único que sus ojos podían ver era suciedad, polvo y más suciedad. ¿Era posible que todo en el horizonte fuera amarillo espantapájaros?

Seguramente debería haber algún color en alguna parte. Un arbusto verde, una vaca blanca, un caballo colorado o como fuera que se llamaban los caballos de ese color. Pero no, ahí todo era sin

gracia.

¿Y a dónde había ido ese perro?,  
todavía se lo preguntaba.

—Espero que no tenga prisa.

Ned se secó las manos en un  
trapo y cerró de golpe el capó del  
coche.

—¿Por qué lo dice?

—El daño es más que un  
neumático, mire ese charco de agua  
allí abajo.

—Oh, Dios... Por favor, háblame de tú.

—Probablemente golpeaste una roca porque el radiador está goteando, tendré que revisarlo a fondo.

—¿Cuánto costará?

Ned cerró un ojo y miró hacia arriba. A cada segundo que pasaba los nervios de Alice se volvían más violentos.

—Como he dicho, no lo sabré con

seguridad hasta que lo revise bien. Pero las piezas de este coche no serán baratas. Si un radiador normal cuesta alrededor de \$300 uno para este bebé extranjero va a costarte mínimo \$ 1200, probablemente más. Y eso es solo por el radiador.

Hacía algún tiempo habría soltado una carcajada al escuchar esa cifra. Solo su vestido había costado \$12000. Pero ahora todo había cambiado, estaba atrapada en medio de la nada sin dinero, sin

trabajo, sin coche y sin vida. Maldita sea, maldito Roberth Cox.

\*\*\*

—Pareces algo que desagradable traído por el gato.

Becky Wilson medía 1,50 y apenas pesaba lo suficiente. Nick perfectamente habría podido cogerla con un brazo. Aunque doce años más joven que él, con sus largos cabellos rubios y ese flequillo que la hacía parecer aún más joven,

él la había contratado para dirigir su veterinaria con la misma mano de hierro con la que su abuela, la fallecida señora Simmons, la había dirigido antes que ella. Nadie se atrevería a contradecirla.

—Buenos días a ti también  
—murmuró Nick en respuesta.

Después de pasar casi una hora con la bella durmiente, no había tenido tiempo para ducharse. Se había pasado toda la noche en el rancho de Thomas, ayudando a una

yegua con su parto porque el potrillo venía mal y estaba demasiado cansado incluso para contestar algo inteligente a su empleada.

Hacía cien años esa veterinaria había sido una granja, ubicada en el mismísimo centro del pueblo. Hacía cincuenta años, el pueblo había decidido que el lado este era más apropiado para ser el centro de todo, extendiéndose tanto que la granja había quedado en el límite opuesto. Y fue entonces cuando la

señora Simmons la compró. Soltera en ese momento, había escuchado toda clase de advertencias al respecto, pero las había ignorado todas. La había remodelado, convirtiendo la planta alta en una casa y la planta baja en la clínica veterinaria. El viejo granero había pasado a ser el lugar en donde se quedaban los animales grandes.

Luego Nick había comprado el lugar. Bastantes cosas habían cambiado, había contratado a un

técnico especializado en equinos y a una recepcionista. Además de que la actual clínica con bastante tecnología y tenía a una gerente. Estaba muy orgulloso de su reputación y del crecimiento del negocio.

El ala principal no era muy grande, pero en mañanas como esa caminar por el pasillo hacia su oficina se sentía como un viaje interminable. Su primera cita sería en pocos minutos, el chequeo anual

de un golden retriever. Si Nick se apresuraba tendría suficiente tiempo para una taza rápida de café y unas galletas de queso que escondía en el cajón de su escritorio.

Cuando doblaba la esquina se detuvo. Una taza de café negro y humeante, junto a un trozo de la tarta de su tía estaban sobre su escritorio.

Su primer sorbo lo ayudó a volver a sentirse humano, pero después de un bocado de tarta estuvo listo para

ponerse de rodillas y besarle los pies a Becky. ¡Era la mejor!

—Serví el café cuando te oí acercarte en la camioneta.

Becky estaba en su puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa en su rostro.

—Gracias. —Tomó otro trago—. ¿Te casarías conmigo?

—Me gustaría tomar el crédito por el pastel, pero tu tía lo dejó temprano. Además, Sally May nunca

me lo perdonaría.

Sally May Henderson estaba atascada en algún lugar cerca de los sesentas y cada vez que traía a su pastor alemán a la clínica, no dejaba de recordarle a Nick era demasiado guapo para estar soltero, o demasiado viejo o demasiado algo. Hacía lo mismo con todos los hermanos McCloud.

—He oído que tuviste una pasajera esta mañana.

Becky desplegó los brazos y entró en su despacho.

Él arqueó una ceja interrogadora.

Becky se encogió de hombros.

—Oye, a las 7.00, el centro de Deadwood es una metrópolis en plena acción.

—¿Metrópolis en plena acción?

Ella puso los ojos en blanco.

—Mi abuela te vio conduciendo por la calle principal y llamó.

—La chica tuvo un contratiempo con el coche en la vieja carretera de la granja y pensó que había golpeado a un perro.

Los ojos de Becky se llenaron de preocupación.

—¿Dónde está él?

—Buena pregunta. Un minuto estaba cojeando y al minuto siguiente había desaparecido.

—¿Todavía está en tu camioneta?

Sin suficiente cafeína en su sistema, Nick tardó unos minutos en procesar la pregunta.

—No, no ha muerto. Se ha ido. Literalmente desapareció.

—¿Has bebido un poco del wiski casero de Thomas?

La pregunta era una tontería, pero estaba demasiado cansado para molestarse en poner los ojos en blanco. En lugar de eso, los cerró y se pellizcó el puente de la nariz.

—No.

Becky lo estudió con unos ojos más sabios de lo que deberían ser debido a su juventud.

—¿Quieres que llame a C.J. para que envíe a alguien a buscarlo?

Nick negó con la cabeza. Si el perro hubiera estado allí para encontrarlo, lo habría encontrado. Y aunque sí tenía que llamar a su hermano, el jefe de policía, sería para otro asunto. Un coche

deportivo rojo, posiblemente robado y muy caro.

—¿Tenemos los resultados de los exámenes de laboratorio del gato de la señora Quinn?

—Aún no.

El ruido de la puerta principal indicó la llegada de su primer paciente. Becky se apresuró a regresar a su puesto cuando Nick se apartó de su escritorio, preparado para el largo día que tenía

delante. Si al final de la jornada no caía desmayado de cansancio tal vez volviera a buscar al perro.

Por si acaso.

\*\*\*

Sally May Henderson tiró tres fichas rojas sobre la pila en medio de la mesa.

Sarah Calvin dio una palmada en sus cartas boca abajo al lado de las de Sally.

—Estoy fuera—anunció.

Dorothy Wilson, abuela de Becky, arrojó sus cartas.

—Nos vemos.

—Demasiado para mí — añadió Nora Brown.

Llevando una enorme bandeja sobre su hombro izquierdo Abbie Kane desaceleró junto a la mesa de póquer del sábado por la mañana.

—¿Quieren algo más?

Un coro de «Estoy bien» sonó por todo el local, excepto el de Sarah que señaló con su barbilla su vaso casi vacío.

—Tomaré otro té, gracias.

—¡Un té dulce para mesa de póquer!

Las palabras de Abbie apenas habían escapado de sus labios cuando todas las cabezas del Silver Café se volvieron hacia la puerta en la que una campana pesada de

moda anunciaba un nuevo cliente. Y no cualquier cliente. La mujer que Nick McCloud había traído al pueblo por la mañana.

Sally May escondió sus cartas cerca de su pecho y se encogió de hombros.

—No me parece una puta.

—Shh...

El codo de Sarah golpeó a Sally May en las costillas y con los labios fuertemente apretados, Sarah le

lanzó una mirada severa a su amiga.

Nora Brown, la más joven del club se inclinó más.

—¿No fue que Nick la dejó en casa de Ned?

—Sí —asintió Sarah.

—Entonces tendría sentido ese de que su coche se estropeó. O sea, que Nick solo fue un buen vecino y le echó una mano.

Dorothy Wilson dobló las cartas

en sus manos.

—¿Y tu punto es?

—Bueno, es que alguien sugirió que la mujer era... Ya sabes... ¿una profesional? Pero, en serio, ¿qué tan ciego tienes que ser para pensar que uno de los McCloud tiene que pagar por compañía femenina?

—Hasta que alguien dice algo sensato —dijo Sarah con una sonrisa satisfecha.

Odiaba que dijeran mentiras sobre

sus sobrinos, más aún si esas mentiras no eran más que estupideces. Se había mudado con su cuñado poco después de que su hermana Helen muriera por dar a luz a su única hija, Grace.

Una madre osa no podía ser más protectora de sus cachorros de lo que Sarah era de su clan, lo hacía tal y como lo hubiera hecho Helen.

—Bueno, aquí está esto. —Sally May extendió sus cartas sobre la mesa—. Sarah, sabes que solo me

estaba burlando del comentario de Burt Larson de que ella era lo bastante bonita como para ser una puta fina. Todos sabemos que incluso si tus chicos no fueran tan guapos como para encantar las bragas de una monja, no harían algo así. Son más que unos hombres atractivos, ellos solo se fijarían en una dama.

—Burt debería seguir vendiendo martillos y conservando sus pensamientos para sí mismo.

Dorothy Wilson lanzó una sonrisa amplia al ver su juego, antes de anunciar:

—Y hablando de damas...

Colocó tres reinas boca arriba, sonrió y finalmente se acercó y recogió el premio.

Nora juntó las cartas y barajó.

—Por la forma en que estás sonriendo, Dorothy, cualquiera diría que estábamos jugando con dinero real.

Sally tenía la mirada fija en la mujer bonita que ahora tomaba asiento.

—Puedo entender lo que Burt quiso decir.

Nora entrecerró los ojos para ver mejor; Sarah puso los ojos en blanco y Dorothy chilló:

—¿Entonces si es una puta de las caras?

Sally le dio un codazo para que se callara.

—No me refiero a eso. Su espalda está tan recta que parece que parece una tabla. Te apuesto que si le pones un libro en la cabeza no se caería cuando ella caminara. Esas ropas parecen más de Neiman que de WalMart.

Esta vez Sarah sí volvió la cabeza para mirar.

—Está usando pantalones y una camisa, ¿acaso WalMart no vende eso?

—Has estado viviendo con hombres vestidos de vaqueros demasiado tiempo. Eso no es solo una camisa. Está abotonada, ajustada y presionada a su medida. Sus pantalones igual. Y no vi sus zapatos, pero no me sorprendería si son de cuero y una marca italiana.

—¿Y eso qué? —quiso saber Dorothy.

—Sally May está feliz de tener algo nuevo —se burló Sarah—, además de la cirugía de juanete de

Ruth Ann.

—Tal vez. O tal vez no.

—Sea como sea —habló Dorothy—, eso hace que una persona se pregunte: ¿qué traería a una chica de ciudad a esta parte del país en medio de la noche?

Aunque miraba el menú que tenía delante, Alice que todos los ojos a su alrededor estaban sobre ella. Podía sentir las miradas curiosas rebotando en su espalda. No era una sorpresa en un pequeño pueblo, pero se sentía malditamente incómoda.

—No dejes que te moleste.

La camarera estaba a su lado, con la bandeja en la mano.

—¿Disculpa?

—No tenemos forasteros muy a menudo, así que la gente no puede dejar de mirarte. Eres como una colisión en media carretera, la novedad.

Alice rio entre dientes.

—Me habían llamado un montón

de cosas, pero nunca un accidente de tráfico.

—No era una ofensa, así que, ¿has decidido lo que quieres?

Una nueva vida. Eso era lo que quería.

Pero como solo tenía \$22.84 en su cartera, soltó una respiración frustrada.

—Solo un café, por favor.

Abbie asintió con la cabeza,

alejándose hacia la barra.

Alice al igual que una avalancha había caído duro y rápido con la buena apariencia de Roberth y sus encantadoras formas. Con un impresionante anillo de diamantes en su dedo y la felicidad a la vuelta de la esquina, ella había mezclado sus cuentas bancarias y tarjetas de crédito. Y si eso no había sido lo bastante tonto, también había estado encantada de cederle el tedio cotidiano de sus finanzas y el

pago de las facturas, con mucho gusto le había dado ese trabajo a Roberth sin siquiera echar una mirada sobre su hombro. Estúpida, estúpida, estúpida. ¿Cuándo se había vuelto tan crédula? Quien dijo que el amor era ciego no bromeaba.

Abbie deslizó una taza de café y un muffin de arándanos delante de ella.

—El muffin es cortesía de la casa. Aquí tienes una servilleta nueva.

Alice siguió la mirada de Abbie hacia sus propias manos y la servilleta de papel que sin darse cuenta había hecho jirones.

—¿Tienes alguna experiencia atendiendo mesas?

—¿Disculpa?

—Mi camarera de las mañanas se ha incapacitado por su embarazo. Si eres buena hay un delantal en el gancho de la cocina, puedes comenzar tan pronto como termines

el café. —Le ofreció una media sonrisa, sus ojos brillaban con diversión—. Incluso si no eres buena. La gente de aquí puede perdonar a una chica bonita casi cualquier cosa.

—Yo...

—Piénsalo mientras terminas de comer.

Antes de que Alice pudiera formar un pensamiento racional, la mujer (que claramente era más que una

simple empleada) se había dirigido a otra mesa donde estaban sentadas cuatro mujeres jugando a las cartas.

¿Podría hacer el trabajo? ¿Comer fuera de forma regular automáticamente la calificaba como posible camarera? Había trabajado en un hotel, pero su trabajo poco tenía que ver con el restaurante.

Oh, por el amor de Dios, ¿qué tan difícil podría ser? Tomar una orden. Informarle al cocinero o cocinera. Volver a la mesa con el

pedido. Cualquier idiota podría hacerlo. Y no era una idiota. Normalmente.

Necesitaba un lugar donde dormir y reflexionar sobre lo que había pasado con Roberth. También estaba lo de su padre. Por ahora era mejor si ni siquiera él sabía dónde estaba. Además, sin el coche no podría ir a ninguna parte.

Si no hubiera dejado el anillo en la caja fuerte del hotel en lugar de usarlo para la ceremonia, podría

haber sido capaz de usar eso como garantía para el nuevo radiador.

Atender mesas al menos podría pagar un lugar donde quedarse mientras tanto.

¿Qué otra opción tenía?

\*\*\*

—Alice Mary Jackman, ¿estás seguro?

Nick escribió el nombre en un bloc de notas frente a él, mientras su

hermano le hablaba por el teléfono .

—El condado no me paga para conseguir nombres incorrectos de propietarios de coches. Ferrari 458, último modelo, registrado a nombre de Alice Mary Jackman. Ahora me dirás qué significa todo esto.

Apoyándose en su silla, Nick levantó los pies y esperó que la relajada pose se reflejara en su voz.

—Te lo dije, encontré a esa chica

a las afueras del pueblo, me pareció un poco sospechosa. Pensé que el coche podría ser robado, no quería que Ned se metiera en problemas por mi culpa.

—Ajá, Ned.

Nick podía ver los engranajes funcionando en la cabeza de su hermano pequeño. Bueno, ya no era tan pequeño.

—Dime —continuó su hermano—, ¿esta Alice Mary Jackman tiene

algo que ver con la Alice Jackman que Abbie acaba de contratar en el Silver Café?

—¿Qué?

Sus pies calzados con botas cayeron con un fuerte golpe seco.

—Abbie acaba de contratar a una Alice Jackman para reemplazar a Donna.

—¿Estás seguro?

—Si sigues preguntándome eso,

no seré tan amable la próxima vez que necesites un favor.

—No importa, debo atender a mi próximo paciente.

No queriendo saber lo que C.J. estaba a punto de decirle a continuación, Nick dejó caer el teléfono en su base y miró por la ventana al café de enfrente. ¿Cuál sería la historia de su ángel de blanco? ¿Por qué ella mentía acerca de que el coche no era suyo? ¿Y qué demonios hacía trabajando en el

café?

—La señora Peabody llamó. Ha cancelado su una cita. ¿Deberíamos cerrar las puertas y tomar una verdadera hora de almuerzo? He oído que Abbie ha contratado a una sustituta para Donna. Me he estado muriendo por encontrar un minuto para ir a verla.

Nick se apartó de su escritorio.

—¿Ya recogieron al caniche de la señora Mandy?

Becky asintió con la cabeza.

—Hace una hora.

—En ese caso —anunció, agarrando su sombrero del gancho—, ¿me haría el honor, señorita Wilson, de acompañarme a tomar el almuerzo?

—Pero qué caballero tan amable señor. —Aleteó sus pestañas—. Me encantaría.

Normalmente Nick no tomaba una pausa para el almuerzo. Comía en

unos pocos minutos, mientras trabajaba con el papeleo. Los días que visitaba las granjas y haciendas, a menudo una bolsa de patatas sustituía su almuerzo.

En una típica mañana con pocos pacientes programados tendría un gato que esterilizar, una visita de rutina del perro de alguna familia, una coneja con letargo que al final resultaría que en lugar de enferma estaba embarazada... Sin embargo, siempre había sorpresas y cirugías

de emergencia que eran lo que los mantenía en movimiento constante trabajando hasta tarde. El perro golpeado por un coche o el que se tragó un vidrio roto o un hueso de pollo... siempre aparecía alguno.

Además, las emergencias también incluían salir pitando a los ranchos o granjas. Una yegua con problemas para parir. Una vaca que de alguna manera se había quedado atrapada en un alambre de púas. O incluso encontrar una novia fugitiva en un

camino casi desierto.

Kelly, su recepcionista, levantó la mirada de la pila de papeles delante de ella al verlos pasar.

—Becky y yo nos vamos a almorzar —le dijo Nick—. Pat tiene todo cubierto aquí. ¿Quieres unirse a nosotros? Yo invito.

Los ojos de Kelly fueron de la puerta a la pila de papeles.

—Oh, me encantaría echar un vistazo a la nueva camarera, pero

traje el almuerzo y este trabajo no se hará solo.

—Si cambias de opinión ya sabes dónde encontrarnos.

Afuera el día era tranquilo de cielo soleado. Perfecto para ensillar un caballo y montar hasta la quebrada en busca de un baño frío. Como cuando Nick y sus hermanos eran solo unos críos.

En el umbral de la cafetería Nick mantuvo la puerta abierta para

Becky. El resto del mundo podría ser moderno y sofisticado, pero en Deadwood la caballerosidad seguía siendo el pan de cada día.

—¿Mesa para dos o Kelly va a acompañarlos?—preguntó Abbie a toda prisa.

Nick se quitó el sombrero y levantó dos dedos.

—Solo nosotros.

—Solo me queda una mesa en la parte de atrás. —Señaló con el

pulgar por encima de su hombro—. Pasen adelante y tomen asiento. Voy a enviarles a Alice para que les tome la orden.

Desde su asiento Nick podía ver perfectamente las idas y venidas de todo el lugar. Era un café, o al menos así lo llamaban porque Abbie nunca le había cambiado el nombre; pero en realidad funcionaba como restaurante y a veces hasta como bar. Era el único sitio donde comer en todo Deadwood.

Nick aguzó más la mirada, pero no vio ninguna señal de la novia fugitiva.

—¿No deberías ir a saludar a tu abuela? —preguntó él a Becky.

—Creo que lo haré después de comer, no quisiera que me obligara a sentarme con ella.

—¿No te gusta el póquer?

—Oh, me encanta jugar a las cartas. Todas las cartas. Pero con ese grupo... no existen las manos rápidas. Jugar al póquer es solo una

excusa, todo va sobre el chisme. Ja, ja. Y como tengo un trabajo que me encanta y un jefe que me invita al almuerzo no quiero perderlos por quedarme a cotillear toda la tarde.

—Me alegra escuchar eso, estoy seguro de que tu jefe tampoco quiere perderte a ti.

Por el rabillo del ojo vio a la pelirroja corriendo hacia su mesa con dos vasos de agua. Se había quitado el vestido de novia y llevaba un delantal del café sobre una

camisa de botones y un par de pantalones oscuros que acababan justo unos centímetros por encima de sus tobillos. Recordó el amplio escote del vestido y sintió una sacudida inesperada bajo la hebilla del cinturón.

—buenas tardes. Aquí tienes.  
—Alice sonrió a Becky mientras dejaba el agua frente a ella, luego reconoció a Nick—. Oh, hola.

—Hola. Lo siento tuve que irme corriendo del taller para no llegar

tarde al trabajo.

—No te preocupes. —Alice le sonrió—. Ned me lo explicó. Pero qué bueno que te veo para agradecerte por la mano que me echaste.

Antes de que pudiera decir otra palabra, la campana sonó.

—Regreso en un momento.

—¿Es mi imaginación o está demasiado nerviosa? —dijo Becky.

Nick tenía la mirada clavada en Alice, ahora de pie detrás del mostrador, sosteniendo un plato en una mano y un pequeño trozo de papel en la otra.

—Si yo fuera un hombre de apuestas, apostaría a que no ha hecho esto antes.

No podía oír lo que Alice y el cocinero estaban diciendo, pero Abbie se había colocado junto a Alice, tomando el trozo de papel de la mano de ella y ensartándolo en un

pico junto a la caja. Luego le entregó a Alice otro plato de comida.

Después de regresó a su mesa.

—Entonces, ¿qué van a pedir?

Nick estaba a punto de abrir la boca para pedir, pero entonces Alice se dio cuenta de que no les había llevado los menús y una vez más se disculpó para retirarse a traerlos. Sin embargo, Abbie tenía los platos especiales del día apuntados en la pizarra detrás del mostrador y todos

los lugareños se conocían el menú de memoria, por lo que los menús eran absolutamente innecesarios.

—Oh, sí. —Becky rio por lo bajo—. Definitivamente nunca ha hecho esto antes.

No por primera vez en el día Nick se encontró preguntándose, ¿cuál era la historia de Alice Mary Jackman?

Al menos Alice había ganado lo suficiente con las propinas como para pagar un motel barato por un par de noches. Suponiendo que hubiera un motel barato en ese lugar. Había pasado todo el día ocupada en el café. Apenas había tenido tiempo de vislumbrar por la

ventana las pocas tiendas cercanas y la clínica veterinaria del frente.

Y al veterinario...

Con la tenue luz del amanecer no le había parecido guapo. Sin embargo, Nick McCloud a toda luz era un hombre atractivo. Mucho.

Era como uno de esos vaqueros que aparecían en las portadas de los romances *western*. Tenía unos ojos azules brillantes como ese cielo de Texas, su cabello era negro como

el ébano y su piel bronceada del color del buen wiski. Ahora no podría escuchar la definición alto, moreno y guapo sin pensar en él.

Abbie se sentó junto a ella, enganchando el pie alrededor de la silla más cercana para descansar los pies.

—Cariño, sin duda eres un buen negocio.

Alice la miró incrédula.

—No creía que fuera tan difícil...

—Lo hiciste muy bien para ser tu primera vez.

—Nunca me volveré a quejar de un camarero o camarera.

Desde el punto de vista del comensal parecía tan fácil. Tomar un pedido, pedirlo en la cocina, luego servirlo. ¿Quién habría imaginado que se necesitaba un cerebro computarizado para recordar cuáles comidas con ensalada, cual plato del menú completo y cuál «sin tomate, pero con queso siempre y cuando

este fuera de vaca»?

Encima de todo Abbie tenía un menú muy amplio. Como si eso no fuera suficiente para su cerebro cansado, debía de aprenderse de memoria los platillos especiales del día. Y también había descubierto que no bastaba con solo conocer los nombres, debía conocer los ingredientes por si alguien le hacía la pregunta. Antes de ese día jamás hubiera imaginado que había tanta gente alérgica a cualquier clase de

cosa. ¿Cómo se puede ser alérgico a una simple lechuga?

No, sin duda no volvería a quejarse del servicio de camareros jamás.

La atención de Abbie estaba puesta en la puerta. Alice clavó los ojos allí para ver quién entraba y vio cómo un policía sonreía. Tuvo que tomar aire para tranquilizarse. El hombre se quitó el Stetson con tanta lentitud que hasta el reloj se detuvo, luego tomó asiento en la

barra. Abbie no perdió detalle de cómo Shannon, la camarera de las tardes, le sirvió una taza de café mientras le coqueteaba. No fue hasta que la mujer se alejó que el hombre las miró y con un gesto de la cabeza se dignó a saludarlas.

Dios bendito, el jodido era guapísimo. aunque a Alice no le parecía más guapo que su hermano. Entonces comprendió que si por la madrugada no hubiese estado tan cabreada y en la hora del almuerzo

tan estresada, habría babeado como una tonta de remate ante las botas de Nick, ya que casi lo había hecho con el policía. Ni siquiera necesitaba que le dijeran que era su hermano, se adivinaba.

La mirada de Abbie volvió a Alice.

—Vas a tener que recoger tus maletas donde Ned.

Ojalá hubieran sido maletas, en realidad solo era un pequeño bolso. Y todo lo que contenía era su

kit de maquillaje. Sus maletas para la luna de miel repletas de ropa nueva de diseñador estaban en la suite del hotel donde habría pasado la noche con su esposo.

Lamentablemente esa lujosa suite en el Belmont había pasado a ser historia. y lo del esposo también.

—¿Dónde está el motel más cercano?

—Ese no es el nombre de una calle a la vuelta de la esquina,

¿verdad?

Sin dejar de sonreír, Abbie volvió su atención a Alice y sacudió la cabeza.

—Cincuenta kilómetros al norte de aquí.

Estupendo. ¿Ahora qué? Desde luego no podía caminar cincuenta kilómetros, ni aunque no hubiese estado molida de cansancio. Sus zapatos eran fabulosos, pero estaba claro que no eran apropiados para

turnos de ocho horas de pie.

—Necesito un lugar donde asearme, dormir y desayunar.

—Myrtle Yantz alquilaba un par de habitaciones, pero ahora se ha ido a California para vivir más cerca de su hija que tiene un niño pequeño y necesita un poco de ayuda.

Alice estaba a punto de darse por vencida.

—El antiguo dueño de la cafetería  
—continuó Abbie— vivía en el

apartamento de arriba. Ahora lo utilizamos principalmente para el almacenamiento, pero hay un dormitorio que uso cuando no puedo ir a casa. —Metió la mano en su bolsillo y sacó una llave del llavero—. Probablemente está un poco polvorienta, pero si quieres puedes quedarte.

—Oh, gracias.

Después de una larga ducha caliente y un sueño reparador estaría mejor preparada para

averiguar qué hacer con su vida.

—Si vas directamente a la cocina encontrarás las escaleras a la derecha. También hay una entrada exterior. —Dejó caer sus pies en el suelo—. Será mejor que vuelva a llenar las botellas de salsa antes de que la gente venga a buscar la cena.

—Puedo quedarme y ayudar.

Abbie le ofreció una sonrisa brillante.

—Haz hecho suficiente en tu

primer día. Ve y descansa. Nos vemos mañana para el desayuno, pero tu primer turno será el lunes a las 6.00.

Alice se fue al apartamento para echarle un vistazo, agradeciendo que Abbie la hubiera dejado ir. ¿Acaso era tonta para ofrecerse estando tan malditamente cansada? Sin embargo, a pesar de ello tendría que sacar energías de algún sitio, ir a buscar su maquillaje y algunas compras básicas.

Cuando salió a la calle creyó que aunque las tiendas no eran muchas, ese pequeño pueblo llamado Deadwood sería capaz de proveerla con lo que necesitaría los siguientes días.

Miró a su derecha y empezó a bajar la calle, observando los escaparates de las tiendas al pasar. Vio una tienda en donde se vendían telas, una donde se reparaban aparatos eléctricos, una mueblería de segunda mano y una

librería.

Se detuvo delante de una pequeña tienda llamada Las Hermanas. Lo que necesitaba era un WalMart, pero esa pequeña tienda era todo lo que tenía a su disposición en ese momento y debía conformarse.

Abrió la puerta.

—Bienvenida.

Una morena alta y delgada la saludó desde el mostrador,

deslizando un lápiz detrás de la oreja.

—Tú debes ser la comidilla de la ciudad. Soy Sissy.

—Oh, me pareció oír la campana  
—dijo otra voz muy parecida.

Detrás de una cortina de flores apareció una mujer rolliza no más alta que la barbilla Alice, con el pelo rubio platino al estilo de los 50's.

—Ella es , mi hermana Lissy  
—dijo Sissy, señalando a la otra

mujer.

¿Hermanas? Alice esperaba no haber sido demasiado obvia al sorprenderse. Quizá solo eran hijas de diferente padre.

—Mucho gusto, yo soy Alice... Yo... necesito algunas cosas. Un par de camisas y ropa interior.

—Viniste al lugar indicado.  
—Sissy curvó el dedo a Alice para que la siguiera—. Lissy —gritó por encima del hombro—, voy a

mostrarle los nuevos algodones que hemos recibido esta semana. Alice, ¿qué tal si mientras tanto le echas el ojo a la ropa interior?

—Oh, sí, Sissy. Excelente idea—respondió la mujer que se contoneaba a la distancia—. Tenemos algunas cosas preciosas que serán perfectas para nuestra nueva vecina.

Alice no era la nueva vecina, solo era una persona sin dinero que no podía irse, pero estaba tan cansada

que no encontró las palabras adecuadas para explicárselo a la mujer. Ni siquiera sabía cuánto tiempo estaría allí.

Era un local pintoresco y bonito, aunque Alice sabía que no tenía nada que ver con las tiendas a las que ella iba.

Pasó por delante de la sección infantil con una escasa variedad de zapatos, camisas y pantalones. Luego llegó al departamento de caballeros y al final encontró el de

damas.

—Aquí estamos.

Sissy levantó dos blusas. Eran exactamente de su estilo y Alice se sorprendió mucho al ver que la mujer lo sabía. Era un diseño simple, pero femenino y hermoso.

Estaba a punto de decir «Me las llevo», cuando recordó que no podía utilizar las tarjetas de crédito, no hasta que no hubiera averiguado unas cuantas cosas, y tenía poco

dinero en efectivo.

Tomó una de las blusas y con la otra mano tocó la tela, deslizándose por los botones, mientras disimuladamente clavaba los ojos en la etiqueta del precio.

—Están de promoción —dijo Sissy con una sonrisa.

Alice sintió como su cara se ponía roja. ¿Acaso había alguien en el pueblo que no supiera que estaba sin blanca?

—Dos por uno —agregó Lissy, apareciendo junto a ellas. A continuación, le pasó la otra camisa y la giró hacia donde estaba la ropa interior—. Mira qué cosas tan bonitas.

Alice comenzó a rebuscar en la ropa interior de encaje, definitivamente era bonita, tanto como la de Victoria's Secret. Cuidadosamente buscó el precio. Aun no sabía en cuánto le iban a salir las blusas, pero debía

ser prudente. Necesitaba unos zapatos cómodos y unos pantalones.

Las dos mujeres la miraban como un búho a su presa.

—¿Cuánto cuestan estas?

—preguntó, levantando unas bonitas bragas negras.

—Tenemos sistema de apartado

—dijo la morena.

Al mismo tiempo la rubia decía:

—Cinco dólares cada una o cinco por veinte dólares.

Alice suspiró y dejó las bragas de encaje para ir a las de algodón. Tendría que bastarle con las de algodón, quizá el lunes pudiera ir por las de encaje, pero mientras tanto...

Las hermanas se miraron con sorpresa, pero intentaron disimularlo lo mejor que pudieron.

—También necesito unos zapatos cómodos para trabajar en el café.

—Oh, sí. —Lissy fue hacia el lugar donde estaban los zapatos y levantó un modelo—. Estos no son muy bonitos, pero tienen un extraordinario apoyo para el empeine y son bastante suaves.

«Extraordinario apoyo para el empeine» fueron las palabras más bellas que Alice pudo haber escuchado. Sonrió y asintió a la mujer.

—¿Tienes 39?

La mujer comenzó a buscar y asintió con una sonrisa, acercándose nuevamente.

Sissy le quitó las blusas y le acercó una silla de respaldo recto. Mientras se probaba los zapatos Alice pensó que quizá todo eso no era más que un sueño producto de los nervios de la boda. Estaba claro que en el mundo real no podía haber dos hermanas tan diferentes como el día y la noche que se llamaran Lissy y Sissy.

Ni una propietaria de un restaurante tan tonta como para contratar a una camarera incompetente. Mucho menos un desconocido alto, moreno y guapo aparecía para rescatarla en plena madrugada en el lugar más solo del mundo.

Lo único que habría faltado para creer que era un sueño habría sido que el guapo Nick McCloud hubiese aparecido montado sobre un caballo para llevarla al apartamento y que las hermanas le dieran los zapatos

gratis.

Tal vez si cerraba los ojos muy apretados, despertaría y estaría de vuelta en Dallas, su prometido seguiría siendo el hombre de sus sueños y lo último de lo que ella tendría que preocuparse sería de su padre y del FBI.

—Despierta, Alice. Despierta.

Dio un salto en su silla y al abrir los ojos se encontró frente al ceño fruncido de Lissy.

—Oh, Dios, discúlpenme. Estoy tan cansada. Los zapatos me quedan perfectos. Necesito unos pantalones, pero no sé si tenga suficiente dinero.

Lissy le dio un codazo a su hermana que se apresuró a decir:

—No te preocupes, ofrecemos crédito.

\*\*\*

Nick tenía los codos sobre la mesa y presionaba sus ojos con las

palmas de las manos. En un instante, la tranquila mañana se había convertido en una tarde caótica. Estaba tan cansado que ni siquiera hubiera podido describirlo con palabras.

—¿Pongo otra taza de café?  
—preguntó Becky desde la puerta.

—No.

Dejando escapar un suspiro, Becky se apartó de la pared y sacudió la cabeza, acercándose a

su escritorio tomó el yogur sin abrir que había dejado para él antes de que entrara a la cirugía de emergencia.

—Está bien. Tú ganas—dijo cogiendo el yogur.

Había días en que se preguntaban cómo una mujer tan sabia y atenta podía estar oculta en el interior de una persona así de joven. Becky era una de las mejores amigas de su hermana, Grace. Las había visto crecer. Pero mientras Grace era un

espíritu libre, a menudo irresponsable y, muy a pesar de todo el mundo, imprudente; Becky era tradicional, responsable y más confiable que un reloj suizo.

Se quitó la bata y la colgó en un gancho, luego empujó a Becky hacia el pasillo.

—Es hora de ir a casa —dijo—. O de que salgas por allí con Ben, es sábado por la noche.

Becky se encogió de hombros.

—Bah... Ben está con el maestro nuevo.

—Ese hombre no sabe lo que se hace.

Se despidieron en la puerta y cada uno tomó su camino.

Nick miró al otro lado de la calle, a la cafetería. Dudaba que Alice Jackman estuviera trabajando todavía. De hecho, por como habían ido las cosas ese día y los errores que había cometido en el trabajo,

era probable que Abbie la hubiera despedido.

En cualquier caso, podía ir a cenar, no le apetecía preparar nada en casa.

La campana sonó al entrar al café. No había mucha gente a esa hora. La mayoría se iba temprano a la cama, incluso los sábados. Quienes aún seguían en pie, en su mayoría, eran las parejas jóvenes que querían disfrutar su cita el máximo tiempo posible.

Su hermano C.J. estaba sentado en la barra, de espaldas a la cocina.

Abbie lo saludó con una sonrisa.

—¿El especial de la noche, Nick?

—Sí, por favor. Que sea para llevar.

Ella desapareció por las puertas dobles de la cocina.

—¿Una noche tranquila?

—preguntó Nick, sentándose a horcajadas en un taburete, junto a

C.J.

—Desgraciadamente —contestó el hermano, con voz aburrida.

Nick se echó a reír. En Deadwood nunca sucedía nada interesante. Mientras que en las grandes ciudades un policía temía por una llamada anunciando un ataque terrorista, C.J. debía encargarse de adolescentes que asustaban con sus coches a las vacas solo por diversión.

No es que el condado no tuviera actividad criminal, solo era que esta era tan escasa que podía llegar a ser demasiado aburrido para alguien como C.J., a quien le gustaba la acción.

—¿Quieres un café? —preguntó C.J.

—No. La última cosa que quiero ahora es cafeína.

—Un día difícil, ¿eh? Rescate a una damisela en apuros y todo...

Realmente esa había sido la parte fácil, pero mantener su mente en el trabajo y lejos de dicha damisela había sido otra historia.

—¿Alguien sabe cuánto tiempo se quedará en la ciudad? —preguntó, como quien no quiere la cosa.

C.J. se encogió de hombros.

—No creo que nadie lo sepa.

—Aquí tienes. —Abbie colocó una bolsa de papel sobre la barra, frente a él—. Te he una porción un poco

más grande. Estás muy delgado, tu tía Sarah no me perdonará si dejas que te mueras de hambre.

Si no hubiera estado tan agotado se habría reído del temor que su tía causaba en todo el mundo. La mujer debería haber sido alcaldesa. Ella y Dorothy Wilson, harían un equipo de lujo.

—Considera que es por colaborar con mis negocio —agregó Abbie.

—¿Disculpa?

—Por Alice. Mi nueva camarera. Si no la hubieras rescatado hoy, no sé cómo habría hecho con el café.

Nick estaba contento de estar sentado. Había pasado para asegurarse de que lo de Alice era un tema zanjado.

—¿Todavía trabaja aquí?

Abbie dejó escapar una risa desde lo más profundo de su vientre.

—¿Crees que soy estúpida? Esa

mujer ha atraído las ventas de una semana en un solo día, parecía que todo el pueblo quería venir a conocerla y eso a mí me ha sentado muy bien. Además, creo que es una buena chica y necesita ayuda.

—¿Te dijo eso?

La novia caprichosa apenas había cruzado una palabra con él, cuando la había llevado al taller de Ned.

—No necesita decirlo. Puedo verlo en sus ojos. Pidió un café para el

almuerzo...

C.J. asintió con la cabeza. Y Abbie los dejó para seguir en su trabajo.

—¿Irás mañana al rancho?

—preguntó C.J.

—¿Crees que la tía Sarah permitiría que no lo hiciera?

C.J. soltó una carcajada.

Nick le dio una palmada el hombro y se despidió:

—Nos vemos mañana.

La distancia desde el café hasta su apartamento era la mera anchura de la calle y las aceras, sin embargo, por lo cansado que estaba bien podría haber sido la distancia de un campo de fútbol.

Le apetecía una ducha caliente, cenar y meterse en la cama lo más rápido posible. Poniendo un pie delante del otro, pensó seriamente en dejar el pastel de carne para el desayuno y simplemente

acostarse. Nada parecía más delicioso que su cama. Hasta que otro pensamiento vino a su mente. ¿Dónde estaría Alice Mary Jackman en ese preciso instante?

Además del duro trabajo de los camareros, había dos cosas más que Alice no había sabido apreciar. Un buen colchón y el agua caliente. Ambos habían hecho maravillas en todo su cuerpo dolorido. El ejercicio era una parte normal de su rutina diaria, habría

jurado que por ello estaba en buena forma. Incluso recibía clases de baile para mantenerse flexible, pero nada de eso podía compararse con las horas de pie del día anterior, llevando y trayendo bandejas y tomando pedidos. Todos los músculos, no importaba cuán pequeño fuera alguno, habían colapsado.

Su nuevo alojamiento equivalía a la mitad del área de la cafetería. Tenía una gran sala de

estar y un comedor con todo tipo de cajas apiladas por doquier. El mobiliario consistía en archivadores por todas partes. La zona de la cocina tenía incluso más cajas apiladas, desde el mostrador hasta el techo. Los únicos espacios libres eran el dormitorio, con una cama enorme de metal, y el baño, que tenía una bañera con patas fenomenal.

A pesar de la advertencia sobre el polvo, Alice encontró el lugar

aceptable. En un armario encontró una sorprendente cantidad de toallas, sábanas, manteles y servilletas. En el cuarto de baño había descubierto una lavadora y secadora.

Lo primero que hizo fue sumergirse en la bañera como una mujer de edad, implorando por sus adoloridos músculos. Cuando tuviera su propia casa la bañera sería lo primero en lo que pensaría. Bueno, lo segundo... justo

después de un marido honesto.

Se puso la ropa que había comprado junto a los zapatos que prometían confortabilidad y bajó al café.

El olor a beicon y salchichas se hacía más fuerte con cada paso. En el momento en que entró a la sala trasera de la cocina, su estómago rugió como el viejo motor de un coche.

—Buenos días —dijo Abbie sin

levantar la vista—. Coge algo para que desayunes.

—Gracias.

—Pídele a Frank lo que quieras, él te servirá. Cuando lo hallas hecho sal y me buscas en uno de los apartados, necesito hablar contigo.

Su cerebro insistió en que se quedara tranquila; los latidos de su corazón creían lo contrario. Y su corazón estaba probablemente en lo cierto. Lo más probable era que

Abbie había vuelto a considerar el valor de Alice para la cafetería y, después de comer su desayuno, le diría la conclusión a la que había llegado al respecto: no les servía para nada.

Su boca se secó y su garganta se cerró ante ese pensamiento. El día anterior había estado demasiado enojada con su ex como para tener mucho miedo. Sin embargo, en ese momento su futuro inmediato le daba terror.

De repente Frank le tendió su desayuno, con una sonrisa bondadosa.

—Tu desayuno.

—Gracias.

Hizo todo lo posible por sonreírle al hombre.

Al otro lado de la cafetería, mirando hacia abajo, Abbie se sentó en un apartado de la esquina con una pila de papeles en un lado, una taza de café a su derecha y lo que

parecía un libro de contabilidad frente a ella.

—De acuerdo —comenzó Abbie—, tu turno será el de la mañana. Recuerda que abrimos a las seis, así que deberás estar lista para esa hora. Entonces trabajarás de la hora del desayuno a la del almuerzo, Shannon ocupará el siguiente turno. Si hay algún problema... —Alzó la vista y frunció el ceño—. Cierra la boca, vas a tragarte algún bicho.

La boca de Alice se cerró tan rápido que sus dientes hicieron clac.

—¿Disculpa?

—Tu cara. Me miras como si acabara de decir que este lugar en realidad es el prostíbulo del pueblo. ¿El desayuno y el almuerzo resultan demasiado trabajo para ti?

—No, no... No del todo.

Al menos no se esperaba.

—¿Entonces?

—Yo... pensé que me despedirías.

Abbie rio hasta que comenzó a toser.

—¿Despedirte? Cariño, eres mi salvavidas. Oh, sé que «la nueva» desaparecerá pronto y las cosas volverán a la normalidad, pero mientras tanto me vienes genial. Estoy tomando ventaja de ti. Ahora, ¿podrás con los dos turnos?

Alice movió la cabeza de arriba

abajo y su estómago rugió de hambre al mismo tiempo.

Nunca habría pensado que podría ser tan feliz de tener un trabajo atendiendo mesas, pero esa mañana se sentía como si fuera el mejor maldito trabajo del mundo.

El teléfono sonó y Abbie se levantó para contestar, indicándole a Abbie con un gesto que comiera.

—Hola. Hola..., señorita Sarah... Sí, eso es correcto... Sí, sí, lo es.

Un minuto. —Abbie le tendió el teléfono—. Es para ti.

Si Alice había parecido sorprendida antes, sin duda esta vez se superó. ¿Sería posible que su padre la hubiera encontrado ya?

No, Abbie había dicho que era la señorita Sarah . Tomó el teléfono y lentamente se lo llevó a su oído.

—¿Hola?

—Buenos días —dijo una mujer de voz fuerte—. Soy Sarah Calvin.

Conociste a mi sobrino Nick ayer.

—Sí, señora. Él fue muy servicial.

Gracias.

—Me alegra escuchar eso. Sé que eres nueva en la ciudad y no es fácil instalarse aquí...

—Abbie lo ha hecho fácil para mí.

—Bueno. También me alegra oír eso. En estas partes el domingo es el día de la familia —continuó Sarah—. Así que llamaba porque quería invitarte a comer.

—Oh... vaya, gracias. Estoy segura de que sería fantástico, pero...

—Sé que tu coche está en el taller de Ned por lo que necesitarás un aventón.

—Bueno, una vez Ned reciba el nuevo radiador, no tardará mucho tiempo en...

—Sí, me enteré de la larga espera por las piezas. Así que lo siento por eso. Una buena comida

familiar es perfecta para olvidarse de las irritaciones de la vida.

—Normalmente yo estaría de acuerdo con usted, pero...

—Bueno. Brook, uno de mis sobrinos, tiene que ir el domingo a la ciudad, así que él te traerá.

—Oh. —Alice tragó saliva. Ella no estaba lista para relacionarse con los vecinos. Relacionarse significaba que le harían preguntas y ella no podía contestar ninguna—. No

quisiera moles...

—Te recogerá a las dos.

—Pero yo no...

—¿Es demasiado pronto? ¿A las dos y media te queda mejor?

La señora sonaba tan condenadamente agradable y determinada.

—Uh, no. Dos está bien. Gracias.

—Maravilloso. Hasta pronto.

Alice le devolvió el teléfono a su nueva jefa.

—Déjame adivinar. —Abbie sonrió—. Nick te recogerá para la cena del domingo.

Alice sacudió la cabeza.

—¿Brook?

—Buena elección. —Abbie sonrió.

Alice se preguntó qué tenía que ver ella con una cena de la familia McCloud. No era de la familia. Para

todos, excepto Nick, era una perfecta desconocida.

—¿Cómo ocurrió eso?

—Sarah Calvin lo ha hecho, eso es todo. —Abbie se inclinó hacia adelante y palmeó la mano de Alice—. Sé que estás acostumbrada a las maneras de la ciudad, pero las cosas se hacen un poco diferente aquí. Piensa en la señorita Sarah como en la matriarca de Deadwood y jefa del comité de bienvenida. Si te hubieras mudado a

alguna una casa local, a estas alturas ya tendrías un congelador lleno de muffins de arándanos y cazuelas de platillos deliciosos.

A pesar de los nervios en su estómago, Alice sintió los indicios de una verdadera sonrisa en los labios.

—Pues si su comida es tan buena como imagino, valdrá la pena buscar una casa.

—Me alegro de que estés aquí, Alice Jackman. Ahora voy a

necesitar que llenes esto.—Abbie empujó un formulario W-4 hacia Alice—. Ya sabes cómo es esto de la retención de impuestos.

Si llenaba ese documento estaría perdida... ¿Ahora qué?

—Alice. —Abbie cubrió su mano de nuevo—. ¿Alguien está detrás de ti? No debes tener miedo.

—¿Qué? —Alice levantó la mirada del papel y se topó con los ojos preocupados de su jefa, ella debía

pensar que estaba huyendo de una relación abusiva—. No es lo que crees.

Abbie se echó atrás y asintió con un movimiento brusco de aceptación.

—Esto estará en una carpeta de mi archivador. El IRS no sabrá que estás aquí hasta que envío W-2 en enero.

Alice no dijo una palabra. Aceptó la pluma que Abbie le tendía, lo llenó

y firmó.

\*\*\*

—Solo por esta vez, ¿podemos empezar con el postre?

Nick dejó caer su sombrero en el perchero más cercano y siguió con su nariz la dirección de la cocina. Pastel de arándanos...

Sarah se giró al escucharlo, un trapo de cocina en cada mano sosteniendo un pastel caliente.

—Las reglas han sido las mismas desde hace veinticinco años. No van a cambiar.

Su voz era severa, pero sus ojos brillaron con humor.

—Ponte a la cola, hermano.  
—C.J. apareció por la puerta de atrás—. Podía oler esto a kilómetros.

Sigilosamente detrás de su tía Nick la abrazó por la cintura, la besó en la mejilla y le dijo al oído:

—Admítelo. El pastel es para tu favorito. Yo.

—No tengo favoritos, Nick McCloud, y lo sabes.

—¿Cómo está el nuevo becerro?

Nick abrió la nevera y cogió un par de cervezas, dándole una a su hermano.

—Es un encanto. —Sarah resopló, las manos en las caderas—. No puedes darle una cerveza a C.J. Tiene que trabajar.

C.J. tomó un largo trago ignorando las protestas.

La puerta trasera se abrió de nuevo y luego se cerró con un ruido sordo. Más de un metro noventa de cuerpo curtido y fuerte, un hombre tan resistente como cualquiera de sus hijos, Sean Patrick McCloud se dirigió hacia el fregadero de la cocina y abrió el grifo.

—Hace un calor de mil demonios —dijo—. He estado revisando las vallas y la del este está caída, habrá

que repararla hoy mismo.

C.J. tomó una bolsa de patatas fritas de la parte superior de la nevera.

—Creo que es hora de que dejemos de remendar esas vallas antiguas y las cambiemos de una vez por todas por una nueva. Están tan viejas que solo basta un poco de viento para derribarlas.

Una mirada pétrea de la tía Sarah fue suficiente para que C.J. callara,

obedeciendo la misma manera que cuando eran niños. En la adolescencia todos habían aprendido a hablar ese lenguaje silencioso y esa mirada en particular significaba «no lo echés a perder».

La puerta se abrió por tercera vez y esta vez entró Finn, el hermano menor. Saludó con un gesto del sombrero y por su expresión se notaba que había escuchado el inoportuno comentario de C.J. Todos opinaban lo mismo, pero su padre

no pensaba igual. Una nueva valla necesitaría de demasiado dinero y él no lo tenía ni pensaba aceptárselo a nadie. Habían discutido sobre su terquedad y orgullo más de una vez, pero Sarah estaba dispuesta a que esa cena transcurriera sin ninguna discusión tonta.

—Entonces, ¿cómo es el ternero?

—dijo Nick.

—Está un poco débil, pero se repondrá —contestó Finn.

—¿Dónde está Brook?

—preguntó Sean, sirviéndose un vaso de leche.

Desde que había sido diagnosticado con una úlcera duodenal, se había visto obligado a renunciar a la cerveza.

—Tenía que hacer una parada.

—Sarah colocó una pila de platos sobre la mesa de la cocina—.

Vamos a tener compañía. Necesito que alguno ponga la mesa del comedor.

Los cuatro hombres McCloud se volvieron hacia ella.

—No me miren así. Hace tiempo que no comemos como personas decentes.

Aturdidos por tener la cena del domingo en una habitación reservada únicamente para la Navidad, Acción de Gracias y algún cumpleaños, Nick y sus hermanos quedaron clavados en el suelo.

La tía Sarah tuvo que repetirse

para que reaccionaran.

Finn tenía que bañarse así que fue a ello mientras C.J. llevaba los platos, el patriarca extendía el mantel sobre la mesa de caoba y Nick colocaba los cubiertos. A pesar de la curiosidad que ardía en los ojos de todos, nadie estaba dispuesto a preguntar lo obvio. ¿Quién demonios iba a venir a cenar?

—Brook, C.J., Finn, Nick, Connor, Ethan y Grace. —Alice llevaba la cuenta mental, mientras repetía cada nombre—. Siete.

Brook rio desde el asiento del conductor de su Suburban.

—En el último recuento aún

éramos siete...

Alice suspiró. Así que Nick venía de una familia grande... Un momento, ¿por qué estaba pensando en Nick?

Sacudió la cabeza y se lo sacó de la mente, cosa que últimamente tenía que obligarse a hacer muy a menudo.

Pensó en la cafetería. En sus descansos había prestado atención a la dinámica de domingo del lugar.

Fue agradable ver a las familias llegar con sus mejores galas. Las niñas pequeñas con vestidos bonitos e hijos en sus camisas de botones y el pelo peinado hacia atrás. Unos adolescentes se habían hecho cargo de la esquina. Un par de la gente que había entrado solo se sentó en el mostrador.

En sus dos días de trabajo ya había aprendido muchas cosas. Había hablado con algunos lugareños y sabía quién era dueño

de qué negocio o tienda local. Además, se había memorizado, sin darse cuenta, qué cosa y cómo la consumían los clientes más frecuentes.

La sensación que le dejaban las personas allí era diferente a lo que había conocido antes. Casi perfecta. Al igual que las escenas de una película en blanco y negro. El tipo de película en pequeños pueblos que celebraban bailes cuadrados y

picnics con los graneros de fondo. Muy diferente a su mundo que se basaba en salir a algún bar famoso y tener citas por internet para socializar.

A las dos en punto el timbre de la puerta de la cafetería había emitido su chillido y por un momento Alice había creído que Nick había ido a por ella después de todo. Se tomó unos segundos para reconocer que el hombre de la puerta no era Nick. Alto y de hombros anchos,

vaqueros desteñidos, camisa de franela, sombrero y botas muy gastadas, con el pelo tan negro como el de Nick. Eran casi idénticos. Sin embargo, a medida que avanzaba en su dirección vio que sus ojos no eran azules, sino de un verde muy intenso.

Sarah no le había mencionado cómo era Brook, pero era evidente que Nick y ese hombre eran hermanos. Tal vez incluso gemelos.

Él se había presentado ante ella y

le había abierto la puerta de la camioneta para que subiera. Era un hombre hablador, pero no resultaba cansino. Todo lo contrario, sus comentarios siempre estaban llenos de humor.

Hasta el momento solo habían hablado de su familia, las preguntas que le había hecho las había esquivado con éxito. Ella en cambio si había conseguido buena información, era como si la vida de los McCloud le interesara

especialmente.

—Sin embargo —continuó Alice la conversación del enorme clan—, ¿de esos siete solo unos pocos estarán en la cena?

Para una hija única cuyos amigos rara vez tenían más de uno o dos hermanos, mantenerse al día con siete parecía ser algo irreal.

—Finn, el más joven, lleva el rancho, estará allí. Nick, a quien ya conoces también. C.J., el sheriff del

condado también...

Dando tumbos la camioneta tomó una desviación.

—Nos faltan Ethan, Connor y Grace —finalizó Brook.

Tan pronto como llegaron a una curva, la imagen de una gran casa se levantó en la distancia. Un cruce entre mediados del siglo moderno y cabaña de madera.

—Guau.

Brook sonrió con orgullo evidente. Realmente era una propiedad hermosa.

\*\*\*

La puerta de entrada crujió cuando Brook la abrió y al instante dos cabezas en la sala de estar se giraron hacia él y Alice. Una de ellas era Nick, que supo de inmediato quien era la visita apenas con mirar un destello rojo detrás de su hermano.

Mientras él sostenía la puerta ella entró, con las manos sujetas una a otra y una leve película de sudor entre ambas.

—Hola, querida. —Sarah cruzó la sala—. Estamos encantados de que hayas venido.

—Gracias.

—Ya conoces a Nick, los demás están en la cocina. Ven, para presentarte.

Nick la saluda con una inclinación

de la cabeza, como un idiota, ya que no encontró la voz en ninguna parte de su cuerpo. Ver a Alice en la sala de estar del rancho había sido demasiado sorprendente.

Ella mientras tanto lucía una sonrisa dulce y mirada tímida. Un completo contraste con la mujer que había rescatado en la carretera. Pensó cómo sería en la cama...

Caminaron hacia la cocina en silencio.

—Supongo que a la tía Sarah no le parecería educado que su querido Nick no pudiera apartar los ojos del trasero de su invitada —dijo Brook tras de él.

Nick le lanzó un codazo.

—Si quieres puedes gritarlo.

Brook le dio un empujón.

—Me recuerda a una potra nerviosa. Está bastante bien, pero ella está ocultando algo. Durante el viaje se las arregló para evadir la

más simple de las preguntas hasta que la conversación giró en círculos estrictamente en torno a nuestra familia. ¿Qué oculta?

—¿Cómo voy a saberlo?

—La encontraste.

—¿Y? —Nick levantó la mirada para encontrarse con su hermano.

—La llevaste a la ciudad.

—Tú la trajiste hasta aquí.

—Ned dice que es una novia

fugitiva. Te apuesto lo que quieras a que tiene a un tío muy cabreado tras ella.

Nick había asumido que había sido abandonada en el altar, pero no había pensado en la posibilidad de que fuera al revés.

—No lo sé.

—Se rumorea que tiene dinero. ¿Por qué crees que está trabajando para Abbie?

¿Escondiéndose de su novio

cabreado? Esa idea le molestaba. Mucho.

La risa de su padre y hermanos cada vez era más fuerte, hasta que llegaron al comedor. Su padre estaba poniendo su mejor acento irlandés y contaba historias sobre su tío George. A su lado, Alice estaba riendo.

Durante la cena Nick, sentado al lado de Alice, hizo todo lo posible para no mirarla. Al menos para que ella no se diera cuenta de que lo

hacía. También hizo un esfuerzo extra para no para saltar encima de la mesa y golpear a sus hermanos cuando la miraban durante demasiado tiempo. No es que los culpara, ella era hermosa, pero él la había visto primero.

Por dios, se dijo, se estaba comportando como un imbécil.

—Cuéntanos —dijo la tía—, ¿cuánto tiempo estarás en Deadwood?

La mirada de Alice inmediatamente cayó, pero aun así consiguió emitir una respuesta.

—No sé todavía. Al menos el tiempo suficiente hasta que mi coche pueda volver a funcionar.

—Sé lo difícil que es estar lejos de la familia.

La sonrisa de Sarah llenaba su rostro, pero en sus ojos apareció una mirada lejana.

—Él estará de vuelta. —Sean se

acercó y le dio unas palmaditas a su hermana.

Durante unos segundos, la mesa quedó en silencio. Había sido un golpe bajo para el clan McCloud que Ethan se fuera de casa, la familia aún seguía esperando que este un día regresara. Aunque todos estaban orgullosos de él, era un piloto de la marina y hacía lo que más le gustaba.

Nick cogió otra de las galletas.

—¿Hay alguna noticia de nuestra hermanita?

—Oh, sí. —Tía Sarah se recuperó de inmediato—. Llamó esta mañana para confirmar que vendrá a casa el fin de semana de la boda de Sandra Lynn. Las bodas son siempre buenas para atraer a la familia.

Por mucho que Nick no lo quisiera, no había nada que pudiera detenerlo de clavar sus ojos en Alice cuando se mencionó la palabra boda. No pudo evitar ver cuál era su reacción.

No estaba seguro de si tenía la esperanza de determinar si ella había sido la fugitiva o la plantada, o si simplemente se preocupaba por sus sentimientos. Pero cualquiera que fuera el caso era un punto discutible ya que su expresión fue tranquila y no dio ninguna indicación de que el comentario hubiera resquebrajado el supuesto corazón maltrecho.

—¿Dónde está ella?-preguntó la invitada.

—En la escuela de derecho, en la ciudad.

—Es su último año —anunció Sean con orgullo—. Con todo lo que ha costado, debería graduarse como juez del Tribunal Supremo.

—Por Dios, Sean. —Sarah puso los ojos en blanco.

—Al menos espero que ella pueda fijar las multas de estacionamiento de Deadwood —dijo Brook antes de llevarse su último bocado de carne

asada a la boca.

—¿Multas de estacionamiento?  
—se quejó Sean—. ¿Tres años en una de las mejores escuelas de derecho de Texas y que se dedique a multas de estacionamiento?

—No necesitamos eso en el pueblo —agregó C.J.

Sarah sacudió la cabeza, riendo.

—No es como si hubiera mucho embotellamiento o un metro.

C.J. tomó la última galleta.

—Esperemos que esté aspirando a trabajar con testamentos y causas de menor cuantía, porque no habrá mucho más para hacer aquí.

Sarah perdió la sonrisa y miró con reproche a sus dos sobrinos.

—Ustedes, muchachos, dejen de buscar problemas donde no los hay. Todo el mundo necesita un abogado de vez en cuando. Esto puede ser un pequeño pueblo, pero es un

condado suficientemente grande para más de un abogado.

Se puso de pie, dispuesta a recoger la mesa.

—Déjame ayudarte —dijo Alice ofreciéndose para recoger la mesa también.

—Tonterías. Eres nuestra invitada.  
—Sarah se volvió hacia C.J.—. ¿Por qué no le muestras a Alice el exterior? Muéstrale el nuevo becerro.

—Lo siento. —C.J. dedicó una sonrisa de disculpa antes de volverse hacia el teléfono en la mano—. Tengo que volver a la oficina.

La cara de la tía Sarah se arrugó al instante con preocupación.

—¿Algo va mal?

Con los ojos puestos en la pantalla de su móvil C.J. negó con la cabeza.

—No, todo está bien. No hay nada

por lo que preocuparse. —La besó en la parte superior de la cabeza y se volvió hacia el resto de la habitación—. Es el momento de comer y correr.

La sala se quedó en silencio durante unos segundos mientras C.J. agarraba el sombrero y se abría camino hasta la puerta principal.

—¿Alguna vez has estado en un rancho antes? —preguntó Sean a la chica.

—No, es mi primera vez.

—Yo ayudaré a Sarah. Nick, enséñale tú el lugar.

—Oh, no es neces...

—Tienes que verlo, muchacha, siempre está pasando algo en un rancho.

—Vamos —dijo Nick, acercándose para ayudarle con la silla. Sus dedos la rozaron mientras ella se apartaba de la mesa y él contuvo el aliento.

Si hubiera sido un hombre inteligente, habría pasado de esa tarea para dejársela a Brook. Pero, por otra parte, cuando se trataba de mujeres, nadie nunca lo había llamado inteligente.

El choque de electricidad ante el contacto de los dedos de Nick sobre la piel de sus hombros al retirar la silla fue demasiado intenso para Alice, había mirado hacia abajo para ver si podía culpar a la alfombra por la electricidad estática; sin embargo, lo único que habían vistos sus ojos

era un piso de madera bien pulido y brillante. Sin alfombra.

—Por este camino se llega al granero —le indicó él.

Para ella un camino sería de hormigón, tal vez asfalto, o como mínimo algún tipo de adoquines. Pero lo que tenía ante sus ojos no era más que un montón de polvo. A su alrededor lo único que conseguía ver eran flores silvestres, tierra polvorienta y hierba aplastada de un color opaco.

—Tenemos más de mil doscientas cabezas de ganado en casi cien mil acres.

—¿Cien mil? Eso suena como un lugar enorme.

—Enorme es relativo. Se necesita una gran cantidad de tierra por cabeza de ganado para funcionar en esta parte del estado. Finn puso el ojo en la propiedad del vecino Ralph Brennan. —Nick abrió la puerta del establo y se apartó para dejarla entrar primero—. Llegó un punto en

que el hombre no pudo asumir el trabajo de su rancho. Entonces papá y Finn compraron su rebaño y le arrendaron la tierra de pastoreo.

—Eso salvó a ese hombre.

—Los vecinos se miran el uno al otro por aquí.

—¿Él no tenía familia?

Nick asintió con la cabeza.

—Una hija y una nieta en algún lugar al este. No las hemos visto en

años. Dudo que estén interesadas en tomar el relevo. Brennan prometió a papá hace mucho tiempo que si vendía seríamos los primeros en saberlo. Connor también le ha echado el ojo a otra propiedad.

—¿Connor? ¿Es el piloto?

—No, ese es Ethan. Connor está trabajando con petróleo.

Alice asintió con la cabeza.

—En las plataformas de petróleo, Brook me lo platico. Es solo que es

difícil recordarlos a todos.

Nick sonrió, lo sabía. A todo el mundo le pasaba igual.

—Solo lo hace por el dinero, no le gusta demasiado. Él siempre ha querido practicar la cría de caballos y eso necesita de una buena inversión. Creo que tiene suficientes ahorros y ahora busca un lugar propio para empezar. Nuestra hermana, Grace, solía competir en carreras de barril cuando era adolescente y fue gracias a un buen

caballo que consiguió varias victorias.

—¿Así que Connor es bueno con los caballos?

—Más que bueno. El chico siempre ha tenido un don con los caballos. Parece magia cuando lo ves hablándoles al oído, consigue lo quiere de ellos.

Por lo que Alice podía ver el interior del edificio era igual a cualquier granero que hubiese visto

anteriormente en programas de televisión. Un amplio pasillo central con puestos a cada lado, habitaciones con piensos y alimentos para ganado, monturas, palas, cuerdas, barriles...

De pronto Nick se detuvo e hizo una pausa, metió la mano en un recipiente transparente de un estante y sacó algo que ella no pudo distinguir.

—Ponlas en tu bolsillo —le dijo, dándole un puñado.

Ella siguió sus instrucciones y vio que eran trozos de zanahoria. Antes de que pudiera hacer preguntas Nick siguió adelante. Ella se apresuró a seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—Estos puestos son más grandes —dijo, al notar que los habitáculos eran más espaciosos que los que habían dejado atrás.

El asintió.

—Cada uno tiene una puerta

trasera, para no tener que estar entrando y saliendo del edificio. Todos son usados para diferentes propósitos. Para la convalecencia de algún caballo, una yegua a punto de parir, algún animal herido o enfermo...Mira a esto.

Nick abrió la puerta de una de las cuadras.

No es que Alice supiera algo de caballos, pero el animal de pie frente a ella era impresionante. Una sombra brillante de cobre oscuro, la

cabeza en alto y una crin dorada que brillaba sobre ella. La yegua dio un paso adelante, abriendo mucho los ojos con lo que Alice pensó que era miedo o ira. De cualquier manera, el animal seguía pareciéndole precioso.

—Muchacha fácil —dijo Nick, acariciándole el cuello—. Se llama Luna. Le encanta que la mimen.

Alice asintió, pero decidió quedarse donde estaba. Luego su mirada se posó en la pequeña

sombra detrás de Luna.

—Oh, es un bebé... Un potrillo  
quiero decir.

Nick se rio entre dientes.

—Es una potra. Se llama Nácar,  
por el tono de su crin.

Desde detrás de su madre una  
pequeña cabeza se asomó para  
estudiar a Alice.

—Hola, Nácar —dijo Alice.

Las orejas de la mamá se echaron

hacia atrás.

—Tranquila chica, todo está bien. Lo prometo —aseguró Nick a Luna, luego se volvió a Alice—. Creo que este sería un buen momento para sacar esas zanahorias de tu bolsillo. Mantente fuera con el brazo y la palma de la mano perfectamente extendidos y deja que ella vaya hacia ti.

Luna no parecía muy segura de dejar su posición y descuidar a su potrilla, pero estiró su cuello. Lo

próximo que Alice sintió fueron los labios del caballo haciéndole cosquillas en la palma mientras se comía la merienda.

—¿Puedo tocarla?

Nick asintió con la cabeza.

—Le gusta que la froten en un costado de su cuello. Solo recuerda no moverte demasiado rápido y mantener las manos donde pueda verlas.

—Hola, Mamá. —Alice pasó la

palma de la mano a lo largo de lo que pensaba que debía ser mandíbula del caballo—. Tú y tu bebé son muy guapas. —Luna bajó la cabeza y luego la echó hacia atrás, como si estuviera de acuerdo, haciendo reír a Alice—. Es como si entendiera.

Sin dejar de sonreír, Nick se apoyó contra la puerta y cruzó los tobillos.

—No dejes que nadie te diga lo contrario. Ella entiende

absolutamente todas las palabras que hemos dicho.

La potra con sus enormes patas largas se asomó detrás de su madre, curiosa, pero todavía tímida. Nick le tendió la mano.

—Ven aquí, pequeña.

—¿Vas a darle zanahorias?

Nick negó con la cabeza.

—Ella no está lista para eso. Solo quiere que la mimen.

—Te encanta lo que haces —dijo Alice, al ver la forma en que él trataba a los animales y la ternura de sus caricias con la potra.

—Me encanta. Hasta donde puedo recordar, siempre me han fascinado los animales. Pero, a diferencia de Connor, que se volvía loco con la fuerza y majestuosidad de los caballos, yo estaba más preocupado por el pájaro con el ala rota, el conejo que perdía a su madre o la camada de gatos del

granero. Mi madre dijo que mi primera palabra no fue ni mamá ni papá, sino ballo.

—¿Ballo?

—Caballo en mi idioma de bebé.

Alice sonrió.

—Debo haber tenido diez años cuando mi yegua favorita tuvo problemas para parir. Mi padre hizo todo lo que pudo. El veterinario estaba atrapado en una tormenta al otro lado del condado. Nos las

arreglamos para salvar al potro, pero perdimos a la madre. Ese fue el día que decidí que quería ser veterinario.

—¿Y nunca cambiaste de opinión?

Sacudió la cabeza.

—Nunca he mirado hacia atrás.

Alice no podía dejar de mirar fijamente a Nácar, la versión pequeña de su madre, siendo acariciada por la mano de Nick.

—Tu padre tiene razón. Esto es simplemente increíble.

—Lo es. —Se apartó a la puerta de la cuadra—. Déjame mostrarte otra cosa.

Alice se despidió con una caricia sobre el cuello de la yegua.

—Gracias por compartir a tu bebé conmigo.

Una vez más, Nick se apretó contra la puerta, para dejarle a ella todo el espacio posible y de tal

forma evitar esas corrientes eléctricas que le producía su tacto.

Caminaron un poco hasta que él se detuvo y asomó la cabeza en otra cuadra.

—Este pequeño individuo llegó esta mañana.

Las comisuras de Alice se estiraron en una amplia sonrisa. Dentro de la cabina, como un gato satisfecho, un pequeño ternero estaba acurrucado en una

cama de heno.

—¿No es adorable?

Nick no respondió; simplemente asintió.

Alice lo miraba con asombro y ternura. Nunca había visto un animal bonito. Parecía tan frágil, su pelo fino era como de peluche y en sus ojos tiernos brillaba una luz de desconfianza. Estaba segura de una cosa, jamás volvería a comerse un filete de ternera. Nunca.

—¿Dónde está su mamá?

—No soportó las molestias que le causaba el pequeño y lo rechazó.

—Oh, pobre.

Se sorprendió al sentir que se le encogía el corazón, pero ¿quién podía despreciar a ese pequeñín?

Nick le brindó una sonrisa tranquilizadora, al ver la angustia en la cara de la chica.

—Sucede a veces. A partir de

ahora será alimentado con un chupón.

El ternero se puso de pie y se acercó a la barra en que Nick había apoyado sus manos. La forma en que el ternero empujó contra los dedos de Nick, señalaba que estaba en busca de alimento.

Él tomó un chupón que estaba fuera de la cuadra, se lo acercó y lo dejó tomar un par de sorbos.

—Ya le dimos de comer hace

poco, así que en realidad no necesita más, pero es bueno que esté succionando. Le ayuda a su organismo.

Para Alice todo parecía tan surrealista. Hacía unos días caminaba por las tiendas más caras de Dallas, comprando la ropa que usaría durante su luna de miel, encantada con la vida rápida y bulliciosa, el materialismo, las enormes vallas publicitarias, ese montón de caras desconocidas que

parecían ir a mil por hora y eso a lo que había llamado «la adrenalina del estrés». Sin embargo, ahora estaba en medio de un granero, con una yegua y su cría, un ternero abandonado y un hombre que parecía salido de una película del oeste... y se sentía bien. Bien como hacía mucho no se había sentido.

Desde que había entrado al rancho McCloud el nombre de Roberth Cox se había esfumado de su mente y con él todas sus

preocupaciones. A pesar de lo enojada que debía estar o de sus problemas huyendo, en ese momento lo que le preocupaba era ver a un ternero abandonado alimentándose de un chupón, solo porque su madre creía que era un incordio. ¿Cómo no sentir nada?

Ese pequeño conseguía que olvidara y su enojo y el miedo que a veces se colaba en sus pensamientos y le recordaba lo difícil de su situación.

Fue en ese momento en que Alice se dio cuenta que no estaba ni triste ni mucho menos deprimida por el engaño de su novio. Lo había esperado desde el primer momento, creía que después del enojo le llegaría el dolor de la traición... pero simplemente no había llegado algo similar. Lo único que sentía era decepción...y ganas de romperle el cuello.

\*\*\*

—Entonces ¿qué piensas? —dijo

Sean mientras miraba al granero a través de la ventana de la cocina.

Brook levantó la vista de su taza de café.

—¿Acerca de qué?

El patriarca de la familia McCloud miró por encima del hombro a su hijo.

—Sin duda, eres un poco lento...

—Por Dios, no soy un adivino para saber de qué me...

—De esa chica. Alice. Y de tu hermano.

Brook estuvo a punto de escupir el café. Sus cejas oscuras se levantaron en un arco reflejando toda su sorpresa.

—Yo... Bueno. Alice parece bastante agradable, pero yo no haría uso de su nombre y el de Nick en la misma frase.

—No lo sé.

Sean volvió a mirar hacia el

granero. Sus niños habían hecho mayores y ni uno solo mostraba algún signo de querer establecerse. No es que sus hijos vivieran como ermitaños, pero Sean aún no había visto una mujer que permaneciera en sus vidas por demasiado tiempo.

Odiaría pensar que alguno de ellos se privara de lo que él y Helen habían tenido. La idea de que uno de sus hijos o su hija no consiguiera encontrar el amor y establecerse, lo

hacía sentirse insatisfecho.

Sin embargo, Sean había visto un fuego en los ojos de su hijo mayor cuando miraba a esa joven y esa mirada él no la había visto en ninguno de sus otros hijos. Así que había un poco de esperanza. No era bueno para un hombre estar solo y vivir sin propósitos como un adolescente.

Pero a pesar de todo y aunque Alice le había parecido una buena muchacha, había algo escondido en

su mirada en lo que un viejo lobo como él no podía dejar de pensar. No estaba seguro de que fuera algo realmente malo, sin embargo, tampoco podría asegurar que no fuera así. Solo espera que fuese lo que fuese su familia no se viese perjudicada y que su impresión sobre esa chica no fuera equivocada.

C.J. concentró toda su atención en el oficial de guardia que tenía en frente mientras le decía:

—Quiero que me repitas eso que has dicho. Sin olvidarte de ningún detalle.

—Pues que se presentó un tipo aquí. Iba vestido de traje. Me plantó su insignia de detective privado debajo de la nariz, fue tan brusco y rápido que por poco me golpea...

—¿Qué fue exactamente lo que dijo?

—Que necesitaba información. Tenía una foto de la nueva camarera. Dijo que es buscada por el FBI. Para ser interrogada en una investigación.

—Imagino que le preguntaste por qué clase de investigación, ¿eh?

Reed se encogió de hombros.

—Estaba ocupado intentando evadir sus preguntas. Sabes, ese tío, me puso de los nervios, si lo hubieras visto... —Al ver la cara de circunstancias de su jefe se aclaró la garganta e intentó buscar un tono más serio—. Pero a juzgar por el último modelo de Jaguar en que esa chica llegó, parece que hay alguien dispuesto a gastar mucho dinero en

encontrarla. Digo ¿cuánta gente manda a pagar a un detective solo para buscarte? Esas son cosas de gente con blanca...

C.J. guardó silencio. Cuando había investigado la matrícula del coche de Alice por petición de Nick, no había encontrado nada parecido a órdenes de arresto. Sin embargo, si era cierto que el FBI la buscaba, eso significaba que era una investigación grande y para encontrar algo tendría que cavar

mucho más hondo.

—¿Qué le dijiste? —preguntó a Reed.

—Que si quería podía dejar una copia de la foto aquí junto con su información de contacto. Y que cualquier cosa que pasara lo llamaríamos para informarle.

Era interesante que, después de solo dos días, la gente ya quería cuidar a la nueva chica. Abbie, las hermanas Sissy y Lissy, su tía, y

ahora Reed. A nadie parecía importarle quién era, de dónde venía o cuánto tiempo se quedaría, mucho menos las circunstancias sospechosas que la envolvían. ¿En serio a nadie le parecía raro que una chica con un coche de lujo trabajara de camarera y viviera en un apartamento que servía de bodega?

—¿Dejó su información de contacto?

Reed le entregó una tarjeta de

visita.

El oficial tenía razón en una cosa: a alguien no le importaba lo que fuera con tal de localizar a Alice Jackman.

Ese era papel del caro, con el nombre del detective en relieve, una descripción bien ostentosa de la empresa de investigaciones privadas a la que pertenecía y una dirección en la calle más importante de Dallas.

Se fue a su oficina e hizo una verificación de la empresa de investigaciones privadas, todo estaba en orden. Y como había temido el hombre que se había presentado allí no era ningún pelagatos.

No hacía falta ser un genio para entender que algo estaba fuera de lugar. Alice parecía ser una buena chica, pero era obvio para cualquier persona que esa era una mujer acostumbrada a mucho más que

ropa de unos cuantos dólares y un trabajo sirviendo mesas.

De la forma en que se había comportado en la cena y como hablaba... C.J. se podía apostar el rancho a que Alice no habría tenido ningún problema en sentarse a cenar con el presidente de los Estados Unidos. Tenía la espalda recta como una varilla. Ni una sola vez se había inclinado hacia el plato; el tenedor siempre era el que iba hacia su boca y no ella hacia

él. La servilleta había estado en su regazo desde el momento en que se había sentado, su mano también había reposado allí siempre que no la hubiera necesitado para cortar la carne.

Alice no estaba dándose aires o practicando las lecciones de buenos modales del colegio. Comer así simplemente era su hábito.

Así que se volvió a preguntar lo mismo: ¿quién era en verdad y por qué alguien habría de pagar a un

detective para buscarla?

\*\*\*

La maravilla genuina en los ojos de Alice al ver a la potra y ternero, hicieron que a Nick se le revolviere un poco el corazón. Cada vez que se ocupaba de una nueva vida en el rancho se sentía como si fuera el padre de esas criaturas.

Así que se había sentido un poco... descolocado. En el buen sentido de la palabra.

Había disfrutado esa cena, pero sobre todo la compañía de ella. Quizá fuera reservada, pero era sumamente agradable.

Ambos iban de regreso a casa, Nick tuvo que meter las manos en los bolsillos para evitar que esa vocecilla que le gritaba «tómala de la mano» terminara saliéndose con la suya.

—Supongo que —dijo Alice— no hay una biblioteca o un café internet aquí?

Por la forma en que la cara de él dibujó una mueca de diversión, Alice confirmó lo que había temido.

—Pues no. Hay una biblioteca en el condado de Butler Springs.

Ella suspiró al tiempo que clavaba la mirada en el horizonte.

—¿Necesitas algo?

—Yo... pues no he tenido la oportunidad de llamar a casa.... Es que... perdí mi celular y tenía la esperanza de al menos poder enviar

un correo electrónico mientras tanto...

—Abbie tiene Wi-Fi en el café y en Las Hermanas venden móviles.

Alice frunció el ceño y se aseguró, echando un vistazo, de que nadie anduviera por allí y pudiera oírlos.

—¿De verdad se llaman Sissy y Lissy?

Nick soltó una carcajada y se llevó una mano a la tripa.

—Tía Sarah probablemente sepa la respuesta real. Pero supongo que no tienen por qué inventarse un nombre, ni siquiera aunque combine.

—Creí que esas cosas solo pasaban en las comedias. ¿Tienes más hermanas o hermanos?

—Sí, están Bessy, Tessy, Chassy, Messy... —Nick clavó los ojos en ella y volvió a soltar una carcajada al ver su cara de horror—. No te preocupes, solo bromeaba. Solamente son ellas dos. —Cuando

llegaban a la puerta sacó su móvil y se lo ofreció—. Puedes llamar a casa si lo deseas.

Alice se quedó mirando el teléfono durante un interminable momento.

—¿De verdad no te molesta?  
—se aventuró.

Él le sonrió y colocó el aparato en su mano. De nuevo la electricidad pasó de un cuerpo a otro como si tal cosa. Casi dieron un respingo.

—Gracias.

Anne se alejó un poco. Tomó todo el aire que pudo y marcó el código \*67 en la pequeña pantalla. No quería que su familia supiera de qué número llamaba.

—Mamá, soy yo. Solo tengo un minuto. Quiero que sepas que todo está bien. Estoy muy bien. Por favor, no me busques. Dile a papá que no envíe sus tropas. Solo necesito un poco de tiempo. Te quiero.

Colgó tan rápido como pudo, ni

siquiera terminó de escuchar lo que su madre había intentado decirle. No es que creyera que rastreaban la llamada o algo así, pero nunca se sabía y en cualquier caso no quería ser encontrada. Aún.

Se giró hacia Nick con una sonrisa falsa y casi se tropieza con sus propios pies al verlo recostado en la pared con una brizna de hierba entre los labios y una mano ajustando el ala de su sombrero. Era exactamente como un vaquero sexy

de catálogo. El hombre era demasiado guapo para su bien... O, más específicamente, para el de ella.

Estaba empezando a inquietarse un poco. Todos los hermanos McCloud que había conocido eran tan atractivos como él. Como si fueran hechos en el mismo molde. Pelo oscuro y ondulado, ojos misteriosos y fuertes mandíbulas cuadradas, todo ello en una carcasa de puro músculo duro; incluso el

padre era un hombre capaz de atraer miradas femeninas. Y, sin embargo, ninguno le había causado *esa cosa* que le causaba Nick. ¿Por qué? Con los demás no había sentido nada parecido a un rayo aterrizando en su vientre.

Era esa sonrisa, esa seguridad en sí mismo cuando caminaba como si todo fuera demasiado aburrido para alguien como él...

Alice se limpió las palmas de las manos en el pantalón al mismo

tiempo que sentía un cosquilleo de anticipación deslizándose por su columna vertebral. Se regañó mentalmente, tenía que centrarse.

Más pronto que tarde volvería a Dallas y Nick McCloud no sería nada más que un recuerdo. Un recuerdo muy atractivo...

Cuando llegó hasta él le tendió el móvil y evitó lo mejor que pudo mirarlo a los ojos.

—¿Tan rápido?

Nick deslizó el móvil en su bolsillo, sin echarle un vistazo a pesar de que se moría por hacerlo. Luego se apartó de la pared y comenzó a caminar, esperando que ella se uniera a él.

—No me contestaron, dejé un mensaje de voz —mintió.

—Le dijiste que podía dejarte un mensaje, ¿no?

Nick se detuvo y la estudió con atención.

Alice tuvo que tragar, aunque con dificultad.

—Eh, pues... No. Pero mañana iré a Las hermanas y compraré un móvil, entonces no hará falta molestarte.

Él se encogió de hombros.

—No me molestas.

Esperaba que Las hermanas tuviera esos teléfonos prepago desechables, en algún lugar había escuchado que eran imposibles de

rastrear. Por ahora, le gustaba esa probabilidad.

—Hola, papá —saludó Nick—.  
¿Dónde está Brook?

Antes de que Sean pudiera responder, la tía Sarah apareció por el pasillo con una baraja de cartas.

—Parece que hemos perdido a otro jugador. Dany, el hijo más joven de los Chapman, se cayó de un árbol. Creen que se rompió el brazo. Brook acaba de salir.

—¿Él está haciendo una visita?  
—preguntó Alice con incredulidad,  
sin poderse contener.

Santo cielo, ese lugar realmente era como dar un salto atrás en el tiempo. ¿No se suponía que los heridos iban al hospital y no los doctores a ellos?

—Está de camino al pueblo  
—explicó Sean—. Si es algo que Brook puede manejar sin una placa de rayos X, entonces les ahorrará el viaje. De lo contrario tendrán que ir

hasta el hospital del condado.

—Eso es bastante lejos para un brazo roto...

—Algún día esperamos tener aunque sea una clínica en el pueblo. Pero mientras tanto habrá que ingeniárselas... tampoco es tan malo.

—¡Pero tienen una clínica veterinaria!

Sean soltó una risita.

—Pues es porque aquí hay más animales que personas.

—¿Cuántos habitantes hay en Deadwood?

—Más de quinientas familias. Más o menos tres mil personas. Y tenemos la escuela también.

—¿La escuela?—

Sarah levantó la barbilla con orgullo.

—Distrito Escolar Independiente

Tucker. Va desde el jardín de niños hasta el duodécimo. Tenemos sobre todo estudiantes de Deadwood, pero también algunos de dos pequeñas comunidades vecinas.

Nick se inclinó hacia Alice y le susurró:

—Cuatrocientos estudiantes en total.

Sarah clavó su mirada de reproche en su sobrino, luego se volvió a Alice.

—¿Estás preparada para un juego de cartas y un poco de pastel?

—Oh, no lo sé. —Alice podía sentir las calorías acumulándose en sus caderas—. Tengo que mi turno muy temprano mañana.

—Lo he hecho yo mismo esta tarde —tentó Sarah.

—Las tartas de arándanos de Sarah todos los años ganan la cinta azul en la feria —aseguró Sean—. La mejor de este lado del

## Mississippi

—De acuerdo, una rebanada y un juego rápido, mientras vuelve Brook.

—Oh, él no va a volver. —Sarah colocó la baraja sobre la mesa junto a la tarta—. Nick te llevará a casa. —Agarró un cuchillo de un cajón cercano y sonrió a su sobrino—. ¿Verdad que no te importa, Nick? Puesto que los dos van en la misma dirección, creo que es lo más sencillo...

Los hombros de Nick se pusieron rígidos y su sonrisa fácil inmediatamente se convirtió en una de plástico.

—No, señora —balbuceó él, como un tonto de remate—. No me importa en absoluto.

Sin embargo, Alice pudo ver perfectamente que él habría preferido tragarse un escorpión que llevarla a casa.

Y no le gustó lo que sintió al

respecto.

¡Ja!, pues a ella tampoco es que la fascinase la idea.

—Tu tía debería trabajar en Las Vegas —comentó Alice mientras se ponía el cinturón de seguridad—. ¿Alguna vez ha perdido siquiera una ronda?

—No lo creo. Es la única jugadora que conozco que es mejor que mi padre.

—Era como si ella hubiese sabido qué cartas teníamos nosotros.

—Mi tía juega todas las semanas en el café, con su club de amigas. No creo que exista un truco que ella no conozca ya.

—Las vi ayer. —Frunció el ceño—. Pero algunas de esas señoras no parecían tan viejas... O sea, quiero decir que eran de edades muy variadas.

—El grupo cambia de vez en

cuando y cuando sucede puede entrar quien así lo quiera. Sally May Henderson y Dorothy Wilson son las fundadoras del club de cartas. Esas dos y mi tía Sarah tendrían que estar con un pie en la tumba para perderse un juego.

—¿Cuántas mujeres están en el club?

—Es difícil saberlo. La gente viene y va. En los últimos diez años el condado ha estado creciendo en lugar de reducirse, aunque el

propósito del club parece haber pasado a centrarse más en la parte social. Las mujeres eran más activas cuando yo era un niño, como la mayoría de las madres en aquellos días tenían todo tipo de actividades basadas en la comunidad. Cualquier cosa, desde la recaudación de fondos para lo que es ahora la escuela hasta hacer colchas para los nuevos bebés del pueblo. Cada vez que alguien nacía un bebé todas las mujeres del club trabajaban para regalarle una

colcha.

Nick recordaba lo emocionada que había estado su madre cuando el club había trabajado en la colcha de Grace. Después de seis chicos su madre había estado en la luna al saber que tendría una niña. Incluso después de todos esos años, su corazón se contraía de dolor al pensar en las muchas cosas que su madre nunca llegó a ver y le habrían encantado.

—¿Estás bien?

Alice se retorció en su asiento.

—¿Qué?

—Te quedaste en silencio...

—Lo siento.

Normalmente él habría desviado la conversación lejos de sí y su familia, pero en lugar de eso se encontró con ganas de hablar al respecto.

—Pensaba en mi madre. La colcha de Grace fue el última que el club hizo. Mi madre desarrolló una

infección. Murió diez días después de que naciera Grace.

—Lo siento. ¿Qué edad tenías?

—Doce.

Alice apretó los labios.

—¿Es por eso que tu tía Sarah vive en el rancho?

Nick asintió con la cabeza.

—Llegó la semana antes de que naciera Grace y ha estado aquí junto a nosotros desde entonces.

Nadie se lo pidió. Simplemente dijo que no había otro lugar donde debiera estar.

—Sé que solo he pasado una tarde en su compañía, pero me gusta tu tía. Ahora creo que me gusta todavía más.

—No puedo imaginar lo que habría sido de nuestras vidas si ella no hubiera estado aquí. Grace probablemente se habría convertido en una completa salvaje en medio de tantos hombres. Si la vieras,

parece una flor en primavera... aunque también tiene su lado salvaje, nos encargamos de ello.

—Me gustaría saber si la chica McCloud también está hecha del mismo molde. Ustedes se parecen muchísimo.

—Es preciosa. De todos es la que más se parece a mamá, pero si la ves sabrás que es mi hermana sin que te lo digan.

—Al menos el clan tiene una

chica. Me sería aún más difícil tener que aprenderme siete nombres con sus respectivas caras siendo todas tan parecidas.

Desde el fondo de su vientre, una risa estalló en Nick. Alice había dicho justo lo necesario para romper su momento de melancolía.

—Solo ten en cuenta que yo soy el más guapo.

Alice estuvo a punto de asentir. Le costó lo suyo contenerse.

Nick se dio cuenta y sintió una chispa de satisfacción... Así que le parecía el más guapo... Interesante. Interesante.

Muy interesante.

—Probablemente conozcas pronto a mi hermana. Como te decía, parece frágil, pero créeme si te digo que la sangre que corre por sus venas es ardiente como el fuego.

—Debe ser la sangre irlandesa. Tu apellido es irlandés.

Nick asintió.

—Con ese pelo rojo, tú debes saber mucho sobre la sangre irlandesa. Háblame de tus padres. ¿Son irlandeses?

Alice sacudió la cabeza.

—Solo mi madre. Me heredó su pelo rojo y su temperamento ardiente.

—¿Así que tienes un temperamento ardiente?

Las mejillas de Alice se pusieron coloradas.

—Si me provocan...

Nick tuvo que resistirse a cambiar de posición a pesar de que sus vaqueros le estaban asfixiando la erección que ella había provocado con su respuesta. En su lugar se preguntó qué tanto se necesitaba para provocar a Alice Jackman.

\*\*\*

Cuando llegaron al café las luces

ya estaban apagadas y lugar cerrado.

—Los domingos son el único día libre de Abbie —explicó Nick.

—Pero ella abrió esta mañana.

Nick asintió con la cabeza mientras se estacionaba.

—Algunas personas vienen a comer después de ir a la iglesia. No es una gran multitud, solo unas cuantas personas. Pero a media tarde el lugar muere y Abbie se va a

casa.

—Una tarde no parece ser suficiente descanso para nadie.

—Mucha gente de por aquí estaría de acuerdo contigo. Ella trabaja siete días a la semana, desde que se abre hasta que se cierra y lleva haciéndolo desde hace años.

—Probablemente nunca ha tomado vacaciones, ¿cierto? —Él asintió—. Todo el mundo necesita

descansar como Dios manda.

Nick se bajó de la camioneta y la rodeó para abrir la puerta a Alice. Ella se quedó boquiabierta. Ese no era un gesto que recibiera a menudo.

—Gracias.

—¿Estás bien instalada?  
¿Necesitas algo?

Ella levantó en el aire la bolsa de comida que la tía Sarah había insistido en que se llevara a casa.

—Creo que tu tía olvidó que vivo en un restaurante. Tengo suficiente comida para el próximo milenio.

Los labios de Nick se curvaron en una sonrisa perezosa que hizo que el estómago de ella ejecutara saltos mortales.

—Tiene una afición especial por alimentar a la gente. Pero no me refería a la comida sino al piso de arriba. Sé que es más una bodega que un hogar. ¿Estás cómoda allí?

—Es suficiente para mí.

El lugar no se podía comparar con el hermoso apartamento que había dejado atrás. Le había costado meses seleccionar las piezas correctas para cada habitación. Al final, había creado una ecléctica mezcla entre lo tradicional y lo moderno. La combinación perfecta para una pareja joven del corazón de Dallas. Y, sin embargo, después de solo un par de días de vida simple en Deadwood, rodeada de

polvo, vacas, caballos y hombres guapos enfundados en pantalones vaqueros... como que Dallas empezaba a perder su atractivo.

Suspiró al recordar la vida de la que había huido. Y en lugar de sentir añoranza sus mandíbulas se tensaron de furia... como cada vez que pensaba en Roberth...

—¿Estás bien?

Nick se inclinó hacia delante con los pies ligeramente

separados. Parecía estar preparado por si ella empezaba a echar espuma por la boca o le explotaba un vaso sanguíneo.

—Lo siento. Es que recordé la clase de basura que había en mi...

—Se aclaró la garganta—. Quiero decir que olvidé sacar la basura hoy.

—Ya veo. —Dio un paso atrás—. Si necesitaras algo de ayuda puedes pedírmela, somos vecinos.

—Gracias. Si aparece algo te llamaré, lo prometo.

Aparentemente satisfecho, Nick asintió.

—Voy a acompañarte hasta la puerta.

—Oh, no te preocupes. No es necesario que subas las escaleras.

—Eso díselo a mi padre y a la tía Sarah que fueron quienes me enseñaron a hacerlo.

Ignorando por completo su protesta, dejó caer la mano en la parte baja de la espalda de Alice y la condujo hacia las escaleras.

A través de la ropa ella podía sentir la presión de su mano cálida. Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir adelante y no inclinarse hacia atrás y apoyarse en él.

Una vez llegaron arriba ella abrió la puerta.

—Gracias traerme.

—Fue un gusto.

Estuvo a punto de recordarle la cara de terror que había puesto cuando su tía lo sugirió, pero la verdad era que desde la primera vez que se habían visto se había portado muy bien con ella.

Nick se quedó inmóvil y por una fracción de segundo ella se preguntó si él estaba esperando una invitación a entrar. Pero luego se dio cuenta que él solo esperaba a que ella entrara.

Los buenos modales del campo. Sin duda podría acostumbrarse a eso...

Le sonrió como despedida y por fin entró al piso. Sorteó las cajas, muebles y archivadores como mejor pudo para asomarse a la ventana del frente. El motor de la camioneta rugió en medio del silencio y sus faros encendidos cortaron la oscuridad de la noche. El vehículo desapareció al otro lado de la calle.

\*\*\*

Nick estaba muerto de cansancio y sin embargo completamente despierto. Arrastró su trasero hasta su apartamento.

El viaje a casa había sido agradable y mucho más alegre de lo que había esperado al principio. Primero Alice se había mostrado tensa, nerviosa, casi asustada. Como siempre se había alejado de las cuestiones más personales: ¿de dónde venía, por qué se le había aparecido en medio

de la noche como un ángel escultural y por qué estaba estableciéndose en un pequeño pueblo en vez de a su hogar?

Pero luego, mientras más se acercaban al pueblo, ella había sonreído y charlado como si lo conociera de toda la vida. Habían platicado sobre tonterías. Sus colores preferidos, el de Alice era el azul. ¿Comidas favoritas? A ella le gustaba todo lo que tenía sabor a calabaza. Pero, a pesar de lo fácil

de la conversación, no había aprendido nada realmente revelador acerca de esa mujer. Había aparecido en su mundo de la nada y todo indicaba que la cosa no iba a cambiar mucho.

Ni siquiera había mencionado algo sobre su vestido de novia o el porqué de haber conducido sola por la noche, sin un móvil, en una carretera solitaria y desconocida.

Pasar ese poco tiempo a solas no había hecho nada para aplacar sus

dudas de si escondía o no algo. Cada minuto que pasaba a solas con esa pelirroja no hacía más que incrementar su curiosidad.

Para el lunes por la tarde Alice ya había comprado un móvil prepago y había estado navegando por la red. Entrar a las cuentas conjuntas que tenía con Roberth había sido más difícil de lo que había esperado. La mayoría de las contraseñas habían sido cambiadas.

Y las que no era porque estaban en ceros.

Pero había una cuenta que Roberth no había podido desviar. Una que le había pertenecido solo a ella. Desde su infancia había estado a su nombre y al de su padre. Así que gracias a ello no estaba completamente en bancarrota.

Aunque no dejaba de preguntarse por qué Roberth había exprimido todas sus tarjetas, ¿qué demonios había hecho con los ahorros?

En ese momento más que nunca había deseado un teclado real, una pantalla de tamaño enorme, una conexión de banda ancha y una impresora.

Poner en orden sus finanzas era solo una parte de su difícil situación. Necesitaba mantener el control sobre lo que ocurría en casa. Como no quería que supieran su paradero no podía retirar dinero de su cuenta, así que tendría que depender de su salario de camarera

para pagar la factura del mecánico. Una vez su coche estuviera reparado, buscaría el momento más oportuno para regresar, con la mente en orden, y hacerse cargo de cada uno de los desastres que su ex había ocasionado.

\*\*\*

Sarah Calvin entró al café saludando a todos a su paso, contoneándose como si fuera la reina del lugar.

—Hola, linda. Te ves muy guapa hoy.

—Gracias. ¿Vienes por un desayuno tardío?

—Oh, no. Es martes.

Alice asintió con la cabeza. Si el día anterior había sido lunes, entonces en efecto era martes.

—El resto de las chicas llegará en cualquier momento. Voy a tomar una taza de café y un trozo de tarta de manzana mientras espero.

Sarah se sacó su chaqueta y tomó asiento.

Desde detrás del mostrador Abbie saludó a la matriarca de los McCloud y preguntó:

—¿Querrás un poco del pastel de Frank?

—Ya lo he ordenado. —Sarah señaló a Alice con su pulgar—. Tienes una buena chica aquí, Abbie. Espero que lo sepas.

Abbie se rio.

—De lo contrario sería más tonta que el estiércol de burro.

Las dos mujeres soltaron una carcajada y, a pesar de la desagradable analogía, Alice las acompañó.

Luego fue a llevar las ordenes pendientes a Frank y minutos después salió haciendo equilibrios con un pastel y una taza de café en una mano y dos jarras de cerveza en la otra.

Además, llevaba encima una sonrisa de orgullo enorme. Había conseguido llegar hasta la mesa de Sarah sin ningún accidente.

—Lamento llegar tarde —dice una mujer mayor, pequeña y de pelo castaño mientras toma asiento junto Sarah—. He tenido que pasar a la clínica. Uno de estos días Becky va a olvidar hasta su coche.

—Al menos tienes una nieta que te necesita.

—Sí, bueno, supongo —aceptó de mala gana.

Alice había estado demasiado ocupada el sábado que el club había jugado, por lo que en ese momento le era imposible recordar el nombre de la mujer.

—¿Desea ordenar algo, señora?

—Me encantaría un pedazo de ese pastel —contestó la mujer señalando el plato de Sarah.

Alice le sonrió y giró sobre sus

talones en dirección al mostrador. Para cuando regreso con la nueva rebanada de pastel, la mesa estaba llena de charla y actividad. Y cartas, por supuesto.

Al parecer la mañana de los martes estaba agendada para el póquer, al igual que la de los jueves y la tarde los sábados. Se encargó de servir a todas las mujeres del club al tiempo que se encargaba de algún que otro cliente ocasional.

Un par de horas más tarde Nick

entró por la puerta. Ella corría a toda velocidad, tratando de mantenerse al día con las órdenes. Hacia cualquier lugar que mirara las mesas estaban llenas de gente. Y a pesar de lo ocupada que estaba cuando él entró fue como si ella hubiera podido sentir su energía, inconscientemente se giró y allí estaba con una sonrisa enorme mirando a su tía.

Por la pila de fichas de póquer que había frente a Sarah se deducía

que tenía una muy buena racha. La mujer devolvía la sonrisa a su tía, al tiempo que le guiñaba un ojo como diciendo «Ya sabes lo buena que soy».

Alice parada en medio de la cafetería como tonta mirándolos, hasta que sin que le diera tiempo de quitar la mirada Nick clavó sus ojos en los de ella y zas. Dios de todos los cielos, ¿por qué le sonreía así? Casi perdió el aliento. Sin duda, esa sonrisa era como un arma

letal. Probablemente fuera la culpable de unos cuantos corazones rotos.

Él continuó caminando hasta la barra y una vez allí tomó uno de los taburetes y se sentó, cogió el menú más cercano e hizo como que leía. Alice no estaba segura de por qué. Todo el pueblo parecía saberse de memoria cada platillo.

—¿Almuerzas solo?

Alice no había querido preguntar

eso. Bueno, sí, pero no de la forma en que lo había hecho. Al fin y al cabo, a ella qué le importaba... Solo era curiosidad, ya lo había visto almorzar con una chica allí.

—No, en realidad vengo a comprar comida para llevar. No tengo demasiado tiempo y comeré en mi oficina.

—Oh, voy a comprobar si tu orden está lista.

—No es necesario. No he hecho

ninguna orden.

—Ah... Bueno, dime qué te gustaría y le diré a Frank que lo prepare lo más rápido posible.

Zaz. De nuevo le mostró esa sonrisa de millones de vatios de potencia y ella tuvo que morderse la mejilla para no devolvérsela y que se le saliera la baba.

—Que sean dos ensaladas de pollo y una hamburguesa grande con papás.

Alice le sirvió un té helado mientras esperaba y fue a encargarse la orden.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó cuando ella regresó.

—No está mal.

—Pareces ingeniártelas.

—La parte más difícil es aprenderme los nombres de todos. No hay una persona aquí que Abbie no conozca.

—Ella ha vivido en Deadwood mucho más tiempo que tú.

—Lo sé, pero aun así...

—Quizá que pueda ayudarte.

—Dejó a un lado su bebida y se acercó a ella—. ¿A quién no conoces?

—Bueno... —Se mordió los labios y miró a su alrededor. Las mesas se estaban despejando ya—. Las mujeres del club. Esa, la de pelo castaño y rizado.

—Dorothy Wilson. Su nieta Becky trabaja para mí, es la chica con la que almorcé el primer día.

Alice asintió con la cabeza.

—Y la mujer junto a ella es Nora, ¿verdad?—

Sonriendo de nuevo, Nick asintió.

—Ajá.

—A ella le gusta el té sin azúcar con Splenda.

—¿Ves? Lo estás haciendo bien.

Aunque no tengo ni idea de lo que le gusta beber, ni a ella ni a nadie aparte de mí.

Esta vez fue ella quien sonrió. Una de las cosas que siempre había hecho que destacara en el hotel donde había trabajado era su capacidad de recordar los nombres. El de los empleados y la clientela. Solo que normalmente no debía aprendérselos todos a la vez.

—Gracias. Solo necesito familiarizarme un poco.

La campana sonó en la cocina, era la orden de Nick. Tomo la bolsa de papel y la colocó frente a él.

—¿Me ayudas a cobrar lo de Nick, Alice? —le dijo Abbie.

—No hay problema.

Durante esa mañana había aprendido a usar la caja para cobrar y era bastante sencillo.

Nick la siguió hasta el final de la barra mientras sacaba la billetera de su bolsillo trasero. Ella trató de no

mirar, pero era bastante difícil no darse cuenta el ajuste de los vaqueros.

—Aquí tienes.

Le tendió unos cuantos billetes y otra vez sintió esa descarga que solo sentía cuando su piel entraba en contacto con la de él. Incluso aunque solo fuera un breve roce para recoger unos billetes. Sin embargo, quedó un poco descolocada al ver cómo él abría los ojos de golpe al tiempo que el vello

de sus brazos se erizaba, indicándole que Nick había sentido esa misma energía.

Una oleada de calor subió a sus mejillas y casi se llevó las manos a la cara para abanicarse, pero en su lugar colocó el dinero en el cajón.

—Espero que disfruten su almuerzo.

—Lo haremos. Gracias.

No pudo apartar sus ojos de él mientras caminaba hacia la puerta y

le fue del todo imposible no observar cómo volvía a guardar la billetera en el bolsillo trasero, prestando especial atención a la forma en que los vaqueros se adherían a su trasero.

Cuando desapareció de su vista respiró hondo y volvió su atención a la cafetera que anunciaba que el café que había puesto a hacer unos minutos antes ya estaba. Había demasiado en qué ocuparse cómo para estar desconcentrándose por

un vaquero de buen aspecto.

Tomó la cafetera y haciendo todo lo posible para despejar su mente de Nick McCloud, se encaminó hacia la mesa de póquer.

—¿Alguien desea más café?

Varias cabezas se agitaron asintiendo, ella procedió a servirles. Sarah fue la primera en hablar.

—Veo que Nick vino por el almuerzo.

Eso parecía bastante obvio. Alice asintió.

—Bastante inusual. —Dorothy levantó un puñado de fichas de póquer—. Subo mi apuesta a cinco más.

—Estoy fuera. —Nora dejó caer las cartas sobre la mesa—. Siempre pensé que ese chico y Becky acabarían juntos. Ya saben, siempre almuerzan juntos, las burlas entre sí... y esa chica es tan atenta con él, parece saber siempre lo que

él necesita. Se llevan bastante bien como para ser solo un jefe y su empleada.

La tentación de mirar por la ventana y preguntarse cuánto había de verdad en las observaciones de Nora hizo que Alice regara un poco de café fuera de una taza.

—No seas tonta —agregó Sarah, lanzando un par de fichas—. Todo el pueblo sabe que a Becky le gusta mi Ethan desde que ambos estaban en la cuna. Además, no son solo jefe y

empleada, Becky es una gran amiga para Nick.

—Y ya va siendo hora de que Ethan se espabile y vaya tras mi chica —sentenció Dorothy.

Todo el mundo en la mesa gimió cuando Alice terminó de llenar la última copa y se fue a otra mesa.

Ella se obligó a no mirar hacia afuera. Demasiados problemas, se repitió. Un vaquero guapo no podía sumarse a la lista. ¿Acaso no había

aprendido la lección? Lo último que necesitaba era un hombre. Especialmente uno que hacía que sus sentidos enloquecieran. No, pensar en Nick McCloud como algo más que un vecino atento y agradable era una muy mala idea.

—¿Cómo está trabajando?

—preguntó Becky a Abbie, señalando con la barbilla hacia Alice.

Abbie volvió a llenar su vaso casi vacío de té dulce.

—Le está cogiendo el tranquilo. Es una principiante rápida.

—Parece encajar, después de todo

Durante las dos semanas que Alice llevaba en Deadwood había aprendido muchas cosas, ya no era la patosa del primer día, para cualquiera era de los más normal verla. Había encajado y un lugar como ese eso era lo único que importaba.

Había esquivado las preguntas personales, sí, pero nunca lo había hecho de una forma grosera.

Muchos eran los chismes acerca de ella en que se especulaba todo eso sobre lo que la chica no soltaba prenda. Según Ned ella había llegado a su taller al amanecer, junto a Nick, con un vestido de novia que después tiró al basurero.

Algunos insistían en que su novio de la secundaria la había abandonado en el altar. Otros pensaban que se había fugado con un novio multimillonario con edad suficiente para ser su abuelo. Y, sin

embargo, otros pocos creían que se había escapado de su noche de boda por miedo y que su nuevo marido andaba en su busca. Becky se rio de lo último. Como si aún existieran las mujeres que perdían su virginidad en la noche de bodas.

—Ciertamente parece más segura de sí misma de lo que estaba la semana pasada —estuvo de acuerdo Becky.

—Y el lugar nunca ha estado más ocupado. Hasta han llegado curiosos

de otros pueblos, solo para echarle el ojo. No sé cuánto tiempo se va a quedar, pero no me quejo. —Un par de chicos entraron al café—. Más trabajo, ya lo ves, me tengo que ir. Disfruta tu té.

Mientras ella terminaba su té, apareció Kelly. Nick había ido a hacer visitas a los ranchos y cuando eso sucedía las horas se hacían eternas en la clínica.

—Necesito un almuerzo de campeones. Me he decidido a dejar

la dieta. Madre mía, si estar delgada significa comer lechuga, prefiero estar gorda.

—Ya te lo había dicho que no estás gorda.

—Y yo te he dicho que sí.

—Ay, por Dios....

Alice apareció frente a ellas con dos menús bajo el brazo. Colocó un vaso de agua delante de cada una y después les ofreció el menú.

—El especial de hoy es carne a la cacerola con zanahorias y patatas flacas.

—¿Flacas? —preguntó Kelly—. Eso es nuevo.

Alice se rio.

—En realidad son patatas fritas comunes y corrientes, pero a partir de hoy Frank decidió llamarlas flacas. Creo que es una técnica de sugestión para hacer creer a la gente que estas no los van a

engordar como inmediatamente se piensa cuando en su lugar escuchas «fritas».

Las dos compañeras se rieron. Kelly fue la primera en hablar:

—Pues es justamente lo que necesito.

—¿Quieres algo para beber?

—No. —Suspiró—. He abandonado la dieta, pero tampoco pienso excederme. El vaso de agua me vale.

—¿Dieta?

Alice frunció el ceño y Becky puso los ojos.

—Sí. —Kelly dejó escapar otro suspiro—. Tengo una afición por comer como un vaquero y mi cuerpo tiene la afición de ponerse como una vaca.

Sacudiendo la cabeza, Becky cogió el menú y dijo:

—Yo mataría por algunas de esas curvas de las que te quejas.

Alice miró a Becky y luego a Kelly. La recepcionista tenía una piel de porcelana, una sonrisa digna de comerciales de pasta dental, grandes ojos marrones, pestañas largas y una figura de guitarra que debía de provocar que a los hombres se les saliera la baba.

—Nadie me lo ha preguntado —dijo Alice—, pero creo que estás perfecta. Enseguida vuelvo.

—¿Ves? —Becky se inclinó hacia delante—. No eres gorda. ¡Es como

decir que Marilyn Monroe lo era!

—No estamos aquí para discutir.

—Kelly dejó a un lado el menú—.

Se supone que debemos averiguar sobre ella.

—De acuerdo.

Dos minutos más tarde volvió a aparecer Alice, lista para tomar sus pedidos.

Kelly comenzó.

—¿Qué tal te va aquí, Alice?

—Bien, gracias. Abbie es genial.  
¿Ya saben qué quieren ordenar?

—Ensalada Cobb por favor.  
¿Siempre has sido una camarera?

Alice intentó no soltar un gruñido.

—¿Acompañado con un poco de pollo asado? Un poco de proteína extra no te dejará la sensación de hambre a media tarde.

—Una gran idea. Gracias.

Kelly miró a Becky con una mirada

cargada de frustración.

—¿Y tú? —Alice se volvió hacia Becky.

—Me gustaría una hamburguesa con tocino, extra de repollo y queso cheddar; acompañada de unos aros de cebolla fritos. Ah, y una Coca-Cola.

Alice se rio entre dientes.

—Me encanta, una chica con un apetito saludable.

—Sin duda que lo tengo. Y, por cierto, mi nombre es Becky. Ella, la de apetito poco saludable, es Kelly.

—Encantada de conocerlas. Dentro de poco les traeré su almuerzo. Cualquier cosa que se les ofrezca me llaman.

Esperaron unos segundos hasta que Alice desapareció en la cocina. Becky dejó escapar un suave suspiro.

—No creo que tengamos mejor

suerte en conseguir respuestas que la que ha tenido el resto del pueblo.

—Eso parece...

Para cuando terminaron de almorzar Kelly tenía una cara de odio al universo que no podía disimular.

—Creo que es terriblemente injusto que comas como un adolescente muerto de hambre y parezcas un fideo.

—Y ahí está el problema. La

hierba siempre es más verde del otro lado. Créeme que no me hace ninguna gracia imaginar que los demás piensan en mi cuerpo como en el de un fideo y no en el de una mujer...

—¿Los demás? O ¿Ethan McCloud?

Becky odiaba que casi todo el mundo en la ciudad supiera que en el primer grado se había enamorado perdidamente de Ethan.

—Ethan está al otro lado del mundo. Probablemente tenga una mujer en cada puerto... una con curvas, claro...

—Es un marine, no un pirata.

Becky puso los ojos en blanco.

—Ese no es el punto. Ethan no tiene nada que ver en esto, ¿por qué estamos hablando de él? ¿Sabes hace cuántos años salí de la escuela?

—Ok, como digas.

Una vez más apareció Alice, libreta y bolígrafo en mano.

—¿Algo más por aquí?

—No, gracias. Para mí la cuenta, por favor. —Kelly se acarició la barriga como si se hubiera comido más de una ensalada.

—En realidad yo sí quiero pedirte algo... —Becky clavó sus ojos en los de Alice—. Nosotras salimos de vez en cuando el viernes por la noche. Nada especial, una salida de

chicas. Tal vez una película o una cena. Y pues... nos encantaría que te nos unieras.

—Esta noche solo vamos a pasar el rato en casa de Donna, hacerle compañía mientras está en reposo. Jugaremos póquer o veremos una buena película de chicas.

—Oh. —Los ojos de Alice se movían de una a otra—. Yo... Me encantaría. Gracias.—

—Estupendo. —Kelly dio un

pequeño aplauso de alegría—. Aquí está la dirección de Donna. No está lejos. Puedes ir caminando.

—O si lo prefieres te puedo llevar —ofreció Becky—. Pero iré más temprano para ayudar a Donna con la comida y eso.

Alice aceptó el pequeño trozo de papel Kelly le entregó, lo leyó, lo dobló y se lo metió en el bolsillo.

—Estoy seguro de que puedo encontrar el camino.

—Bueno —dijo Becky—.

Considera esto como tu bienvenida oficial a Deadwood.

Alice sonrió, pero Becky vio demasiado temor en sus ojos como para creerse que realmente estaba encantada con la invitación.

Tal vez ese chisme de que Alice tenía un marido que la buscaba no estaba tan lejos de la realidad.

\*\*\*

Guau. Una noche de chicas.

Otra sorpresa acerca de ese pequeño pueblo. Había esperado ser ignorada o cualquier otra cosa menos ser recibida como si hubiera nacido allí con una salsa picante en la mano y un tequila en la otra. Todos intentaban hacerla sentir como en casa. Bienvenida.

De pie junto a la mesa vacía, con un plato vacío en cada mano, observaba a Becky y Kelsey reír mientras entraban a la veterinaria.

En las conversaciones del club de

póquer había aprendido un poco acerca de esas dos mujeres. Becky Wilson había trabajado en la clínica veterinaria desde la escuela secundaria y había estado enamorada de Ethan McCloud desde la escuela primaria. Según su abuela, Ethan era un ciego tonto de remate por no darse cuenta de lo que ella sentía por él.

Kelly, amiga de Grace McCloud y Becky, había salido de la ciudad para asistir a la Universidad de

Texas, sin planes de volver a la vida de pueblo pequeño. Pero en su segundo año su padre tuvo un accidente cerebrovascular y ella volvió para cuidar de él. Se había quedado en Deadwood desde entonces. Según Alice entendió, en la veterinaria no habían necesitado una recepcionista, pero Nick había insistido en que sí y que el trabajo era perfecto para Kelly.

Parecía que había algo de verdad en el mito de que en los pueblos

pequeños todos se ayudaban entre sí. Y con los extraños, pensó.

—Han llamado a Shannon de la escuela, su hijo menor está con fiebre —dijo Abbie, tomando los platos de las manos de Alice—. Tendrá que ir recogerlo y dejarlo donde su madre. ¿Te importaría quedarte un poco más hasta que ella llegue?

—No, en absoluto.

Le gustaba tener algo que hacer

además de buscar en internet actualizaciones sobre Roberth y su padre.

—Gracias. —Abbie sonrió—.

Podría hacerlo sola, pero he aprendido que en el momento que menos te esperar puede aparecer un autobús repleto de turistas hambrientos.

Alice no pudo evitar reír ante la idea de Abbie invadida por un autobús.

—Me alegro de poder ayudar. Así que si aparecen nos las ingeniaremos. —Le guiñó un ojo.

Casi una hora más tarde, las botellas de salsas y mostaza, junto con los dispensadores de azúcar habían sido rellenos y Abbie acababa de hacer el café.

—Me tomaré unos minutos para repasar el menú de mañana con Frank. Echa un ojo a la mesa del fondo, por favor.

—No hay problema.

Alice puso el último de los dispensadores de azúcar en su lugar cuando la campana de la entrada anunció un nuevo cliente. Era difícil no reconocer a un McCloud. Especialmente si tal era Nick.

Llevaba el móvil en la mano y le sonreía a la pantalla. Cuando por fin levantó la vista, vio a Alice observándolo...para variar.

—¿Tienes el turno de la tarde?

—Shannon ha tenido que hacer algunas cosas y llegará un poco más tarde, la estoy cubriendo. —Lo siguió hasta uno de los reservados—. ¿Empezarás con algo de beber?

Nick se quitó el sombrero.

—Un café estaría genial. Negro.

—Ya te lo traigo.

—Oye                      —dijo                      Shannon

escurriéndose junto a ella detrás de la barra—. Lo siento, llego tarde. ¿Dónde está Abbie?

—Con Frank.

—Dame cinco minutos para tomar aliento y me haré cargo.

Alice sonrió, asintió y se llevó la taza de café.

Nick levantó su mirada.

—Gracias.

Lo había visto sonreír más de una

vez, pero esa sonrisa que llevaba en ese momento era aún más brillante que todas las que le había conocido.

—¿Tienes una chica en el teléfono?

Apenas lo dijo se arrepintió. Oh, Dios, había sonado como una adolescente celosa.

—No. —Nick rio entre dientes—. Mi hermano Ethan ha publicado unas fotos en Instagram de él y sus amigos. Es difícil saber que está en

el exterior, tan cerca del peligro, pero, cuando veo estas imágenes me doy cuenta que es feliz con lo que hace.

Levantó su móvil hacia ella para que viera la foto. Reconoció al McCloud al instante. Como lo suponía se parecía a los demás, solo que este tenía el cabello rubio. Era un selfie con otros dos chicos, todos con los rostros retorcidos por la risa y los ojos brillantes de alegría.

—Bueno, ya estoy aquí —dijo Shannon—. Gracias de nuevo, ya puedes irte a descansar.

Apenas terminó de decirlo salió a toda prisa a atender a una pareja que la llamaba con la mano.

—¿Quieres acompañarme a un café? —preguntó él.

Una vocecilla le chillaba «¡Peligro, Peligro!» pero sus labios se abrieron y pronunciaron:

—Gracias, será un placer.

Nick seguía sonriendo y mostrándole las fotos de su hermano. Tuvo que admitir que Ethan parecía un chico de universidad en medio de una muy buena fiesta. Pero se dio cuenta que las fotos estaban convenientemente tomadas, no había un segundo plano en ella, probablemente para que sus familiares no vieran los lugares en los que tenían que vivir o las condiciones en las que lo hacían.

\*\*\*

Nick hizo todo lo posible por enmascarar el frenético latido de su corazón con una enorme sonrisa y todas las fotos de Ethan. No había tenido intención de invitar a Alice a acompañarlo, pero las palabras se le habían escapado. Sin advertencia. Sin previsión.

La única cosa más sorprendente que su invitación había sido la forma automática en que ella la aceptó. No es que alguna vez hubiera tenido problemas para conseguir una chica,

pero nunca uno lo había puesto nerviosos de la forma en que lo hacía Alice.

—¿Entonces te gusta el trabajo?

—Más de lo que me esperaba. Primero me mataban los pies, ahora ya están acostumbrados.

—¿Pudiste conseguir un móvil?

Alice asintió con la cabeza.

—Sí. Las hermanas lo tiene todo.

—Es cierto, si necesitas algo solo

ve allí.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, se nota que tú y tus hermanos están muy unidos, incluso estando lejos.

—Es mi idea de familia. Y tú... ¿tienes hermanos?

Alice sacudió la cabeza.

—Soy hija única.

De alguna manera a Nick no le sorprendió.

—No me puedo imaginar cómo es

crecer en una casa sin al menos un hermano que te vuelva loco.

—No sé. A mí ustedes me parecen muy cuerdos —desvió el tema hacia él.

—Tal vez ahora. —Rio—. Sin embargo, en más de una ocasión, cuando éramos niños, era una suerte que llegáramos al próximo cumpleaños.

—Creo que me hubiera gustado tener al menos un hermano.

—Si quieres te regalo los míos.

Alice rio hasta que toser.

—Lo siento, pero eso no era lo que tenía en mente.

El sonido de la risa de Alice para él era como un bálsamo relajante después de un largo día de trabajo.

Uno podría enamorarse fácilmente de esta mujer, se dijo Nick, si se quedara, claro.

—¿Qué \_\_\_\_\_ desean ordenar? —preguntó Shannon.

—Oh, yo debo irme —contestó Alice—. Me han invitado a pasar la noche en la casa de Donna.

—¿Con las chicas? —se interesó Shannon—. Hazle saber que la

extrañamos aquí en la cafetería.

—Lo haré.

Se puso de pie, sonriendo.

—Dijiste que me acompañarías a un café —recordó Nick.

—Oh, sí... Bueno, se nos fue el tiempo viendo las fotos...

—No se tarda nada tomando un café —intervino Shannon— y tú has trabajado como una mula hoy, te lo mereces.

Shannon le guiñó un ojo y antes de que pudiera agregar otra palabra Abbie la llamó desde la cocina.

—¿Quién pasará por ti?  
—preguntó Nick.

—Iré caminando, Kelsey me dio la dirección.

—¿Después de haber estado todo el día de pie? ¿Por qué no dejas que te lleve? —Ella se quedó mirándolo en silencio—. Te prometo que no muerdo...

—No es eso. No quiero que te molestes por mí.

—No me importa. Además, le prometí a papá ir al rancho esta noche. La casa de Donna está de camino.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. ¿Entonces te quedas a tomar un café conmigo?

—De acuerdo.

Fue ella misma por los cafés y allí

se topó con la mirada pícara de Shannon.

—Cariño —le dijo casi en un susurro— si consigues echarle el lazo a un McCloud, tendrás que enseñarme cómo. A la mitad de las mujeres de Deadwood, solteras o casadas, les encantaría atrapar a uno de ellos.

—No le estoy echando el lazo.

Sacudiendo la cabeza, Shannon se llevó las manos a las caderas.

—Solo diré una cosa: no había visto a Nick McCloud tan interesado por una chica desde que estaba en la secundaria.

Sintió cosquillas en el cuello... pero eso no tenía sentido. Un hombre como ese...

—Solo estamos tomando café.

Shannon giró sobre sus talones y Alice por fin soltó el aire que había contenido. Solo eran una invitación casual a tomarse un café. Enderezó

la espalda y volvió al reservado.

—Gracias. He tomado como un galón de café, pero necesito una al final del día, si no me pongo enfermo.

—¿Un galón solo hoy?

—Cada día. Es parte de mi rutina, he estado en la carretera desde las seis de la mañana. Hay una gran cantidad de kilómetros por cubrir de rancho en rancho.

Alice tomó un largo sorbo de la

bebida caliente, pero se arrepintió al instante al escuchar el rugido de su estómago.

Nick frunció el ceño.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Cogí un panecillo esta mañana.

—No soy de dar consejos no solicitados, pero te diré una cosa: un panecillo no se califica como un sustituto del almuerzo.

—Voy a comer algo cuando vuelva a casa.

Esa palabra la sorprendió. No dijo habitación. Ni piso. Dijo casa. ¿En que había empezado a llamar a aquel laberinto de cajas como «casa»?

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

Nick se tomó su tiempo. Parecía estar pensando sus siguientes palabras.

—¿Quieres decirme cómo acabaste en aquella carretera?

Ella sabía que tendría que contestar a esa pregunta antes o después.

—Mi boda fue cancelada...

—¿Cancelada?

—Digamos que me enteré de que mi prometido no era exactamente lo que yo creía.

Nick no respondió. Ni una palabra,

ni un gesto, ni siquiera un parpadeo.

—Necesitaba despejar mi cabeza, por lo que empecé coche sin siquiera saber a dónde iba. Ni siquiera recuerdo cuándo la I-30 se convirtió en la I-20. Lo siguiente que supe es que estaba en algún lugar de Texas en medio de la noche. Tomé la primera desviación que encontré, con la esperanza de encontrar un lugar en donde pasar la noche, pero al parecer aquí las carreteras numeradas no son

necesariamente las vías principales.

Esta vez Nick sonrió y negó con la cabeza.

—Así que seguí conduciendo, pensando que en algún momento llegaría a alguna ciudad o pueblo. Pero el neumático tuvo un plan diferente. —Frunció el ceño recordando esa noche—. ¿Encontraron al perro?

—No. He estado allí dos veces. Una vez en plena luz del día y otra

por la noche. En ninguna encontré signos de un animal herido.

No tenía ningún sentido que, en el medio de la nada, un perro simplemente hubiera aparecido y desaparecido.

—No entiendo. Yo sé lo que vi.

—Un montón de cosas no tienen sentido en esta vida. ¿Sabes cuánto tiempo estarás aquí?

—Al menos hasta que pueda pagar por las reparaciones de mi

coche.

—Habías dicho que ese no era tu coche...

—Cuestión de semántica.

—¿Semántica?

—Nunca quise ese coche. El que uso generalmente es un SUV. Pero Roberth lo compró para mí, como regalo de bodas. Nunca antes lo había conducido.

—Ah. Algo así como la esposa a

la que se le regala una aspiradora para su cumpleaños.

—Más bien como si le regalaran un taladro.

Nick se rio, un sonido profundo y masculino que daba ganas de reír también.

Alice estaba a punto de ceder a ese deseo cuando en su móvil sonó una alarma. Se había encargado de recibir alarmas cada vez que se publicara algo sobre su ex o su

padre en las noticias.

Soltó la tasa de café y sacó el móvil de su bolsillo.

«Roberth Cox paga fianza de un millón de dólares.»

\*\*\*

—Oh, Dios mío —gimió Donna.

—¿Qué? —contestó Becky.

—Mira esto.

Le señaló la pantalla del

ordenador portátil.

—No veo desde aquí.

Estaba e en la cocina, pensando que próxima vez traería los aperitivos de donde Abbie, ir a cocinar para las chicas después de un día de trabajo no había sido una idea especialmente brillante.

Estaba intentando cocinar unos huevos rellenos, pero hacerlo con una mujer embarazada que la llamaba a cada minuto para

cualquier cosa hacía que tardara aún más de lo que debía.

—Bueno, ven aquí, entonces.

¿No podía esperar?

—Los huevos no se prepararán solos.

Donna resopló.

—Beckyyyyy...

—Ok, ok. —Cogió el bol y un tenedor, total que se podía triturar yemas de huevo cocidas desde

cualquier habitación de la casa—. A ver, ¿qué es tan importante?

—Mira, mira... apareció en mi página de inicio.

Becky se colocó en un extremo del sofá. ¿La dieta de las fresas? Ay, por Dios.

—¿Has visto lo que dice?

—¿Comer solo fresas y agua? Créeme si te digo que eso no puede ser bueno en absoluto. ¡Estás peor que Kelsey!

—Eso no. —Señaló con su dedo una esquina de la pantalla—. Esto. El artículo sobre Roberth J. Cox.

—¿Por qué debería preocuparme por ese delincuente con libertad bajo fianza?

—Este ladrón fue detenido el día de su boda.

—¿Y?

Becky aplastó las yemas mientras examinaba el artículo.

—Mira el nombre de la novia.

Becky leyó un poco más rápido y luego lo encontró.

—¿Crees que nuestra Alice es Alice Mary Jackman?

—¡Claro! Es decir, ¿cuántas mujeres en Texas llamadas Alice se iban a casar y luego desaparecieron con todo y vestido de novia, sin ser encontradas desde entonces?

—¿Dice eso? —Becky se acercó más.

—Salta hasta el final.

Sus manos quedaron inmóviles.

—Esto también dice que su prometida es acusada por estafar a inversionistas por millones de dólares.

La revista que estaban leyendo era más conocida por ser escandalosa que por ser seria, pero aun así... A Becky no le gustaba la idea de una estafadora engañando a todo el pueblo. Todos habían

acogido con gusto y muy rápidamente a Alice... ¿Acaso no era eso lo que los estafadores hacían, encantar a los demás?

—¿Por qué alguien que ayudó a robar millones de dólares se esconde en Deadwood? Yo estaría camino a alguna isla del Caribe.

—Cierto. Pero creo que debemos ser más precavidas...

\*\*\*

Nick se bebió otra taza de café,

prometiéndose que esa sí sería la última. Alice había subido darse una ducha y él la estaba esperando.

—Será mejor que comas algo antes de que se te derrita el estómago —le dijo Abbie, deslizando un trozo de tarta de manzana frente a él y sentándose al frente.

—Gracias.

Deadwood no tenía un pub local. Esa parte del condado era

seca como un hueso, pero Abbie a veces hacía muy bien el papel de barman terapéutico.

—Es bueno que Becky y las chicas hayan invitado Alice esta noche.

Nick asintió con la cabeza.

—La harán sentirse como en casa.

Esta vez Nick no respondió. Desde que sus dedos se habían chamuscado al sentir la piel

suave de Alice, por su mente habían pasado demasiadas imágenes que tenían como común denominador el que ella se quedara para siempre en Deadwood... con él. Su imaginación ya había hecho un muy buen trabajo haciéndola sentir como en casa.

El problema era que, contrario a lo que cualquiera hubiese encontrado de lo más normal, sus imágenes mentales no tenían nada que ver con ella en mitad de su cama, al menos no la mayoría. Sino

unas mucho más inquietantes: la sonrisa de ella al decorar el árbol de navidad del rancho, Alice montando a Nácar, o esa tan desconcertante en la que ambos le leían cuentos para dormir a un par de niños que sospechosamente se parecían a ellos. Todo eso era desconocido para él.

Jamás había pensado en algo similar. Mucho menos con una mujer a la que ni siquiera había pesado. Pero es que desde que la había

visto como un ángel en aquella carretera todo respecto a ella había sido diferente. Incomprensible.

Debía mantener su distancia. Por mucho que su cerebro se empeñara en imaginar esas tonterías, él sabía muy bien que ella se iría en cualquier momento. Ese no era su hogar. Su vida estaba en la gran ciudad.

—¿Qué piensas? —No supo qué contestar, así que ella volvió a hablar—: No quiero perderla, Nick.

No solo hace bien el trabajo, los clientes la adoran. Incluso ha descrito a Frank como «agradable».

Bien, eso era interesante. Frank Carter, un antiguo militar que se comportaba como si las camareras fueran reclutas en el campo de entrenamiento. Había sido llamado hosco y gruñón, pero agradable nunca.

—Sinceramente no sé qué decir,  
Abbie

.

—Bueno, pues si alguien puede encontrar una manera de mantenerla aquí, ese eres tú.

—¿Yo?

El sonido de pasos en la escalera anunció la llegada de Alice.

Abbie sonrió y se puso de pie.

—Piénsalo.

Él todavía tenía los ojos clavados en la espalda de Abbie, intentando

comprender lo que ella había dicho, cuando Alice llegó.

—Estoy lista, cuando gustes.

—Entonces vámonos.

Nick se puso de pie, cogió su sombrero y con un gesto la instó a que caminara delante de él.

¿Cómo iba él a ser capaz de convencerla de que se quedara en el pueblo? ¡Santo Dios, no era su madre!

Le había tomado una enorme cantidad de fuerza de voluntad no quedarse en casa leyendo las noticias sobre Roberth. Apenas y le había echado el vistazo a un par, en busca de alguna mención a su padre.

Y en efecto el nombre de William

Jackman había aparecido como titular en Inversión de Valores BriteWay LLC, haciendo mención a que su participación en actividades delictivas todavía estaba bajo investigación.

El FBI estaba encargado del caso. De acuerdo con el artículo, varias víctimas ya habían presentado demandas civiles contra Roberth y la compañía de su padre. Todo lo cual significaba que las cosas iban a tomar más tiempo

de lo que ella había esperado.

Sin embargo, ella estaba allí de pie, esperando a que uno de los hombres más atractivos que jamás había conocido la llevara a su noche de chicas. Sin saber si estaba más nerviosa por estar en la camioneta con Mr. Sexy o por ir a una casa llena de mujeres ansiosas por hacer un montón de preguntas que no quería responder.

—¿A qué distancia está la casa de Donna?

—Cerca, llegaremos en cinco minutos.

De pronto fue como si la noche perdiera sentido para Alice, ¿cinco minutos? ¿Tan poco? Sacudió la cabeza al ser consciente de lo que eso significaba. Cinco minutos estaba bien, mejor que bien. Perfecto.

—Gracias de nuevo.

—No es nada, en serio.

Quizá aquí no lo fuera, pero de

donde ella venía eso era mucho.  
Nick le abrió la puerta y ella subió.

—Abbie tuvo mucha suerte de que aparecieras justo cuando lo hiciste. Nadie esperaba que Donna tuviera que dejar de trabajar tan pronto.

—Eso es lo que dice Abbie. Me alegro de haber podido ayudar.

Ese trabajo era su salvavidas. Cuando se había subido al Ferrari, su único pensamiento había sido alejarse lo más posible

de Dallas y de Roberth. Lo último que necesitaba era hablar con la policía y hacerles saber lo que sospechaba.

Necesitaba centrarse y pensar sin involucrar sus sentimientos. Esa cena no dejaba de atormentarla.

—¿Cómo van esas cuentas... especiales? —había dicho William Jackman mientras entregaba una copa de coñac a Roberth.

—Excelente. Tengo todo

preparado según tus instrucciones. Los nuevos inversores están encantados con la tasa de rendimiento.

Roberth había tomado un sorbo lento.

—Bueno. Bueno. Parece que la unión de los Jackman y los Cox va a ser muy rentable...

En ese momento Alice se había sentido satisfecha de que su padre recibiera a su prometido con los

brazos abiertos, pero ahora que lo pensaba la palabra *rentable* no sonaba muy cariñosa que digamos. ¿Podía confiar en su padre? No tenía ni idea...

Dudaba que él fuera capaz de robar a las personas que habían confiado en él. Sin embargo, todo este incidente le había demostrado que el amor tenía una manera terrible de cegar a las personas. No podía correr el riesgo de ir a casa y ser interrogada. Los hombres serían

enviados a prisión con solo la menor evidencia de una conversación escuchada por ella. Así que tenía que mantenerse alejada. No quería hundir a un inocente, ni tampoco salvar a un culpable... Todo era tan confuso.

—¿Has considerado la posibilidad de vivir en otro lugar?

Las palabras de Nick la trajeron de vuelta a la realidad.

—Realmente no. No creo que

pueda permitirme una casa.

—¿Entonces vivirás entre cajas? Creo que podrías hablar con Abbie y alquilar el apartamento, necesita una buena limpieza y muebles...

El lugar tenía potencial. Pero, ella debía volver a Dallas y eso sería más pronto que tarde.

—Tengo que pensarlo —mintió.

Nick desaceleró y se detuvo en un camino de entrada.

—Aquí estamos.

Como siempre, él se bajó y fue a abrirle la puerta. Justo cuando ella se disponía a bajar Nick la tomó de la mano.

—Deja que te ayude

Con un poco más de entusiasmo del que debería, aceptó la mano y salió de la camioneta, mientras la otra mano de él había encontrado lugar en su cintura.

—Gracias.

—De nada.

Sus ojos se clavaron en los de ella. Durante unos segundos su mirada se intensificó, pasando de los ojos a la boca y viceversa. Ella contuvo la respiración pensando que iba a besarla, pero al final él se apartó.

—Hay un nuevo restaurante en Butler Springs, dicen que las carnes son deliciosas. Tengo la intención de ir a probarlo.

Alice asintió con la cabeza.

—Sería genial si me acompañaras...

Alice se maldijo, porque su corazón hizo un baile de victoria que ni al caso.

—Me gustaría —murmuró.

—¿Mañana por la noche?

Ella asintió esta vez, con la boca seca de repente como si estuviera llena de algodón.

—Te recogeré a las seis.

Volvió a asentir, definitivamente parecía una cría con las palabras atascadas en su garganta.

—Muy bien. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana.

Un minuto después de que la camioneta desapareciera en la carretera se preguntó por qué aún seguía clavada exactamente en el mismo lugar donde Nick la había dejado.

—Me alegra que hayas venido —le dijo—. Soy Donna. He oído hablar mucho de ti. Moría por ver quién era la chica que había tomado mi lugar.

—Alice, ¿qué le gustaría beber? —dijo Becky desde la cocina—. Tenemos Cola, Pepsi, cervezas...

Alguien que no conocía habló desde la esquina opuesta de la habitación:

—También hay vino, Nora trajo un Cabernet.

—Y —añadió Kelly— margaritas. Traje el tequila. Margaritas vírgenes y vino sin alcohol para Donna.

Alice se sentó en el sillón más cercano a la TV.

—Un poco de vino estaría bien —contestó Alice.

—En seguida te lo llevo —contestó Becky—. Sírvete lo que quieras de la mesa. Hice unos

huevos rellenos y, no es por nada, pero me quedaron deliciosos.

—Lo que significa un milagro —se burló Kelly.

—¡Sé cocinar!

Durante las siguientes dos horas la conversación fue y vino de una a otra, realmente era como una noche de chicas. Hubo un animado debate para elegir qué película ver, si a David Duchovny en *Hechizo del corazón* o a Leonardo DiCaprio

en *El gran Gatsby*, pero como el voto de Donna contaba doble, ya que era su casa, la comedia romántica de David ganó.

Para el momento en que Duchovny llegó en bicicleta con una monja en el manillar el grupo de las seis chicas se reía a carcajadas.

—¿Por qué estas cosas no suceden en la vida real?  
—preguntó Kelly, hundiéndose más en el sofá.

—Probablemente —contestó  
Becky— porque no vivimos en  
Chicago.

—¿Qué tiene que ver eso?  
—preguntó Donna.

—Que, a excepción de los  
McCloud, no tenemos muchos  
irlandeses o italianos en el oeste de  
Texas.

—¿Solo los irlandeses e italianos  
pueden ser románticos? —insistió  
Donna.

—En realidad —intervino Kelly—  
mi David querido podría haber sido  
perfectamente un tejano.

—Los tejanos pueden ser  
divertidos —dijo Nora arrastrando  
las palabras.

—Pueden bailar —agregó una  
chica rubia—. Tanto en vertical como  
en horizontal.

—Oh —corearon todas.

—Ni lo menciones —advirtió  
Kelly—. Las cosas han estado

secas por aquí, podría convertirme en polvo antes de que un hombre de verdad me rescate.

La rubia lanzó una sonrisa descarada.

—Nosotras lo que necesitamos es un McCloud.

Todas suspiraron.

Alice podía sentir cómo asentían. Sus dedos se apretaron en el vaso casi vacío de vino mientras por su mente pasaba una

imagen de un baile horizontal con cierto McCloud...

—Nah —continuó la mujer—. Esos tíos no son tontos. Jamás se meten con chicas locales porque saben que después de un beso todo el pueblo les inventará un matrimonio y una familia con ocho niños.

¿Matrimonio, niños? Alice suponía que la rubia hablaba metafóricamente. Un beso no significaba nada de eso, ni siquiera una aventura de una

noche. ¿Entonces qué opinaría Deadwood de una cita? ¿Cita? ¡Santo cielo! Ella tenía una cita con uno de los hombres por el que la mitad de mujeres del pueblo suspiraba.

—¿Qué hay de ti, Alice? —preguntó Donna.

—¿Yo? —Hizo todo lo posible para sonreír—. No hay mucha acción aquí tampoco.

—¿Pero te ibas a casar? —Nora

se llevó las manos a la boca—. Vaya. Se supone que no debíamos mencionarlo.

—¿Debíamos? —preguntó Alice.

Todos los ojos en la sala desarrollaron un repentino interés por el piso brillante de madera.

Becky fue la primera en observar Alice a la cara.

—No es ningún secreto que cuando llegaste llevabas un vestido de novia y lo dejaste en un basurero.

Además, ¿sabes?, leemos las noticias.

Los hombros de Alice se hundieron de inmediato.

Becky se encogió de hombros.

—Acordamos no hablar sobre el artículo.

—Ya veo. —Alice observó su copa, no había suficiente vino para que su historia pareciera más bonita—. Pensé que conocía a mi caballero de brillante armadura.

Pero media hora antes de casarnos descubrí que no era el hombre que creía. Ahora resulta que su armadura esta bastante oxidada y el caballero no es más que un canalla. —Bebió el último trago—. Sí. Un gilipollas total.

—Ay. —Becky hizo una mueca.

La rubia señaló a Alice.

—Ya sabes lo que dicen acerca de caerse de un caballo...

Todo el mundo en la sala asintió,

pero fue Kelly la que habló mientras sonreía como un gato Cheshire:

—Tienes que volver a montar...

Alice no entendía ni una palabra. ¿Qué tenía que ver montar un caballo con su vida?

—Exactamente —afirmó la rubia.

De nuevo todas las cabezas asintieron.

—Esto significa que si te fue mal montando un caballo es porque lo

que necesitas en verdad es montar un vaquero. —Kelly levantó su copa—. Bienvenida a Deadwood, Alice Jackman. Creo que nos vas a caber bien.

Alice levantó su copa y brindó con sus nuevas amigas.

Ojalá todo fuera así de fácil.

Nick marcó a su hermano C.J. Era sábado y generalmente solo trabajaba hasta el mediodía, pero había tenido que ocuparse de una cirugía de emergencia y ya era tarde, el sol de Texas comenzaba a bajar al horizonte. Estaba deseando poder darse una larga ducha

caliente y aliviar el dolor de sus músculos. Esa semana había sido agotadora.

—McCloud.

Sonó a través del teléfono, con menos energía de la habitual.

—Suenas como si te sintieras tan molido como yo.

—He tenido días mejores, si es eso lo que quieres decir.

—¿No sabes nada sobre el

perro?

Él le había encargado que preguntara si alguien en el pueblo echaba de menos a un perro.

—Nadie. Debe ser un perro callejero o de trabajo. O uno que ya volvió a casa puesto que no hay señas de buitres en la zona.

—Gracias. —Eso era más o menos lo que había esperado oír Nick, lo del dichoso perro era un completo misterio—. ¿Nos vemos

mañana?

—Sí. Escucha, tengo algo que decirte. —C.J. hizo una pausa—. Es sobre Alice.

—¿Que hay con ella?

—¿Qué tan bien la conoces?

—Casi tan bien como tú. ¿Por qué?

—Nada, pero ten cuidado.

—¿Cuidado? ¿De qué? Lo que dices no tiene sentido.

Nick estaba demasiado cansado para jugar al gato y el ratón.

—Solo no hagas algo que yo no haría. Debo colgar, tengo otra llamada.

¿Qué demonios había sido todo eso?

—Salúdame a C.J. —dijo Becky desde la puerta.

—Ya colgó.

—¿Se supo algo del perro?

Le repitió lo que le había dicho C.J., pero su mente siguió intentando descifrar los crípticos comentarios de su hermano sobre Alice.

Becky se encogió de hombros.

—Esperemos que haya vuelto a su casa. Tal vez tú y Alice estaban alucinando.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene tanto como cualquier otra idea, al parecer. —Sonriente,

Becky se apartó de la puerta—. No he comido nada hoy. ¿Tú?

—Un yogur después de la cirugía de la gata de los Flores.

—Eso no es una comida. ¿Quieres pasarte al café a comer como Dios manda?

—No esta noche. Tengo otros planes.

Planes que estaba muy ilusionado por llevar a cabo y que no tenía intención de dejar que su hermano le

echara a perder.

Las cejas de Becky se arquearon.

—Sí, señorita Wilson. —Se puso de pie—. Voy a ducharme hasta que mi cuerpo vuelva a sentirse como de veinte años.

Sonriendo como el adolescente vertiginoso que ella recordaba con tanto cariño desapareció dándole un beso en la mejilla. Ella puso los ojos y negó con la cabeza.

—Ah, ¿sí? Pues te cuento que

hay muchas mejores maneras de aliviar la tensión de un cuerpo. Creí que eras más creativo. —Antes de que él replicara algo desde el pasillo, añadió—: Y, por si sirve de algo, Alice me cae bien.

Nick subió con una sonrisa que dolía. Becky tenía razón, había maneras más creativas e interesantes para aliviar el estrés... Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había tenido sexo. Era una lástima

que no pudiera pensar en Alice de esa forma.

Los hermanos McCloud tenían una regla inquebrantable: no acostarse con amigas. Y puesto que la mayoría de las personas que vivían en Deadwood habían nacido y se habían criado allí, prácticamente todas las mujeres dentro de cincuenta kilómetros eran amigas de una forma u otra. La vida amorosa de los McCloud no había sido muy intensa que digamos en el pueblo.

Los chismes iban y venían. En un lugar tan pequeño tener una relación desastrosa podía convertirse en una pesadilla que te recordaran hasta el día de tu muerte. Tal como le había pasado a Becky con su hermano. Todo Deadwood sabía de eso, menos Ethan... ¡Qué irónico... e incómodo!

Así que, se lo repitió al menos mil veces, con Alice no iba a pasar nada... Una cena, un rato agradable y ya. Nada íntimo.

\*\*\*

Alice se miró frente al espejo. Había odiado tener que pedir crédito en Las hermanas, pero simplemente necesitaba un vestido bonito.

Ni de coña hubiera ido a cenar a la ciudad más cercana con su ropa de trabajo, se dijo, no tenía nada que ver con verse guapa para Nick, solo era vanidad femenina.

Había elegido un vestido color

azul. Sencillo, pero bonito y femenino. También había tenido que comprarse un collar, un bolso y unos zapatos. Mirando su reflejo volvía a sentir esa chispa en el estómago antes de una cita, que solo una chica puede entender. Después de mucho volvía a sentirse guapa y femenina.

A pesar de que Las hermanas era una tienda de un pueblo en medio de la nada, tenía que admitir que tenía cosas hermosas. Elegir solo un

artículo le había costado lo suyo. Había tenido esa oleada de adrenalina al ir de compras y querer sacarle humo a la tarjeta.

Un golpe en la puerta la sacó de su ensoñación. Enderezó los hombros y alisó la falda del vestido para calmar sus nervios.

—Hola —saludó al abrir la puerta.

La apreciación brilló en los ojos de Nick.

—Hola.

Hubiera sido demasiado fácil quedarse allí toda la noche contemplándola. Sin embargo, hizo lo que se suponía debía hacer en lugar de quedarse como tonto soltando la baba. Levantó la mano y le tendió un ramo de flores.

—Oh, están preciosas. Gracias.

—Las robé del jardín de la señora Peabody. Fue el único jardín donde encontré flores azules.

Alice miró las hortensias que tenía

en sus manos y sintió que se le derretía el corazón. Él había recordado que el azul era su color preferido. Hasta el hecho de que fueran robadas le pareció romántico.

—Gracias de nuevo. Solo me tomará un minuto ponerlas en agua e ir por mi bolso.

Abrió y cerró varias puertas en el armario hasta que finalmente encontró un jarrón adecuado. Hacía tanto tiempo que no recibía flores. La última vez Roberth le había dado

unas rosas de tallo largo entregadas por una florista, junto a una tarjeta fina y elegante. Le habían encantado. Sin embargo, se dio cuenta que sus hortensias no podían compararse con ellas. El esfuerzo que le había tomado a Nick y el hecho de que recordara sus gustos, compensaban cualquier cosa que el dinero pudiera pagar.

De pronto recordó aquella primera vez en que se habían visto, él había insistido en que se quedara en la

camioneta para que no se rompiera un tobillo. Y a pesar de su cansancio conduciendo y trabajando toda la noche, había ido a buscar a un perro herido. Según todas las apariencias, Nick era el tipo de hombre que una mujer merecía. Por otra parte, Alice había aprendido que las apariencias engañaban.

\*\*\*

Era absolutamente ridículo. Nick se sentía como un adolescente en su primera cita. Con flores robadas

incluidas...

—¿Algo anda mal?

—No. Disculpa... solo pensaba.

—Sé a lo que te refieres, suelo hacerlo mucho últimamente. —Se relajó en el asiento—. A mi mente le encanta dar vueltas y vueltas.

—La vida es impredecible.

Después de todo, ¿cuántos se tropezaban con una mujer hermosísima en una carretera y dos

semanas después ella les aceptaba una cita?

Alice levantó la cabeza y giró en su asiento.

—¿Alguna vez has estado casado?

Sacudió la cabeza.

—¿Comprometido?

Aunque él y su novia de la secundaria habían hablado de matrimonio de vez en cuando, nunca

había existido un anillo y al final todo terminó cuando entraron a la universidad.

Volvió a sacudir la cabeza.

—¿Enamorado?

—Nadie sale de la secundaria sin haberse enamorado aunque sea una vez.

—No me refiero a la lujuria. Me refiero al amor.

Sabía lo que quería decir.

—Pues no. No de la forma en que te refieres.

Anne lo interrogó con la mirada.

—Estuve con una chica en la universidad —explicó—. Pero el último año tuvimos que hacer una elección, o yo me iba a vivir a San Antonio o ella se venía aquí.

Ninguno de los dos consideró quererse tanto como para ceder ante el otro. Quise a Connie. Y ella también me quiso. Tal vez si hubiéramos continuado juntos habría

crecido lo que sentíamos hasta convertirse en amor... El caso es que no sucedió de esa forma.

—¿Por qué no se dieron la oportunidad?

—En mi caso, quería establecerme aquí. Durante años había soñado con mi veterinaria y también está el aspecto familiar... San Antonio está lejos y ya sabes lo que pienso de la familia. Definitivamente lo mejor en mi vida siempre ha estado aquí, la clínica

era de mi abuela y desde que fui un crío soñé con que algún día yo sería quien trabajaría allí. Supongo que Connie tenía motivaciones similares.

—Tal vez si yo hubiera sido tan inteligente como tú, no estaría en este lío.

—¿En qué lío estás, Alice?

Cerró los ojos por un momento y se enderezó.

—No es ningún secreto. Ya no. Puedes encontrarlo en las noticias.

Mi novio es un ladrón. Un estafador. Utilizó la empresa de mi padre para robar a los inversores. les prometió ganancias exorbitantes; pero lo que en realidad hacía era robar a un inversor para pagar a otro. Al principio quedaron encantados y se fueron sumando nuevos inversores, con lo que su negocio iba a las mil maravillas. Entonces alguien se enteró de que había juego sucio y todo se destapó.

—Un esquema Ponzi.

—Sí, así lo llamó el FBI.

—¿El FBI?

Sus ojos se cerraron.

—Tan solo faltaba media hora para la boda. Yo ya estaba lista en mi habitación, probablemente habría sido la primera novia de la historia en llegar llegar temprano. Entonces escuché que había desorden en el pasillo del hotel. Salí y vi a Roberth con otro hombre, me dijo que era un amigo. Jamás le había conocido

uno, no tenía. Siempre bromeaba con que mis amigos eran los suyos y yo nunca pensé en ello, en lo extraño... Debí de darme cuenta...

—Hay muchas personas tímidas e introvertidas o simplemente asociales. Nadie habría tomado eso como el síntoma inapelable de un estafador.

—Quizá. —Rio entre dientes—. Pero aun así...

—¿Qué pasó después?

—Que el hombre no fue tan mentiroso como él. Sacó su placa ante mi nariz y me dijo la verdad, que era un agente del FBI. Se disculpó por mi boda, asegurando que sería imposible que el novio se presentara ya que era acusado de estafa. Habló sobre órdenes de retraso, congelación de activos y no sé qué más... Al menos lo detuvieron antes de que nos casáramos, habría sido peor en el aeropuerto de camino a nuestra magnífica luna de miel en París...

Siendo la señora Cox.

—Supongo que te refieres a Francia y no a Texas.

Soltó una carcajada, casi musical.

—Definitivamente no era Texas.

Esa historia no tenía nada que ver con las que Nick había imaginado en todas esas ocasiones en las que había inventado teorías sobre Alice. Ni en sus momentos más creativos habría imaginado estafas y agentes del FBI. Sin embargo, y aunque la

situación no era exactamente sencilla, sintió un respiro al confirmar que ella no había llegado a casarse.

—Creo que nunca he estado tan cabreada.

Su ira tenía sentido. La primera etapa del duelo.

—Si estuviera aquí ahora, le trituraría las pelotas.

Nick no quería sentir compasión por el gilipollas, pero le fue imposible encogerse ante la

amenaza...No era algo bonito de escuchar, al menos no si el escucha tenía un par al que apreciaba bastante.

—Un poco violento, ¿no te parece?

—No. Escucha la mejor parte: el dinero que robó a los clientes de mi padre no fue suficiente para él. Prácticamente vació todas mis cuentas y exprimió mis tarjetas de crédito hasta que no dieron más.

—Joder, ese hijo de puta es un cabrón. ¿Pero qué pasó con tu trabajo? Supongo que tienes uno en Dallas.

—Lo tenía... Había planeado montar un negocio propio después de la boda.

—¿Un negocio?—

—Un hotel boutique, Dallas es perfecta para ese tipo de proyectos. Roberth se encargaría de las finanzas y yo manejaría los detalles

del hotel.

—Vaya... Alice, yo...—A ella se le escapó una lágrima al recordar su sueño roto—. Lo siento.

Era algo muy tonto decir que lo sentía, pero no había encontrado algo más inteligente. De pronto pensó que el hijo de puta se merecía algo más que triturarle las pelotas.

—Estoy superándolo.

—Soy un idiota, no debí insistir en

que hablarás de esto.

Nick no tenía ni idea de quién coño era el tal Roberth, pero deseaba destruirlo con sus propias manos. Una ola de furia había recorrido su cuerpo al ver los ojos aguados de Alice.

—Estaba enamorada de un espejismo, al menos creía que era amor. Era el tipo de chica que quería su príncipe azul, una boda y una familia. Todo eso se fue a la basura y, sin embargo, tengo la

sensación de que debería estar completamente rota. Deprimida... No sé algo... Tan solo estoy furiosa. Y decepcionada. Pero no creo que mi corazón se hay roto en pedazos...Es bastante alarmante darte cuenta que te ibas a casar sin estar realmente enamorada.

El restaurante apareció ante ellos. Nick desaceleró y entró al estacionamiento. Se había revelado tanto durante el viaje que resultaba desconcertante. Se bajó, abrió la

puerta del pasajero, la ayudó a bajar y cuando la tuvo frente a sí le colocó las manos sobre sus mejillas, extendió los pulgares bajo sus ojos y limpió el rastro de sus lágrimas. una oleada de viento envolvió sus cuerpos y llevó hasta él el aroma de su champú, olía a vainilla.

—Gracias. —Ella sonrió—. Por milésima vez.

—De nada. Por milésima vez.

No lo podía creer. Alice sacudió su cabeza, sin poder contener la risa.

—¿En serio ataste a tu hermana a los postes de la meta?

—Me declaro culpable. Sin embargo, en mi defensa diré que no

fue realmente peligroso. Cuando Grace se quejó a la tía Sarah, ella se negó a creer que fuera capaz de algo tan desagradable.

—¿Te saliste con la tuya? —Su voz subió unas cuantas octavas.

—¿Qué te puedo decir? Siempre he sido de lo más encantador...

Oh, sí, se dijo Alice... No le cabía duda.

No podía dejar de sonreír. Nick se había empeñado en traer al

presente todas las anécdotas de su infancia y adolescencia. Y entre más historias oía, más le agradaba la tía Sarah.

Además, habían disfrutado de un delicioso pato en salsa de naranja.

—Es una hermosa noche —dijo él, colocando su mano sobre la de ella—. Hay un parque con un pequeño estanque en el otro extremo de la calle. ¿Quieres dar un paseo?

—Sí. Me siento como un pavo en Acción de Gracias ahora mismo.

Ella se apoyó de su brazo mientras caminaban. Eso era lo bueno del vino en las citas, te daba ánimos.

—Aquí estamos.

Nick se detuvo en el borde del parque.

—Es un lugar muy bonito.

El césped era verde y exuberante,

rodeado de caminos de adoquines y flores. En el medio se levantaba un templete de estilo victoriano.

—Se realizan ferias y festivales aquí.

Nuevamente colocó su mano en su cintura y la condujo hasta el templete.

Al otro lado de la estructura solitaria, un pequeño estanque brillaba bajo las luces de las farolas.

—Ojalá tuviera una cámara, las

fotos de la cámara de mi móvil son horribles —dijo ella—. Todo es tan... hermoso.

Nick sacó su móvil.

—Aquí tienes. Es mejor que la mayoría de las cámaras.

¿Qué había en su sonrisa que hacía que se le secara la boca?

—Gracias.

Le dio la espalda y enfocó el estanque. Justo cuando iba a tomar

la foto, él apoyó las manos en sus hombros.

¿Por qué siempre estaba tocándola? No es que fuera grosero o que le desagradara, pero cada vez que lo hacía sus pulmones se quedaban como sin aire y sus manos deseaban responder al contacto y hacer lo mismo con él. Quería tocarlo también. En cualquier parte. En todas.

Contrólate, Alice Jackman, se dijo.

Le dio al botón de la cámara y tomó una fotografía al estanque. Después otra al parque. Y antes de que pudiera hacer otra toma, Nick se inclinó tras ella y colocó sus labios contra su oreja. Todo tipo de sensaciones hormiguearon en su interior.

El móvil estuvo a punto de resbalar de sus manos.

—¿Te gusta tanto como a mí, Alice? —susurró y mordió su lóbulo.

¿Era en serio? Por Dios, si estaba en combustión. ¿Algún hombre había conseguido excitarla tanto sin siquiera haberle quitado la ropa? Nunca, ninguno.

Giró sobre sus pies y entonces hizo lo único que podía hacer, lo besó.

Sus respiraciones se volvieron largas y profundas. Sus labios se acoplaban a la perfección. Sus manos buscaban al otro y dejaban un montón de fuego tras de sí. El

aire entre ambos era cada vez más escaso, sus cuerpos estaban tan juntos que era como si fueran dos piezas de un rompecabezas que por fin encajaban a la perfección.

\*\*\*

¿Lo estaba torturando? El aroma de su champú de vainilla mezclado con el de su perfume, un suave olor a flores, era más de lo que él podía soportar. O quizá no era el perfume en absoluto, sino ella. Simplemente ella. La forma en que el vestido

marcaba sus curvas, sus risas coquetas, su perfil bajo la luz de las farolas... Era imposible no desearla.

Sus labios sabían a deseo y esa forma en que lo tocaba y clavaba las uñas en sus hombros lo volvía loco. En ese momento lo único que quería era llevársela y hacerle el amor duro y rápido, para luego volver a hacerlo, suave y lento. Quería hacerla temblar bajo su cuerpo.

—Debemos regresar al coche

—murmuró él.

Alice volvió a tomar consciencia de lo que pasaba. Se aclaró la garganta al tiempo que tomaba un poco de distancia y le devolvía su móvil.

A Nick el fuego lo quemaba por dentro y solo Alice Jackman podía aplacarlo. Volvió a acercarse y esta vez fue él quien la besó.

De nuevo todo fue respiraciones agitadas, pieles encendidas, lenguas

enredadas, manos ansiosas. A ella se le escapó un suave gemido de placer, Nick estuvo a punto de perder el poco control que aún tenía; sacudió sus caderas hacia ella y ajustó el agarre de su cintura.

Solo un poco más... Una caricia más... Un segundo más de su cuerpo presionando contra el suyo... Aun cuando sabía que solo una cosa más de Alice Jackman no sería suficiente.



¿Qué diablos estaba haciendo? Teniendo el maldito mejor beso de su vida, mejor incluso que el sexo de su vida... Eso era lo que estaba haciendo... Y segura como el infierno de que no quería detenerse.

Ese hombre sabía lo que se hacía; sus manos estaban hechas

de pura magia negra, lanzaban ráfagas de calor en todas y cada una de sus terminaciones nerviosas. Maldita sea, ese hombre sabía besar. Sentía un tirón de necesidad entre las piernas con cada movimiento pecaminoso de su lengua.

—Alice —Nick gimió contra su boca—, estamos en un lugar público. —La besó en los labios, en el borde de la boca, en la barbilla y de vuelta en los labios antes de

alejarse—. No tienes idea de lo mucho que odio decir esto, pero tenemos que reducir la velocidad.

Su sentido común habría estado de acuerdo con él. Lo malo era que en ese momento su sentido común había puesto pies en polvorosa.

Respiró lenta y profundamnete, luego apoyó la frente contra el pecho de Nick. Él tenía razón, por supuesto. No eran un par de niños en el Sendero de los Amantes.

—No queremos que los vecinos llamen a la policía, ¿cierto?

—¿A C.J.? —murmuró en su camisa.

Los dos se echaron a reír.

—No quisiera ser detenido por mi propio hermano, culpado de indecencia.

Eso era discutible. En lo que a ella se refería, Nick McCloud era el hombre más decente que había conocido.

—Creo que deberíamos volver a Deadwood.

Se enderezó y casi gimió cuando él la soltó.

—Sí.

Con movimientos simultáneos que podrían haber sido coreografiados caminaron hasta el aparcamiento. En su modo de completo caballero, Nick le abrió la puerta y esperó a que subiera.

Mientras él encendía la camioneta

una sonrisa de satisfacción tiró de sus comisuras.

—Eso estuvo... muy bien.

—Mucho.

\*\*\*

Tenía tantas preguntas en la punta de la lengua. Y, sin embargo, no pensaba buscar las respuestas. Ahora no. No esa noche. En ese momento su única preocupación era mantenerse bajo el control y regresar a Deadwood.

Por cómo se sentía, la segunda cosa que más necesita era un baño de agua fría. Quizá ni siquiera eso podría frenar su libido. Estaba pensando adónde irían. El café parecía lo más seguro, así podría prometerse tener sus manos, o cualquier otra cosa, fuera de ella. A pesar del momento que habían compartido en el parque, no estaba convencido de que ella realmente estuviera preparada para algo más.

Pero su plan de ir al café se vino

abajo cuando llegaron a Deadwood y vio que estaba a oscuras. Miró su reloj y se sorprendió al ver lo tarde que era. Apretó los dientes... No quería que la noche acabara todavía. Sin embargo, así era como estaban las cosas. Entró al aparcamiento, se bajó de la camioneta y fue hasta la puerta del copiloto.

—En casa, sana y salva, señorita —intentó bromear.

Alice se rio y entonces Nick se dio

cuenta de lo mucho que le gusta ese sonido. Estaba seguro que no se habría cansado de escucharlo una y otra vez.

Estaba a punto de besarla cuando un coche patrulla se detuvo junto a la acera. Su columna vertebral se enderezó como una varilla.

—¿Qué pasa?

Alice giró la cabeza, justo a tiempo de ver a C.J. salir de la patrulla. Sus hombros se tensaron y

se agarró de la mano de él más fuerte.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

C.J. tuvo que disimular su asombro al ver la camioneta de Nick y a la parejita tomada de la mano.

—¿Qué le trae por aquí, sheriff McCloud?

Nick pudo ver la tensión en la mandíbula de C.J., lo que le avisó que la cosa no estaba para bromas.

—Buenas noches —saludó y habló a Alice—: Necesito hablar contigo.

Alice pareció vacilar, como si estuviera a punto de decir que no.

—¿Podríamos hacerlo ahora? Temo que mi piso no está adecuado para una visita.

Después de haber visto el lugar esa tarde, Nick sabía que para la única cosa que el apartamento estaba adecuado era para el

almacenamiento.

—Me temo que esto es oficial.

Nick frunció el ceño a su hermano y pasó un brazo por la cintura de ella, en un gesto espontáneo de protección.

—Es en serio. Allí arriba ni siquiera hay espacio para caminar. ¿Por qué no lo hacemos más sencillo?

—Creo que sabes de qué se trata. Todo depende de ti, Alice.

—Pueden hablar en mi piso  
—intervino Nick.

Ella lo miró, agradeciéndole y asintió.

Sin una palabra, los tres se encaminaron al piso. A cada paso el estómago de Nick se enrollaba más y más, como una serpiente de cascabel punto de atacar. Antes de que C.J. apareciera había estado excitado como un adolescente, pero ahora sus bolas estaban arrugadas y encogidas como una pasa.

Había visto esa expresión en la cara de su hermano. Y lo único que significaba era que esa noche no iba a terminar bien para Alice.

\*\*\*

Alice quería creer que no había de qué preocuparse, pero sus manos temblorosas le demostraban lo contrario. Era un silencio extraño.

Cruzaron lentamente el umbral y se tomaron su tiempo. Era un lugar bonito, masculino, pero

acogedor. Nada que ver con el apartamento anticuado que ella había imaginado.

Nick los condujo hacia el sofá. No se molestó con ofertas de cortesía. Su mente solo conseguía pensar en cuáles eran las posibles razones por las que C.J. quería hablar con ella «oficialmente».

Alice fue la primera en sentarse, Nick lo hizo junto a ella y C.J. se sentó en la silla frente a ambos.

—¿Qué es todo esto, C.J.?

—Nick, creo que ella y yo debemos hablar a solas. Lo siento, pero...

Alice levantó una mano y lo interrumpió:

—Puede hablar frente a él, ya sabe las razones por las que estoy aquí.

El sheriff asintió y exhaló el aire que había contenido.

—De acuerdo. ¿Sabes que tu ex salió libre bajo fianza?

Alice asintió con la cabeza.

—Lo vi en las noticias ayer.

—Lo que no sabes es que fue gracias a un trato que hizo... A cambio de mostrar las pruebas que incriminan a tu padre.

—¿Qué? —Sonó más como un grito que como una pregunta.

Nick se removió en su lugar y

entrelazó su mano con la de Alice.

—¿Y tú como sabes eso?

—preguntó a su hermano.

C.J. sacudió la cabeza.

—Realmente deberías tener un poco más de fe en mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Todavía tengo amigos en Dallas. Conexiones. Alice, lo siento, pero tu padre ha sido acusado de fraude de valores. —Se aclaró la

garganta—. Y la cosa se pone peor.

¿Peor? ¿Cómo podía ser peor?

C.J. se inclinó hacia delante.

—Tú también eres buscada...

—¿Yo?

—Parece que Roberth Cox está señalando a todos con el dedo. Ha sugerido que tú podías ser cómplice de tu padre.

Ese hijo de puta... Alice se levantó de golpe de su asiento.

—¡Eso es mentira! ¡Ese cabrón  
miente, jamás he tenido nada que  
ver con los negocios de mi padre!

Los dos hermanos intercambiaron  
una mirada.

—No puedo hacerme el de la vista  
gorda... —respondió C.J.— Dos  
agentes del FBI vienen de camino.  
Se supone que debo mantenerte en  
custodia.

—Sin duda, eso no será necesario  
—exclamó Nick, levantándose—.

Ella no va a huir.

—Ella ya lo hizo antes.

—No es lo que piensas  
—murmuró.

—¿Qué es lo que debo pensar entonces? —preguntó C.J. a Alice, con un tono severo—. Y no te dejes ni un detalle.

Nick permaneció en silencio mientras Alice contaba todo.

—¿Qué pasará ahora? ¿Iré a la cárcel?

—Actuarán basados en la acusación. Puedes presentarte ante el juez y solicitar la libertad bajo

fianza. Que te la conceda o no, depende de muchas cosas. No soy abogado.

—Ella necesita uno —intervino Nick, él conocía algunos del condado, pero se dedicaban a pequeñas disputas o testamentos, no iba a arriesgar el futuro de Alice con ellos—. ¿Conoces alguno, C.J.?

Los ojos de C.J. se convirtieron en apenas dos ranuras, estudiando a su hermano. Nick apenas había conocido a Alice Jackman dos

semanas atrás y, sin embargo, estaba dispuesto a creer en su palabra e incluso ayudarla.

Si C.J. no hubiera conocido a Nick se habría preguntado el porqué, pero lo conocía. Que Dios se apiadara de él, eso era más que el deseo de llevarse a Alice a la cama.

No tenía una idea de qué era el amor, pero estaba seguro que al menos Nick sí que empezaba a tenerla.

—Nick...

—¿Sabes de alguien?

Alice suspiró y los interrumpió:

—No se preocupen, puedo conseguir uno.

El simple hecho de que ella no protestara en lo de necesitar un abogado le hizo saber que había cosas que no había dicho. Pero Nick se negó a creer que fuera una estafadora. Eso no tenía sentido en absoluto. Si había huido era solo

para lamerse las heridas, algo completamente comprensible. Además, estaba la forma en que se había comportado con él y con todos los demás en el pueblo.

—En este momento el FBI solo quiere interrogarla, pero Nick tiene razón. Nunca está de más tener un buen abogado al lado.

Ella bajó la cabeza y sacó su móvil del bolso. Nick observó cómo sus dedos largos y delgados se deslizaban por la pantalla, para

después llevarse el aparato al oído.

—Hola, mamá. Sí. Estoy bien. No, no estoy lista para volver a casa.

—Miró a C.J.— Mamá, creo que necesito un abogado.

De todas las formas en que Nick había imaginado que terminaría esa noche, ver a Alice interrogada por el FBI no había sido una de ellas. Puso su atención en su hermano.

Se inclinó hacia adelante con las manos apoyadas en las rodillas.

C.J. parecía un observador casual, pero Nick sabía que se trataba de lo contrario. Estaba en estado de alerta, escuchando con atención.

Sabía que nada de lo que había pasado en su sala era el procedimiento habitual de un policía. Lo más probable, si Alice hubiera sido cualquier otra persona, una extraña, esa conversación habría tenido lugar en la oficina de la Policía. Posiblemente tras las rejas.

Eso no era un pensamiento en el

que Nick quisiera hacer hincapié. La idea de Alice tras las rejas, ni siquiera por una hora, le daba ganas de vomitar. Y eso que él juraba tener un estómago de hierro fundido.

—Yo sé, mamá. Siento haberte preocupado...

Las palabras de Alice lo sacaron de esas horribles imágenes. Entonces pensó en lo que su familia pasaría si uno de ellos desaparecía sin decir ni una palabra.

Alice se volvió y revolvió en su bolso, tomó un lápiz y una pequeña libreta.

—Dímelo...

La mirada de C.J. no se despegó de Alice y el movimiento de sus manos.

Si la situación no hubiese sido tan sería Nick habría puesto los ojos en blanco. ¿De verdad creía que intentaría algo, sacar un arma y matarlos? ¿Hablar en

código? ¿Intercambiar información clasificada? ¿O tal vez escapar en descuido?

Para él la peor parte era saber que no podía hacer nada. Durante toda su vida los McCloud habían vivido bajo el pensamiento «Donde hay voluntad, hay un camino». Su padre los había impulsado a seguir sus sueños, sin importar difícil que fuera. Nada se podía lograr con poco esfuerzo.

Se llevó las manos a la cabeza y

entonces una luz le llamó la atención. Se levantó y se encaminó a la ventana, intentando buscar la fuente. Las únicas luces que vio fueron las de las farolas que eran tenues y no se parecían en nada a lo que creía haber visto. Estaba a punto de volver al sofá cuando la vio otra vez. Primero fue solo un centello, luego se convirtió en una línea que cortaba todo a su paso, como la de una linterna, y volvió a desaparecer. En el piso superior del café.

—¿Qué es? —preguntó C.J. uniéndose a su hermano.

—No lo sé, parece la luz de una linterna.

Pasaron unos segundos y Nick se preguntó si ese no sería otro de esos incidentes inexplicables, como el del perro. La luz volvió a aparecer.

Ambos hermanos sintieron cómo todos los músculos de sus cuerpos se tensaban, de inmediato se

giraron hacia Alice.

—Cuelga —ordenó C.J.

Los ojos de ella se abrieron como platos por la sorpresa.

—¡Ahora!

—Me tengo que ir, mamá.  
Llamaré pronto, lo prometo.

Sus ojos llenos de miedo se clavaron en Nick.

—¿Estás esperando a alguien en tu piso? —preguntó Nick.

Alice sacudió la cabeza.

Nick y C.J. intercambiaron una mirada. Alguien estaba en el piso de Alice con una linterna.

C.J. desenfundó su arma y se dirigió a Alice:

—Quédate donde estás. No te muevas. Ni hagas ninguna llamada. Y mantente alejada de la ventana.

—Pero...

—No se te ocurra hacer lo

contrario —añadió Nick caminando hacia puerta detrás de su hermano.

El condado no era inmune a la delincuencia, pero el allanamiento de morada no era algo común, mucho menos en Deadwood. Por lo cual Nick estaba bastante seguro de que fuera lo que fuera tenía que ver con Alice y sus problemas en Dallas.

Mientras bajaban a la clínica C.J. llamó a la delegación de policía y puso al tanto a sus compañeros.

—Por si está vigilando la calle, voy a rodear el lugar para que no me vea. Bordearé al callejón e iré hacia el otro lado, entraré al café desde la otra dirección. Tú ve por puerta trasera. Cruza la calle, normal, como si solo salieras a caminar. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Para cuando Nick llegó a la puerta, C.J. ya estaba atravesando por entre unos arbustos en la esquina opuesta de la propiedad. Su

posición le permitió observar las dos puertas. Miró a su alrededor buscando signos de que hubiera otra persona. Ahora que lo pensaba, ni siquiera sabía de cuántas personas podía tratarse.

C.J. se le unió.

—Vi un coche frente a los Blake.  
—dijo C.J. con calma—. En el asiento había una taza de café, y envoltorios de chocolate vacías. Nada más. Creo que quien sea que esté allá arriba, se encuentra solo.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con el problema de Alice?

—No me cabe duda.

—Sí. Eso me imaginé. ¿Alguna idea de quién es?

C.J. se encogió de hombros.

—La semana pasada un detective privado pasó al pueblo, buscándola.

—¿Qué? —Nick casi se olvidó de hablar en voz baja.

—Fue entonces cuando empecé a

averiguar y descubrí lo de su ex. He estado siguiendo cada suceso.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Por si lo has olvidado, soy el jefe de policía, tú el veterinario. Además, ¿cómo demonios iba a saber que te estabas enamorando de ella?

Nick podía haber argumentado que no estaba enamorado ni enamorándose, pero eso habría sido una mentira. Sin embargo,

ignoró esa acusación.

—¿Así que piensas que es el detective?

—Tal vez o...

—¿O?

Nick miró al otro lado de la calle, a su clínica, deseando que todo fuera una pesadilla.

C.J. levantó su arma en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Podría ser cualquiera. No

estamos jugando a los indios y vaqueros, no vas armado ni estás preparado, así que iré yo.

—¿Esperas que me quede aquí haciendo el tonto?

C.J. alzó la vista hacia el segundo piso, y, por un breve momento, Nick vio las dudas en sus ojos.

—Uno contra uno, puedo vérmelas con él... o ella, vaya uno a saber. Tú quédate vigilando y esperando que lleguen los refuerzos.

Nick asintió con la cabeza, pero la idea de quedarse atrás no le hizo nada de gracia.

\*\*\*

Alice no estaba segura de si alguna vez había estado tan jodidamente asustada. Sus temores se habían intensificado. Ahora su padre estaba acusado y Roberth intentaba salvarse el culo inculpándola a ella. Había sentido como si una piedra fría se le atascara en la garganta al ver a Nick

y su hermano escabulléndose en la oscuridad. Sí, no había podido evitar acercarse un poco a la ventana.

No tenía la menor idea de qué era lo que pasaba, solo que no era algo bueno. Sus ojos se habían abierto desmesuradamente al contemplar la luz del interior de su piso que se movía de un lado a otro... Estaba aterrorizada al pensar que a Nick podría sucederle algo.

¿Cómo un hombre había llegado a significar tanto en tan poco

tiempo? También estaba preocupada por C.J., claro. Parecía ser un buen tipo. Toda la familia McCloud era gente de lo más agradable. Pero, que Dios la castigara, estaba más preocupada por Nick.

La última semana se había pasado demasiado tiempo mirando por la ventana a la hora del almuerzo, a la espera, de que él fuera a almorzar y charlaran, aunque solo fuera un minuto. Y cada día

esas esperanzas parecían más fuertes que el día anterior. En las horas anteriores a su cita, se había sentido como una colegiala a la que el capitán del equipo de fútbol invita a salir.

Lo había negado desde el principio... Oh, sí... Pero no podía seguir haciéndolo... Nick McCloud era el tipo de hombre con quien ella siempre había soñado. Un hombre del que perfectamente hubiera podido enamorarse. Demonios, ¿a

quién iba a engañar? Ya estaba en ello.

Dejó caer la cabeza sobre la pared junto a la ventana al tiempo que veía a C.J. subir por las escaleras con la pistola en alto. ¿Por qué habría de subir armado a su piso? Por el rabillo del ojo vio a Nick moverse, trotando hacia el otro lado. Se llevó la mano al corazón, intentando controlar sus latidos desbocados. Todo eso era culpa de ella...

Y en ese momento eran ellos los únicos que estaban peligrando. Mientras ella se ocultaba detrás de una ventana. ¿Qué diablos podía hacer para ayudar? Miró alrededor de la habitación, en busca de algo, cualquier cosa apropiada para hacer frente a un intruso.

Apretó los dientes al darse cuenta que Nick no tenía armas ni nada contundente. Se paseó por toda la habitación y de nuevo regresó a la ventana. La frustración se asentaba

en su estómago. C.J. estaba cerca de la puerta. La luz en el piso había aparecido a intervalos, pero ya no se veía, podía sentir su piel de gallina al pensar en un extraño en su espacio privado... Esperándola, probablemente.

Sus manos húmedas se aferraron con fuerza a la cortina, como si le fuera imposible seguir mirando sin tener un apoyo. Cerró los ojos por un segundo y al abrirlo vio a un coche acercándose. Despacio. Con

las luces apagadas. Mierda.

¿Podría ponerse peor?

Reed Taylor, el agente de policía que se las había visto con el detective que buscaba a Alice, aparcó el coche patrulla lo más cerca que se atrevió al café. Las farolas no ayudaban mucho en el caso de que hubiese alguien observando. Y no cabía duda de

que más de un ciudadano de Deadwood ya estaba mirando a través de las cortinas, preguntándose a qué se debía semejante cosa tan inusual.

C.J. le había enviado un mensaje avisando que se encontraba en la parte superior de la escalera, esperando a que él llegara al lugar. Desgraciadamente, había tenido que ir solo porque se había presentado una pelea de las gordas en un bar de un pueblo cercano y sus otros

dos compañeros habían tenido que ir a encargarse. Era increíble, nunca sucedía nada, siempre estaban remoloneando y quejándose de que qué aburrido estar en la delegación... Pero entonces cuando la cosa se ponía movida, se movía en todas partes y hasta hacían falta más policías.

Se bajó del coche y distinguió a Nick haciendo guardia en la puerta trasera. Tendrían que entrar al café para cubrir la otra salida que tenía el

piso de Alice. Las probabilidades de que quien estuviera arriba se les escapara eran bastante escasas, pero era bueno que Nick los ayudara, no obstante.

Reed se agachó al lado de Nick.

—¿Algo que necesite saber?

—Nada nuevo. Tú probablemente sabes más que yo.

Reed sacó una llave, la metió en el cerrojo y abrió la puerta. Lentamente y en silencio avanzó

hasta las escaleras del interior dispuesto a cubrirlas. Nick le pisaba los talones. El plan era que Reed y C.J. entraran al mismo tiempo, sin dejar opción al individuo.

—Deberías quedarte aquí.

—Ni de coña.

—No sabemos con qué estamos tratando. Vas desarmado.

—Ya no.

Nick sacó un revólver de su

cinturón.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo tenía en la guantera de la camioneta. Tengo licencia

—aseguró.

Reed tenía dos opciones. Retraso todo por discutir con un McCloud terco como el demonio, o continuar y esperar que Nick supiera usar lo que llevaba en las manos.

—Está bien. Voy a cubrir C.J. Tú cúbreme a mí y, por el amor de

Dios, no me dispares en la espalda.

Nick puso los ojos en blanco, a pesar de que por la oscuridad no se pudo ver el gesto, y siguió a Reed escaleras arriba.

¿A quién se le ocurría que un texano de un pueblo rural no supiera usar un arma?

Todos los hermanos y la hermana McCloud eran capaces de disparar a una serpiente de cascabel a diez metros de distancia. Si todo se

reducía a que Nick disparara, lo haría y seguro como el infierno que no pensaba fallar.

En la parte superior de la escalera Nick se quedó pegado a la pared, conteniendo la respiración. Reed avisó a C.J. con una llamada y tres segundos después saltó dentro del piso.

—¡Policía!

Las puertas se abrieron de golpe. Nick se movió un poco y vio a

los dos policías en medio del mar de archivadores, con los brazos extendidos y las armas apuntando.

—En la sala no hay nadie —dijo C.J. dirigiéndose al dormitorio.

Reed se acercó a la cocina.

—Aquí tampoco.

Reed y C.J. llegaron hasta Nick sacudiendo la cabeza.

—No hay nadie aquí.

Eso no tiene sentido. Nick miró a

su alrededor, casi esperando que el intruso saltara de un momento a otro.

—El coche todavía está frente a los Blake —confirmó Reed.

Los ojos de C.J. se estrecharon.

—Solo estuvo fuera de nuestra vista durante unos segundos, cuando bajamos a la clínica.

—Él... oh, mierda, estaba esperando a que cruzáramos la calle...

—¿Qué quieres decir? —intervino Reed.

—¡Hijo de puta! —dijeron C.J. y Nick al unísono.

Nick salió corriendo escaleras abajo, con los dos policías detrás de él.

El bastardo se había escondido en la cafetería mientras ellos se posicionaban. Probablemente había escuchado la camioneta de Nick cuando llegó con Alice y había visto

a C.J. en su patrulla. Había escuchado todo y los había visto cruzar la calle hacia la veterinaria. Todo había sido una trampa, lo de la luz solo había sido un ardid y no un descuido.

Mientras él y Reed subían las escaleras, el desconocido se había escapado.

Maldición. Su corazón dio un vuelco. Si no se hubiera comportado como un estúpido héroe, C.J. se lo había dicho «no estamos jugando a

indios y vaqueros», se habría quedado abajo vigilando y el hijo de puta no se habría escapado tan fácilmente.

Corrió lo más rápido que pudo a través de la calle, con los ojos clavados en las ventanas superiores.

En su piso no había una sola luz.

\*\*\*

¿Cuánto tiempo más iba a tardar esa angustia? ¿Había pasado algo malo? C.J. había desaparecido en

su piso, y a Nick y el otro policía no los habías visto desde que habían desaparecido detrás de la cafetería.

—Luces bien esta noche, *Ali*.

Alice sintió un frío bajando por su espalda, su mano resbaló de la cortina. La voz provenía de detrás suyo y la conocía perfectamente.

—No estés tan sorprendida. Tenías que saber que te iba a encontrar, puta ladrona.

Se giró justo un segundo antes de que Roberth dejara todo a oscuras.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Debería estar haciendo la misma pregunta. Tuve que contratar a un detective privado, que me cobró hasta los órganos más vitales, pero el hijo de puta resultó valer lo que cobraba. Así que camarera... en un pueblo en el culo de Texas.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué haces aquí?

—Buscó a mi novia fugitiva, por supuesto. Y mi coche.

—¿Tu coche?

Ni siquiera con una sentencia de cárcel cerniéndose sobre él como una guillotina, podía dejar de adular ese coche deportivo.

—No creí que fueras tan astuta. Mira que robarme un millón de dólares y huir con él...

—¿De qué diablos estás hablando?

—No te hagas, sé muy bien lo que intentas. Pero no pagué un puto detective para dejarte escapar con *mi* dinero. ¿Dónde está el coche?

—Eres un completo idiota si crees que ese coche vale un millón...

—No te hagas la tonta, hablo del millón oculto en su interior.

Alice se quedó boquiabierta.

—¿Un millón en...? ¿Efectivo?

Roberth la miró con atención.

—Vaya, ya lo decía yo... Pues sí.

—¿Qué clase de estúpido guarda esa cantidad de dinero en el coche de su prometida?

—Yo y no soy ningún estúpido. No fui yo quien se dejó robar por el hombre del que se enamoró y al que le creyó todas y cada una de las mentiras que tuvo que verse obligado a decir... Eres tan estúpida. —Soltó una risita maniática.

Alice se preguntó cómo pudo haber sido tan ciega y no notar esa maldad en su mirada, esa que ahora veía. En efecto había sido muy estúpida.

Pero a él no le restaba créditos. Hasta ella sabía que el mejor lugar para ocultar dinero era en los bancos del caribe, no en un estúpido coche.

—¿Sabías que un millón de dólares cabe en una bolsa de papel? —Asintió con la cabeza—.

Pues sí.

—Yo, eh, no lo sabía —dijo, intentando ganar tiempo.

—Sí. Solo tuve que camuflarlos un poco en el coche y ya. De camino al aeropuerto había planeado depositarlo en tu cuenta.

—¿En la mía? —Se perdió de nuevo.

—Solo eras mi seguro Alice.

—No entiendo nada.

—Siempre has sido tan fácil de distraer. El millón solo era una parte de mi dinero, hay otra parte en un banco del Gran Caimán. Sabía que se descubriría el fraude... necesitaba alguien a quien inculpar, sin que las pruebas me señalaran a mí.

—Y ¿por qué lo quieres ahora? Ya me echaste la culpa.

—Si tan solo —continuó sin prestarle atención a ella— ese viejo no hubiera tenido un nieto tan astuto

con las finanzas... Todo habría salido perfecto, como una obra maestra... Deberían haber pasado semanas, incluso meses antes de que todo se destapara... La mayor parte de los beneficios los tengo yo. Pero, por si acaso, dado lo que ha sucedido tendré que usar mi seguro. El banco extranjero.

Alice por fin lo entendió.

—La cuenta en el Gran Caimán está a mi nombre y no al tuyo... Tú debes de tener tu dinero en efectivo,

escondido en algún lugar para que no deje huellas que puedan inculparte...

Él sonrió.

—Démosle un premio a la niña. Por supuesto. Dime si sigues pensando que soy un estúpido. Solo te has equivocado en una cosa, no es una única cuenta extranjera, son dos. Tú y tu padre serán los que aparezcan con desvíos enormes de dinero fuera del país. No me dio tiempo de depositar ese dinero a tu

nombre, por eso estoy aquí. Para hacerlo justo ahora, cuando el FBI te ha encontrado. ¿Sería muy sospechoso para alguien que dice ser inocente, eh?

—Eres un hijo de puta.

La sangre le hervía. Cuando C.J. había dicho que Roberth estaba ofreciendo pruebas en contra suyo y de su padre, había pensado que eran puras cortinas de humo para hacer tiempo. No se le había ocurrido que de verdad había o

estaba plantando pruebas.

Roberth se encogió de hombros para mostrar su indiferencia.

—En el amor y la guerra. Y en las finanzas.

Lo púnico bueno que había dicho era que su padre era inocente, de lo contrario no habría tenido por qué inculparlo. El alivio restó un poco de su miedo.

Sin embargo, su mente ni siquiera conseguía imaginar cuánto dinero

había robado. Debía ser una suma impensable si estaba dispuesto a sacrificar más de un millón.

Roberth se acercó hasta que sus narices quedaron a pocos centímetros, poniendo una pistola sobre su pecho.

—¿Dónde está el coche?

\*\*\*

Nick subió las escaleras a su piso de dos en dos. A mitad del recorrido un grito resonó en la parte superior,

seguido de un rugido casi animal. Agarró el pasamanos para impulsarse el resto del camino, mientras hacía a un lado las imágenes de una Alice herida a manos del idiota que por su culpa había escapado.

Un grito ahogado salió por la puerta mientras él la abría de una patada. Pero lo que encontró ahí no había sido lo que había esperado. En lugar de toparse con un demente y una mujer pidiendo auxilio, tenía a

una chica furiosa con un bate de béisbol en alto y a un hombre tirado en el suelo, gimiendo y agarrándose la entrepierna.

—¡Hijo de puta bastardo!  
—gritaba Alice, fuera de sí—. Me hiciste dudar de mi padre. —Le propinó una patada en las costillas—. He estado escondiéndome por tu culpa, atormentándome al pensar que quizá mi padre era un estafador y que quizá yo era la única que tenía

pruebas de ello...

Hizo un arco perfecto con el bate y Nick creyó que le iba a dar de lleno en la cabeza, pero solo había sido un movimiento más. El ex o al menos lo que Nick supuso que era su ex, lanzó un chillido casi femenino.

Nick se acercó hasta ella y le arrebató su arma improvisada, tomándola por la cintura la alejó.

—Creo que ya ha tenido

suficiente, Mujer Maravilla.

Justo en ese instante C.J. entró a la habitación, con el arma desenfundada y Reed sobre los talones, además de dos hombres que Nick no reconoció.

Alice estaba luchando para soltarse.

—Bájame, Nick, bájame de inmediato. ¡Aún no he terminado con este gilipollas! ¡Solo Dios sabe las veces que he imaginado lo que iba a

hacerte, Roberth Cox, y te aseguro que no te va a gustar!

—No te bajaré hasta que no te calmes. Deja que los policías se encarguen de hacer justicia...

—Ellos se encargarán de lo legal, pero no de cómo me hizo sentir a mí... Íbamos a casarnos... ¿Lo entiendes? Pensaba unir mi vida a la de este...

—Eres más que esto, Alice.

C.J. inmovilizó a Roberth y lo

esposó mientras le leía sus derechos. Reed se encargó de recoger el arma que estaba debajo de una silla. Una vez C.J. consiguió que el intruso se pusiera de pie, Reed se encargó de él.

—Lo llevaré a la delegación.

Los demás hombres asintieron y lo siguieron, para dejar un poco de espacio a Alice.

Nick aflojó su agarre y por fin bajó a Alice, pero no la soltó hasta que

estuvo convencido de que ella no saltaría detrás de su ex. Sin embargo, cuando lo hizo se sorprendió mucho al ver que ella únicamente se limitaba apoyarse en su pecho.

—¿Cómo pude haber pensado que lo amaba?

¿Y cómo responder a esa pregunta cuando él acababa de sentir que su corazón daba volteretas en el aire? Colocó una mano en su espalda, dándole

suaves caricias en círculos y después la besó en el cabello.

—Todo va a estar bien.

C.J. apareció en la puerta y preguntó a su hermano:

—¿Está bien?

Nick asintió.

—¿Quiénes son esos otros dos hombres?

—Son del FBI.



La cabeza de Alice daba vueltas. Su mundo había estado fuera de control durante tanto tiempo que no era de extrañarse que se sintiera mareada. Especialmente si estaba cerca de Nick.

—Es tarde —le dijo ella—.

Deberías irte a casa.

—Sabes muy bien que no lo haré.

Estaban en la oficina de C.J. la noche había sido larga y la delegación se había vuelto loca con tanta acción.

A Alice Nick le recordaba a un perro fiel. O tal vez a un pastor alemán de protección. De cualquier forma, estaba agradecida por tenerlo allí, incluso si la hacía sentir como una adolescente enamorada.

Sin su apoyo las cosas habrían sido mucho peores.

Las llamadas telefónicas habían entrado y saliendo toda la noche. Después de encerrar a Roberth, los dos agentes del FBI habían mantenido una reunión a puerta cerrada con C.J. y Reed durante más de una hora. Al principio había sido la palabra de Alice, pero C.J. se había encargado de explicar lo que Alice le había contado de camino a la delegación y

aclarar que todo era un malentendido, que ella solo era una víctima más. No estaba segura de que eso fuera suficiente para librarse de sus problemas, pero al menos aun no la habían arrestado. Esa tenía que ser una buena señal.

—Vaya, noche... —C.J. entró en su despacho y se sentó detrás de su escritorio—. Bueno, pues te traigo buenas noticias, no estás bajo arresto —indicó a Alice—. Lo de tu

padre deberán resolverlo en Dallas y tomará más tiempo. Pero fue un hombre inteligente, tan pronto como salió de la iglesia el día de tu boda fallida contrató a unos detectives privados de su propia empresa, para averiguar sobre Cox. Resulta que Cox ni siquiera es su verdadero nombre.

Mil pensamientos rebotaron en su mente. Tantas cosas tenían sentido ahora. la falta de amigos de Roberth, algo tan fuera de sintonía

con su encantador y sociable personalidad. El porqué de que siempre prefiriera pagar en efectivo que con sus tarjetas de crédito. Su forma de desviar los temas de su infancia y familia, mientras ella creía que seguramente no hablaba de ello porque había sido una época infeliz. ¿Cuántas otras señales de alerta habían ignorado?

—Y esta no es la primera estafa que ha cometido —añadió C.J.

—Por lo tanto —dijo Nick—,

¿Alice está libre?

C.J. asintió y se enfrentó a Alice.

—Tu padre también lo estará dentro de poco. Todo gracias a tu grabación. ¿Cómo conseguiste hacerlo?

—Estaba muy nerviosa porque parecía que al otro lado de la calle no pasaba nada. Sé que me dijeron que no hiciera llamadas, pero no mencionaron nada sobre mandar mensajes. Le envíe uno a Abbie

explicándole lo que sucedía lo mejor que pude. Le dije que si le entraba una llamada de mi número que la grabara y que por favor contestara lo más rápido posible. Tenía su número en la pantalla, listo para llamarla si escuchaba un disparo o algo...

»Tenía la vista clavada en el café cuando escuché a Roberth detrás de mí, ni siquiera sé cómo se me ocurrió, pero marqué el número y escondí el móvil detrás de la cortina,

sobre la pequeña repisa de la ventana. Roberth no se dio cuenta porque yo estaba de espaldas a él. Mientras él hablaba ni siquiera estaba segura de que hubiera marcado el número bien, quizá ni siquiera se estaba grabando lo que decía...

—Por suerte para ti —dijo C.J.— todo quedó grabado, ahora se están revisando ambos móviles y buscando el registro de llamadas y demás cosas, aunque el volumen de

la grabación es bajo, se entiende perfectamente. La conversación tendrá que ser transcrita oficialmente, pero, por ahora, Abbie ha respaldado todo lo que dijiste que sucedió en casa de Nick, aún está siendo interrogada por los del FBI.

—Eso también me daba terror. Estábamos lejos del teléfono y temí que no se escuchara nada.

—Las cosas importantes se dijeron en voz alta y clara. Pero esto no ha terminado todavía.

Técnicamente tú todavía eres parte de una investigación.

—¿Necesita un abogado?

—preguntó Nick.

C.J. negó con la cabeza.

—No. Las autoridades están convencidas de que Cox actuó por su cuenta. Pero Alice tendrá que colaborar con todos los organismos implicados en este caso. Nosotros, por supuesto, tendremos el informe sobre el incidente de esta noche,

pero Alice deberá presentarse en Dallas y colaborar con las autoridades que requieran de sus declaraciones.

—Si ella está libre, ¿por qué se necesita ir a Dallas?

—¿Además de porque Dallas es donde viven ella y su familia?

Por un breve instante todo el color desapareció del rostro de Nick. Su expresión sobresaltada reflejaba el impacto de lo que C.J. había

dicho. El alivio al oír que ella y su padre no eran considerados culpables, desapareció de inmediato y fue sustituido por la realidad. Su realidad. Deadwood no era el lugar al que Alice pertenecía. Solo había sido un refugio improvisado.

—Alice tiene que responder muchas preguntas al FBI y la SEC en sus oficinas de Dallas.

\*\*\*

El coche patrulla se detuvo

delante del café. Para gran sorpresa de Nick, las luces estaban encendidas y el local abierto. El sedán de Abbie estaba en el mismo lugar en que siempre se estacionaba.

C.J. habló:

—La noticia de dos vehículos de la policía, dos agentes federales y un prisionero gritando por las calles de Deadwood en medio de la noche se propagaron rápidamente. Abbie no ha perdido el tiempo, apenas

salió de la delegación vino a abrir el café. Pero prometió no hablar sobre lo que pasó.

Alice suspiró.

—Eso es muy considerado de su parte.

Muy pronto la mitad del pueblo estaría despierta, irían a tomar un café e intentarían averiguar qué diablos había sucedido. Mientras tanto Nick ni siquiera sabía cuándo Alice volvería a Dallas, ¿dentro de

cinco minutos o dentro de un mes?, ¿para dar sus declaraciones o para siempre?

Si lo que Nick temía era cierto, él tendría siquiera cinco minutos para convencer a Alice de darle una oportunidad. La dura realidad era que él se había enamorado como un idiota, sin siquiera conocer su historia, mientras ella solo huía.

Apenas habían bajado del coche cuando Abbie llegó hasta Alice y la envolvió en un abrazo maternal.

—He estado tan preocupado, esos federales no me dejaron acercarme a ti... Yo sabía que no era bueno lo que te había pasado... Casi me muero de angustia al escuchar a ese bastardo pregonando sobre todo lo que te había hecho...

Una risa cáustica escapó de entre los labios de Alice.

—Esto requiere de mi chocolate caliente especial.

—¿Especial?

—Con Bailey's. —Les guiñó un ojo—. Tú no has oído nada, C.J. McCloud.

El aludido se encogió de hombros. A como se sentía en esos momentos no le hubiera importado que mezclaran su chocolate con tequila de contrabando.

—Desgraciadamente me espera una montaña de papeles por rellenar, qué lástima porque mi

cuerpo necesitaba un poquito de esa *especialidad*.

—Bien, tú te lo pierdes...

Abbie empujó a Alice dentro de la cafetería y los dos hermanos se quedaron viendo cómo desaparecían.

La mirada de Nick parecía la de un muerto en vida.

—Oh, por el amor de Cristo. Si la quieres, ve tras de ella, Nick, no te quedes aquí como un tonto.

C.J. sacudió la cabeza y se metió en su coche patrulla, murmurando algo acerca de «el estrepito con el que caían los poderosos».

Nick no tenía ni idea de qué hacer ahora, pero su hermano tenía razón en una cosa. No podía quedarse ahí como un tonto.

Vio a Alice en un reservado, hablando por teléfono, pero al encaminarse hacia allí Abbie lo tomó de la mano y negó con la cabeza. Nick tuvo ganas de gritar de

frustración, sin embargo, se limitó a tomar asiento y aceptar el chocolate que la mujer le ofrecía.

—Sí, papá. Lo siento —se disculpó Alice.

—Si te hubieras tomado la molestia de llamarme —contestó su padre—, yo podría haberte dicho lo que realmente estaba pasando, Alice Mary.

Hablaba en voz tan alta que Alice se preguntó si Abbie y Nick podían

escucharlo también.

—Solo quería protegerte... No quería decir algo que te hundiera injustamente.

—Cariño, esas son tonterías. Pero lo entendemos. Sabemos que Roberth rompió tu confianza y que pasabas por un momento confuso. Además, tengo que admitir que últimamente he estado muy alejado de ti y de tu madre, los negocios me estaban obsesionando... Ya sabes, una de esas crisis de mediana edad

y no hacía más que pensar en cómo multiplicar el dinero. Por eso ese cabrón se salió con la suya, fui imprudente al confiar en él y no lo investigue lo suficiente. Fue un error. Pero ahora todo se solucionará. Fuiste muy valiente.

—Pronto estaré en casa, papá.

—Tu madre y yo estamos desesperados por verte. Vuelve cuanto antes.

—Lo prometo.

Después de unas cuantas palabras de cariño y apoyo, Alice colgó y fue a sentarse junto a Nick.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Todavía me encuentro un poco aturdida, supongo.

Abbie se acercó y con dos tazas humeantes de chocolate y retiró la que Nick había dejado enfriarse sin siquiera probarla.

—No soy tan buena cocinera como Frank —aclaró Abbie—, pero

puedo preparar huevos. Ustedes bébanse ese chocolate para calmar los nervios y yo me encargaré de preparar un buen desayuno. Miren que es imposible tomar buenas decisiones cuando se tiene el estómago vacío.

Les guiño un ojo y desapareció.

Nick se armó de coraje. No estaba seguro de querer oír la respuesta a su pregunta, pero aun así la hizo.

—¿Qué pasará ahora?

—Me iré a casa.

A pesar de que ella no podía verlo, Nick asintió, tomó un sorbo y luego siguió adelante.

—¿Regresarás a Deadwood?

Esta vez, ella levantó la mirada para encontrarse con la suya.

—No sé. Sinceramente, no lo sé.

—No puedes pasarte todo el día deprimida en casa, cariño. —La madre de Alice estaba de pie en la puerta del dormitorio de su hija, con las manos en las caderas—. Sé que las cosas se ven bastante sombrías, pero tu padre y las autoridades han descubierto muchas de las trampas

de Roberth. Ya han encontrado dos de sus escondites de dinero. Habrá una pérdida, sí, pero no será tan mala como podría haber sido si esto no se hubiera descubierto ahora.

Alice asintió con la cabeza, realmente no tenía ganas de hablar de ello.

—Alice Mary. —Su madre entró pisando fuerte en la habitación y se detuvo a su lado—. Es hora de seguir adelante. Roberth Cox, o como se llame, no vale la pena.

En la pantalla del ordenador, Alice estaba escaneando los detalles del contrato de bienes raíces del piso en el que iba a vivir con Roberth. Lo primero que había hecho era ponerlo en venta y, en menos de veinticuatro horas, ya había conseguido ofertas. Bendijo al mercado en auge de los bienes raíces de Dallas. A pesar de que había perdido algo de dinero vendiendo el Ferrari, su anillo de diamantes estelar y otros regalos de Roberth, ya la balanza no estaba tan

desequilibrada. Algo era algo.

—¿Me has oído, señorita?

Con el ceño fruncido, su madre cruzó los brazos en señal de frustración.

—No estoy deprimida, mamá. Solo intento recuperar un poco de lo que Roberth me robó.

...Y me preguntó por billonésima vez qué estará haciendo Nick en este momento, se dijo para sí.

Su portátil le avisó que tenía un mensaje en el chat. Le echó un vistazo y vio que era de Abbie.

Esa mujer había sido una gran jefa y más que eso, se había convertido en una amiga.

Feliz por la distracción, Alice contestó.

*Abbie: ¿Recuerdas que te hablé de Myrtle Yantz?*

*Alice: Sabes que no me dio tiempo de aprenderme todos los*

*nombres... ¿Quién era?*

*Abbie: A ella no la conociste. Es la mujer que te dije que alquilaba habitaciones en el pueblo, pero que se había ido a pasar un tiempo con su hija en CA. ¡Pues resulta que la hija está embarazada otra vez! Myrtle ha decidido que no va a volver a Deadwood.*

*Alice: ¿Qué pasará con su negocio?*

*Abbie: Su casa está en el*

*mercado. Es muy grande, diez habitaciones sin contar la sala, cocina y baños.*

Abbie le adjuntó el link donde se vendía la propiedad.

Santo Dios... Alice posó sus ojos en la oferta que había recibido por el piso de Dallas y después en la cifra que pedían por la casa de Deadwood. Los mercados de bienes raíces en Dallas y Deadwood eran mundos aparte.

Su madre había estado leyendo toda la conversación y la sacó de sus pensamientos.

—¿Y bien? ¿Ese mensaje significa lo que yo creo que significa, cariño? ¿Te parece un buen negocio?

—Pues...

*Abbie: Aunque debo admitir que la casa es vieja y necesitará mucho trabajo...*

Una sonrisa apareció en el rostro

de Alice. Los engranajes de su cerebro estaban a mil. Tomó su portátil y se sentó en la cama con él en las piernas. Cogió la mano de su madre y la obligó a sentarse a su lado.

—Un muy buen negocio, mamá. Absolutamente el mejor. —Le plantó un beso en la mejilla—. ¿Ves?, te dije que no estaba deprimida...

\*\*\*

Detrás de su escritorio, Nick hizo

un esfuerzo inútil para terminar su papeleo. En los últimos días, trabajar directamente con los animales había sido la única forma de centrarse en su trabajo.

Pero mientras trabajaba en su escritorio o ayudaba en el rancho, su mente había dejado de dar vueltas sobre el recuerdo de Alice. Y sobre ella.

Allí sentado volvía a considerar, al menos por milésima vez, qué tan plausible era poner su vida al revés

e irse a Dallas...

Becky entró en la habitación y se dejó caer en una de las dos sillas que flanqueaban su escritorio.

—¿Has hablado con ella?

No hubo necesidad de preguntar quién era ella. Becky y él ya habían tenido esta conversación. Sacudió la cabeza. Tampoco tenía sentido mencionar el número de veces que había cogido el teléfono para llamar a Alice, para al final no atreverse a

llamar. ¿Quién era él para Alice? No podía decirle «Hey, estoy enamorado de ti, vuelve porque esto no es igual sin ti».

Ella debía estar ocupada recomponiendo su vida, no hacía falta que un paleta la estuviera fastidiando más de lo que ya estaba. Había vuelto a su mundo, punto, y en él no existía ningún Nick McCloud.

—Oigan, ¿ya se enteraron?  
—chilló Kelly que apareció de pronto

en la puerta—. Alguien compró la casa de Myrtle.

Becky se quedó boquiabierta.

—¿Estás bromeando?

—No. —Kelly tomó asiento en la segunda silla—. Hace unos minutos el agente de bienes raíces colocó su bandera de «Vendido» en el patio delantero. Es increíble, apenas y hoy en la mañana estaba poniendo el rótulo de «Se vende». ¿Quién querría esa laberíntica casa vieja?

—No lo sé —agregó Nick—. Pero por si no se han dado cuenta estamos en horas de trabajo y no en la del café. Así que, si me permiten, tengo que terminar todo esto. Gracias.

—Nadie de por aquí, sin duda —respondió Becky, haciendo caso omiso de su jefe.

—¿Me pregunto qué van a hacer con ella?

Becky se encogió de hombros. El

sonido de un coche estacionándose frente a la clínica llamó la atención de todos.

—No tenemos más citas programadas, ¿verdad? —preguntó Nick.

Las dos mujeres negaron con la cabeza.

Becky fue la primera en distinguir al visitante, a través de la ventana detrás de su jefe, quedándose con los ojos como platos. En un

santiamén se puso de pie y salió corriendo por la puerta, para sorpresa de los otros dos.

Segundos después Kelly miró por la ventana.

—Oh, santa mierda...

—¿Qué?

Nick frunció el ceño al ver que ella también desaparecía corriendo.

Escuchó el golpe de la puerta de un coche al cerrar, pero cuando se

volvió no consiguió ver nada más que un coche que no conocía de nada.

¿Qué demonios pasaba?

Solo una emergencia podría mover a esas dos chicas tan rápido, ¿qué granero estaba en llamas?

Se puso de pie para averiguar que sucedía, estaba a medio cuando su ángel se detuvo a pocos metros de él.

—Hay un perro herido... —Las

palabras de Alice salieron suaves y lentas.

—¿Un perro? —murmuró, sin poder moverse por la emoción.

—He estado esperando la luz del día. Tengo que encontrarlo. —Se acercó a él.

De repente una sonrisa le atravesó la cara y fue como si un peso enorme hubiera desaparecido de su corazón.

—Creo que pudiste confundirlo

con un coyote...

Ella sacudió su cabeza.

—Estoy segura de que era un perro.

Se miraron con complicidad y una sonrisa que les iluminaba los ojos.

—Quizá quieras que te ayude a encontrarlo.

Nick avanzó unos cuantos pasos hasta quedar muy muy cerca, la esperanza saltaba en su interior.

—Es astuto. Encontrarlo nos podría tomar un buen tiempo.

Dio el último paso hacia ella y suavemente dejó caer sus manos en su cintura.

—Entonces tendrás que quedarte hasta que lo encontremos.

Ella sonrió y asintió como si se lo estuviera pensando.

—He comprado la casa de Myrtle. Creí que necesitaríamos un lugar donde montar nuestro plan de

búsqueda.

—Elegante, hermosa e inteligente... Definitivamente estoy enamorado.

El miserable espacio que aún quedaba entre ellos desapareció. Alice se colgó de su cuello y él la sujetó más fuerte de la cintura, acercando su rostro al de ella capturó sus labios en un beso abrasador.

Los pensamientos coherentes

escaparon y los nervios fueron sustituidos por la alegría y el placer.

Ella estaba allí, con él, y si Nick tenía que decir algo al respecto: nunca más se macharía.

Becky y Kelsey salieron discretamente, seguras de que su jefe no se iba a enfadar demasiado porque dejaran el trabajo tirado para ir a tomarse un café donde Abbie.

—Te amo, Alice Jackman. Estos días sin ti han sido horribles...

Los labios de ella se curvaron contra los suyos.

—También te amo, Nick McCloud.

Nunca pensó que esas palabras fueran a sonar tan bien para sus oídos. Tener a esa mujer para siempre en sus brazos, no sería suficiente.

—¿Qué tal si vamos a buscar a ese perro de una vez por todas?

—¿Empezamos en mi piso?

—Eh... Sí, sería un buen lugar donde ocultarse, ¿no crees?

—Si es contigo sí.